

La Novela Semanal
Cinematográfica

Número Almanaque 1926

2'50

con album
resaque

HEBE DANIELS

Col. "O. de la Fábula" (Cinematográfica)

Filmoteca

de Catalunya

R 058 (460) n 1926 Alm

Almanaque
de
La Novela Semanal Cinematográfica

0516-7660



Ilustración: Buster Keaton.

*Prohibida la reproducción
Revisado por la censura*

J. HORTA, impresor-Cortes 719 - Telèf. 336 S. P.

FilmoTeca
de Catalunya

LAS CUATRO ESTACIONES





EL DECÁLOGO DE LOS ÉXITOS



Pedro el Grande

por EMIL JANNINGS

Maciste emperador

por BARTOLOMÉ PAGANO (el auténtico MACISTE)

Los naufragos del aire

por HARRY PIEL

El tren de la muerte

por HARRY CAREY (CAYENA)

Cenizas de odio

por NORMA TALMADGE

Miguel Strogoff o El correo del Zar

por YVAN MOSJOUKINE

Los Miserables

por SANDRA MILOWANOFF

Una página en blanco

por FAY COMPTON

El rey del Pedal

por GEORGES BISCOT

Madre amantísima

por SUZY DERMOZ



Estas diez condiciones se resumen en dos: en alquilar películas GAUMONT, que son las que obtienen siempre mayor éxito y en proyectar con los aparatos GAUMONT, que son los mejores y los más perfectos



Marido, ¡cuidado con los amigos!

Intérpretes principales: ENID BENNETT y HUNTLY GORDON

Exclusiva de S. HUGUET



Provenza, 292 - Barcelona

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA DE DICHO TÍTULO

A LOS MARIDOS :

Un verdadero amigo es un tesoro sin precio; un amigo falso es destructor del hogar... Y vosotros sois los últimos en saber si es leal o traidor el hombre que pasa bajo el dintel de vuestra puerta.

A LAS ESPOSAS :

Vosotras debéis ser las primeras en saber si es verdadero o falso el amigo de vuestro marido.

* * *

Un aniversario de boda es algo que el hombre se propone recordar, pero que la mujer no olvida nunca.

Y he aquí que, en día tan memorable, el marido de Susana, bella y joven y de romántico espíritu, para quien AMOR era mágica palabra, más valiosa que el dinero, recibió el siguiente telegrama:

Hugo Stanton.

641, Riverside, New York.

Merritt intenta producir grave conflicto. Urge venga usted inmediatamente.—SAWYER.

Hugo Stanton era la genuina encarnación del hombre de negocios americano. Enamoradísimo de su mujer, no tenía tiempo para demostrárselo, preocupado con la consecución del dólar todopoderoso.

Susana, enterada de la intempestiva noticia, colgóse al cuello de su esposo, y, cariñosa, le hizo un ferviente ruego.

—No te vayas, Hugo... *Esta noche, no...* ¡Es el primer aniversario de nuestra boda!

—Quisiera quedarme, querida; pero comprende que es imposible... Ya has leído el telegrama—contestó Hugo, cuyo pensamiento volaba ya hacia donde era necesaria su presencia.

Insistió Susana, y Hugo, lamentando no poder complacerla, dijo a su amada compañera:

—Mi ausencia no será larga... y no estarás sola durante la misma. Tienes a los Madison, y aun queda trabajo en el retrato que te hace Reymier.

Susana no quedó convencida; ni mucho menos; y de su melancolía vinieron a arrancarla los Madison, amigos cordiales del matrimonio. El marido, Teodoro, escribía obras escénicas, y Sofía, la mujer, tenía que escucharlas.

También llegó a casa de los Stanton Victor Reymier, pintor de lujo, consagrado por el bello sexo de la alta sociedad, al que estaba *abasteciendo* con la última creación aduladora de su pincel: los retratos de reina.

Reymier buscaba en las visitas a los Stanton y en las horas de «poses» de Susana, algo más que agradable ocasión de sentirse cerca de buenos amigos; pues la esposa de Stanton era digna de ser mirada con otros ojos que los de la simple amistad.

Eso lo ignoraban la propia interesada y el esposo; pero no había pasado por alto para los Madison, que vigilaban...

Stanton se disponía a partir. Era ya tarde y el tren no esperaba a nadie.

Al despedirse de sus amigos, dijo al pintor:

—Cuento, amigo Reymier, con que su

pintura lleve otro fin, además del artístico; el de aliviar la soledad de Susana mientras yo esté ausente.

Los Madison miraron sorprendidos a Stanton y a Reymier, que contestó hábilmente:

—Sería un placer para mí, de quedar más sesiones; pero, positivamente, el retrato se termina mañana.

—¿Tan pronto?... Sin embargo, eso no será obstáculo para que usted nos visite con la misma frecuencia que hasta ahora—repuso Stanton.

Aceptó Reymier, encantado, la prueba de confianza del marido, y alejóse con los Madison para que Susana y Stanton se despidieran «efusivamente».

Pero, apenas hubo dado algunos pasos, el pintor, subyugado por el rumor de las caricias del matrimonio, volvióse, contemplando algunos instantes, con envidia, la amorosa escena, apercibiéndose de ello los Madison, que hicieron mudos y significativos comentarios...

Al día siguiente, Susana fué al estudio de Reymier, para la «pose» final.

El pintor había creado en su taller un ambiente de fantásticos exotismos que fascinaba a las bellezas que favorecían su trono.



—Aprisionar en el lienzo la luz de su belleza, ha sido para mí el placer más grato de mi carrera artística...

Eso era un buen «truco». Las damas eran trasladadas al lienzo con maravillosa impecabilidad, y sus gracias físicas brillaban esplendorosamente enmarcadas en la suntuosidad de un trono, luciendo vistosa *toilette* de soberana.



...contemplando algunos instantes, con envidia, la amorosa escena...

Aparentemente, Reymier era un artista acabado; pero, en realidad, el más rufián de los canallas podía codearse con él; detrás del muro que las cortinas fingían, estaba el secreto del genio y la fama de que gozaba.

Ese secreto se llamaba Andrés Martens, maestro del pincel, a quien un destino inexorable había convertido en víctima del falso artista y en instrumento de sus fraudes punibles.

Durante las «sesiones», Reymier pintaba garabatos en la tela en que simulaba reproducir a la modelo... y buen cuidado tenía de no dejar ver su «obra» hasta después de retocada. De tal modo, quedaba impune su villanía.

Así, aquel día, al dar por terminadas las «poses» de Susana, conforme lo anunciara la víspera, ella quiso verse en el lienzo, impidiéndoselo discretamente el falso artista, según su costumbre:

—Perdón, señora Stanton; pero es viejo criterio mío no permitir que nadie vea mis obras hasta estar del todo retocadas.

—¿Qué meticuloso es usted, señor Reymier!

—Cualquier detalle olvidado, el más insignificante de todos, bastaría para arrepentirme de haber revelado mi creación... ¡Oh! Yo adoro mis obras... y cuando las modelos son como usted, señora Stanton...

—¿Como yo? ¿Qué quiere usted decir? —Aprisionar en el lienzo la luz de su belleza ha sido para mí el placer más grato de mi carrera artística.

Agradeció Susana con una sonrisa el halago de Reymier, y fué a cambiar su *toilette* de reina por su vestido de calle siguiéndola el pintor con la mirada.

Apenas Susana hubo desahogado el estudio, y mientras se hallaba en el cuarto de las modelos, Reymier descubrió la cortina tras de la cual se ocultaba el verdadero genio, y apresuradamente cambió la tela llena de garabatos por la que merecía el calificativo de obra maestra y en la que Susana aparecía irresistiblemente tentadora.

¿Qué drama íntimo obligó al anciano Martens a someterse, con dolor, pero sin protestas, al mercader cínico?

El nos lo va a decir.

—¿Cuándo va usted a ir a ver a María? —preguntó a Reymier. —Hace tanto tiempo que ella le espera...

—Déjeme usted en paz con sus tonterías... Ahora no tengo tiempo de ocuparme de nada...

El pobre artista, envejecido doblemente por los años, que ya le pesaban, y los sufrimientos, se enfureció y, agarrando al pintor por los brazos, pronunció una amenaza:

—¡Usted vendrá a verla!... ¡Usted reparará el mal que ha hecho, porque sí no!...

—¡Basta! No puede usted obligarme y, si lo intenta, será peor... O yo hago las cosas cuando quiero y cómo quiero... ¡o no las hago de ninguna manera!

—¡Ah! Si usted supiera cuánto sufre la infeliz... Sea usted bueno para ella... Lo único que sostiene la vida de mi pobre hija, de mi pobrecita María, es la creencia de que usted la ama, la esperanza de que cumplirá usted las promesas con que la sedujo.

—Ya sé... ya sé... Ya hablaremos... Váyase... ¡Váyase de una vez! Alguien se acerca...

Marchóse el viejo, y apareció Susana, a quien Reymier, exquisitamente, condujo frente a su obra, extasiándose el original ante la magnífica copia.

—¡Qué precio sol! —exclamó la confiada mujer sinceramente.

—Celebro que le guste a usted... Yo nunca estoy satisfecho de mi obra; pero, en el caso de usted, ¿qué artista podría envanecerse de haber sabido copiar tan peregrina belleza?

Una confianza sin sombras reflejándose en la actitud tranquila, en el rostro franco de Susana. ¿No era Reymier amigo de su marido?



...el temor a fracasar en su tentativa de asalto a la «plaza», le aconsejó ser prudente...

El pintor consiguió retenerla, ofreciéndole saborear un licor oriental como no había otro, y algunas golosinas muy propicias al paladar femenino aristocrático.

Susana sentóse sobre un diván de mullidos cojines, y Reymier estaba dispuesto a no perder más tiempo. Sin embargo, el temor a fracasar en su tentativa de asalto a la «plaza», le aconsejó ser prudente, y varias veces renunció a demostrar con gestos harto expresivos sus intenciones...

Los Madison, que no dormían como pudiera figurárselo el pintor, se presentaron en el estudio de éste, y fueron recibidos por un criado que, a juicio de Teodoro, no tenía de indio más que el uniforme.

Bromeó el autor de dramas inéditos con el criado, preguntándole por su camello... y por su amo... y al enterarse los Madison de que Susana estaba aún con el pintor, Sofía, presintiendo algo «anormal», hizo ade-

mán de entrar precipitadamente en el taller del peligroso sujeto, deteniéndola a tiempo su marido.

Reymier, con el consiguiente disgusto, oyó a los Madison, y gritó desde el estudio, separándose rápidamente de Susana:



«Sofía, presintiendo algo «anormal», hizo ademán de entrar precipitadamente en el taller; deteniéndola a tiempo su marido.

—Entre usted, señor Madison. Viene usted a su casa.

No se hizo rogar el aludido, ni Sofía tampoco.

Susana, al ver a sus amigos, corrió a saludarles, mientras Reymier simulaba tener aún un poco de trabajo con el retrato de reina de aquella, que los Madison no dejaron de admirar, extrañándose Teodoro de que un hombre tan antipático como el pintor tuviera tanto talento...

Los Madison dijeron a Susana que habían ido a recogerla para que acompañara a Sofía a hacer algunas compras, y despidiéronse los tres de Reymier, que tuvo ocasión de leer en los ojos de Teodoro la aversión que sentía por él. Indudablemente, los Madison no eran necios... Habían visto y habían imaginado... Malo, malo... pero él seguiría adelante... ¿No le dijo Stanton que fuese a visitarles tan a menudo como antes de terminar el retrato?

En el hogar de Andrés Martens, un misero desván, se agostaba lentamente una vida joven, en vana espera de las promesas de un malvado.

María, hija del viejo artista; la mariposa que quemó sus alas en llama de ilusión, recibió a su padre aquel día, como todos los días que iba al estudio de Reymier, con profunda emoción... porque el buen anciano era portador de un obsequio que agradece como algo de mucho valor toda mujer enamorada.

—¿Son de él estas flores?— preguntóle cogiendo el ramo que le ofrecía.

El silencio que acogió esta pregunta fué cruel para la soñadora...

El humillado artista, en un arrebatado de cólera contra el miserable que le robó la paz a su hija, echó mano de un revólver, con los peores instintos.

La afrenta clamaba venganza. ¡El vengaría a su hija! ¡Ah, el villano, el monstruo! ¡Lo mataría!

Pero María sorprendió el gesto, y temblando como hoja muerta, se asió fuertemente a los brazos del pobre viejo, implorante y anegada en llanto:

—No, padre... ¡eso, no!

—Ese miserable debe reparación, y, o cumple sus promesas, o pagará con su vida.

—Es que su muerte, padre mío, sería mi muerte... Yo no podré vivir el día que no tenga en qué esperar.



...extrañándose Teodoro de que un hombre tan antipático como el pintor tuviera tanto talento...

Calmóse el viejo, y María, echándole los brazos al cuello, alucinada por la trágica visión de la venganza, buscó en el fondo de su dolor palabras de consuelo y de esperanza para devolver al espíritu del amantísimo padre la serenidad de los buenos tiempos... para seguir teniendo fe...

Contrastando con el infortunio de la hija burlada y del padre humillado, los Madison eran felices viviendo el uno para el otro, sin más quebraderos de cabeza que los que ellos mismos se buscaban. No tenían hijos. No es que no quisieran tenerlos, pero el cielo se resistía a mandarles un par de florones.

Teodoro trabajaba con ahínco en la confección de una de las escenas de su centésimo drama. Era el «héroe» de la pluma desconocido.

Sofía fué a interrumpirle.

—¿En qué estás perdiendo el tiempo ahora? Escribe lo que escribas, no triunfarás. Será una obra más para leérmela a mí.

—Cállate, profana. Si este bosquejo teatral impresionara a las dos personas para quienes lo he escrito, tú misma dirías que habla alcanzado el gran éxito.

—Ya sabes que yo no vivo en la luna. Vamos, Teodoro. Ya es hora de vestirse para la reunión de «Miguel Angel» Reymier.

—¡Caramba! ¡Qué contratiempo! Espera un momento...

—Vamos, hombre... No es cosa de llegar tarde... Ya sabes que Susana estará allí.

Quieras o no, Sofía empujó a Teodoro hacia el guardarropa, para que se pusiera el frac.



Calmóse el viejo, y María, echándole los brazos al cuello, alucinada por la trágica visión de la venganza...

Un poco más tarde, el matrimonio ideal se encontraba en los salones del pintor.

El ambiente respiraba exotismo. Todo daba la impresión de haberse trasladado de un salto al Extremo Oriente. Reymier lucía, como todos sus criados, un flamante vestido de Príncipe de ensueño.

Aquella fiesta era una de las exhibiciones quincenales que el pintor había creado y a las que llamaba «El Arte Vivo», consistentes en cuadros faseadores que aumentaban su clientela femenina.

Una concurrencia, muy selecta, se había reunido en el estudio. Y Reymier escuchaba aquel rumor de colmena, zumbido de contento de las abejas de oro.

Teodoro se acercó sonriente al pintor, y sin reparar en que estaban rodeados de gente, le dijo al sorprender con él a varios criados jugando a los dados con unos cojines de fantasía que representaban en seda los inquietos cuadrillos de marfil:

—Pero, dígame: ¿sus servidores son indios auténticos o es que, como usted, hacen el indio?

La burla era discreta, pues al fin y al cabo Reymier, no siendo indio más que por falsificación, hacía el indio, ¿verdad?

Empezó el espectáculo. Se sucedieron varios números de arte que



—Cállate, profana. Si este bosquejo teatral impresionara a las dos personas para quienes lo he escrito...

obtuvieron muy buena acogida; tales como «La Danza de los Vientos»; la Danza de «El Malo», etc.

Mentalmente reconocía Madison que la fantasía embaucadora de Reymier sabía triunfar; mas a pesar de esto, o acaso por esto, le odiaba mortalmente.

Entretanto, desde su buhardilla, veía el viejo Martens la casa del burlador de su hija... y aquel esplendor de fiesta llenaba de negruras sus pensamientos...

Como último número de la velada, aparecieron en la improvisada escena Susana y el pintor, interpretando el cuadro plástico de «Chrysis y Demetrios», de «Afroditas».

Susana estaba bellísima vestida a la antigua, como en los tiempos mitológicos. Por el contrario, Reymier aparecía más imbécil que de costumbre con las piernas al fresco. ¡Vaya ocurrencia más estúpida! —pensó Teodoro.

Sofía, escandalizada ante la irreflexión de su amiga Susana, dijo a su marido:

—¿Puede dudarse ya, después de esto? ¡Qué locura, Dios mío!

De pronto irrumpió en el salón en fiesta el pobre artista humillado y escarnecido por el Miguel Angel de cartón.

Expectación.

Los criados, por negros y musculosos que parecieran, no pudieron contener al furioso padre, que parecía una avalancha.

Reymier se puso súbitamente en guardia.

—¡Oídme todos!—gritó el viejo, que no habla podido resistir a la tentación de des-

enmascarar al infame.—¡Este hombre es un malvado, un ladrón, un farsante! ¡Me ha robado!...

Los servidores del culpable se precipita-



Se sucedieron varios números de arte que obtuvieron muy buena acogida.

ron de nuevo sobre el infeliz, consiguiendo esta vez reducirlo a la impotencia.

—Perdonen ustedes el incidente, y acepten mis excusas en favor de ese desgraciado. Yo le he protegido, y me recompensa así; pero... el pobre está loco.

Las palabras de Reymier, pronunciadas con pasmosa naturalidad, convencieron a todos los invitados, excepto los Madison, que no se chupaban el dedo como vulgarmente se dice, y menos tratándose de un sujeto tan poco interesante como el pintor.

Este, así que los invitados se hubieron tranquilizado y el viejo hubo sido expulsado de su casa casi a puntaplés, murmuró a Susana, que se había asustado:

—Lamento muy de veras que haya usted tenido un disgusto bajo mi techo.

—Ese pobre hombre me dió miedo... Creí que iba a hacerle a usted daño...

—Le vi llegar, y estaba prevenido... No sabe usted cuánto le agradezco su interés, señora...

El espectáculo dióse por terminado, y Reymier, al punto de marcharse Susana a cambiarse de ropa, le dijo:

—Tan pronto como esté usted preparada para salir, tendré el honor de escoltarla hasta su casa.



—Hace ya rato que se fué, señor... Salíó por otra puerta...

Los Madison, que se habían acercado a su amiga y al falso amigo, oyeron las palabras de éste, y Teodoro contestó a las mis-

invitados habían partido ya... y Susana no daba aún señales de vida.

Impaciente ante la tardanza, Teodoro se dirigió a uno de los servidores de Reymier, inquiriendo noticias de Susana.

—Hace ya rato que se fué, señor... Salió por otra puerta, y la acompañaba el señor Reymier—respondió el cara de betún.

Teodoro se quedó pasmado. Su plan de vigilancia a la puerta, había fracasado.

Sofía, indignada, le regañó:

—¿No te lo dije? ¡A quién vienes tú a dar lecciones de perspicacia!

Sallieron a la calle. Tomaron un auto, dando la dirección de los Stanton.

Susana llegaba, en tanto, a su hogar, acompañada de Reymier; pero en él les aguardaba una sorpresa: el esposo ausente había vuelto inopinadamente, para contento de su mujercita adorada y disgusto del falso amigo.

En camino de la casa de los Stanton, Teodoro y Sofía discutían el caso de Susana, atribuyéndose uno y otro la responsabilidad del peligro que amenazaba a la incauta.

—Si tú hubieses hablado a Susana, si le hubieses hecho ver su peligro, no estaría ahora sola con ese hombre...

—Ya se lo dije, y todo fué inútil. Está ciega... Me habló de amistad en un plano de artes. ¡Tú eres quien debe advertir a Hugo!

—¿Para qué? Es capaz de maltratarme. El está más ciego que ella. De lo único que entiende es de petróleo.



...Susana estaba contenta en posesión de la plena felicidad...

mas dirigiéndose a su esposa con su acostumbrada ironía:

—Y nosotros haremos a los dos otra pequeña escolta... ¡por si acaso!

El viejo artista arrojado como un loco de la casa del falso pintor, regresó a su buhardilla y desahogó su inmenso dolor junto con su desconsolada hija.

Comprendía que era todo inútil. Debía matar, o resignarse para siempre. Lo primero no le conduciría más que a aumentar la pena de la burlada, al contrario de lo segundo, que imponiéndose él a su propio dolor podría dedicarse a apartar de la mente de su hija el recuerdo de la infamia.

Decidido a recurrir a la última solución, dijo a María:

—Debes olvidarle, hija mía... Nos iremos de esta ciudad y comenzaremos en otra nuestra vida... La felicidad no ha escrito aún el último párrafo para ti.

—¡Oh, padre, yo quisiera morir!

—No, María. Te queda tu padre, que sería por ti capaz de cualquier sacrificio. Ayudémonos mutuamente a vencer al destino.

María rompió a llorar con toda su alma, y se abrazaba convulsa a su viejo padre, cual si le prometiera no abandonarle para buscar el olvido juntos...

En el estudio del pintor, los Madison llevaban media hora esperando. Ese tiempo hacía que los



Las dos misivas acompañaban flores...

Al fin llegaron, sorprendiéndose ante un cuadro de fraternidad casi conmovedora, que ellos no se hubieran atrevido a creer de no haberlo visto por sus ojos: Susana, Stanton y Reymier, formando cariñoso grupo, contemplaban el retrato de Susana, colgado en el sitio de honor del salón.

Los Madison saludaron a Stanton, y Reymier, tomando aparte a Teodoro, tuvo el placer de herirle con la misma arma que él empleaba.

—¡Cuánto ha tardado usted en llegar, señor Madison!

Pero Teodoro, como buen comediógrafo, tuvo una salida feliz:



Afortunadamente, ya estaban bajo cubierto.

—Sin duda presentí que esta vez no tenía necesidad de apresurarme.

Decididamente, la batalla entre los dos hombres estaba librada descaradamente.

* * *

Hugo llevaba unos días en casa o, al menos, a no mayor distancia que la de su oficina; lo que quiere decir que Susana estaba contenta en posesión de la plena felicidad.

Un día, esa dicha que parecía imperecedera se vio truncada por la siguiente nota de Stanton:

Querida Susana:

Acabo de recibir un telegrama urgente de mis socios llamándome a los terrenos petrolíferos, y sólo me queda el tiempo preciso para tomar el tren de las ocho.

Adiós. Muchos besos de

HUGO.

¡Qué contrariedad! ¡Oh! ¡Siempre los negocios! ¡El afán de dinero le robaba al marido!

Simultáneamente, entregaban a Susana esta noticia de Reymier:

El martes próximo recibo mi nuevo coche. Iré por usted para que realicemos la excursión convenida.

REYMIER.

Las dos misivas acompañaban flores, y Susana roció con furtivas lágrimas las del esposo sediento de oro...

Teodoro trabajaba arduosamente en su obra. Y después de una semana de buena voluntad, el drama estaba terminado sin más peripecias que una máquina de escribir desbaratada, cuatro ataques de nervios de su costilla y dos de los Mandamientos mutilados.

Llamó a su esposa, su querida confidente y consejera.

—¡Ya está, Sofía! Ese artista piensa que él es más vivo que nadie; pero yo le voy a dar una lección.

Y Sofía, sorprendida de lo que Teodoro le iba contando, deseaba que ese plan fuera puesto a prueba...

Reymier aprovechó, ¡cómo no!, la ausencia de Hugo para visitar a menudo a Susana, y aquel día, el señalado para estrenar su nuevo coche, la fué a recoger a su casa, para dar un paseo juntos en el auto.

—Arregla mi pabellón de la isla Gull, y tenlo todo preparado para las tres. He de recibir allí a un huésped... una señora.

—Bien, señor.

—Ante todo, no olvides el falso telegrama de que te he hablado.

—Descuide el señor.

Insistimos en el aviso a las esposas:

** Vosotras seréis las primeras en conocer si el amigo de vuestro marido es verdadero o falso.*

Reymier y Susana se hallaban junto al mar. Un hombre se acercó al pintor y le dijo:

—Señor, vino un telegrama para usted y nosotros lo enviamos a la isla Gull.

—¿Un telegrama?—repitió Reymier.—Tal vez sea algo importante. Si usted se decidiera a cruzar la bahía... Todo es cuestión de unos minutos—manifestó a Susana interpretando la farsa a maravilla.

Ni un momento sospechó ella de Reymier. ¿Qué podía temerse del amigo todo respeto y galantería? Y aceptando acompañarle, se embarcaron en una canoa automóvil.

Teodoro y su mujer se disponían a ir a casa de Hugo Stanton, decidido el primero a demostrar a Sofía si su drama era bueno o no lo era...

—El tiempo está amenazador de tormenta, Teodoro—le advirtió su esposa.—Ya iremos otro día a ver a Susana.

—Ponte el impermeable, dame el mío, y vamos. ¿Hasta hoy no se te ha ocurrido temerle a una tormenta?

—Cuando te empeñas en algo...

Salieron de su casa.

A poco se desencadenó la lluvia prevista por Sofia.

En el mar, Susana y Reymier recibían al descubierto el formidable chaparrón, sin abrigo alguno.

Cuando llegaron a destino la paloma y el gavián, la tormenta rugía furiosamente. Por fortuna, ya estaban bajo cubierto.

Entraron en la casa.

El lujo verdaderamente oriental del pabellón de Reymier admiró a Susana. En el menor detalle veíase la mano del artista.

El pintor fué a dar órdenes a su criado.

—Cuando yo te avise, servirás el licor que tienes preparado.

Durante la ausencia de Reymier, que buscaba en los aposentos íntimos una bata para Susana y otra para él, ambas de estilo oriental también, ella telefonó a su casa.

—Me he calado hasta los huesos al cruzar la rada. Que Tomás me traiga algún vestido al pabellón del señor Reymier en la isla Gull—dijo a su doncella.

Tomás era el *chauffeur* de los Stanton.

La orden de Susana iba a cumplirse, cuando los Madison llegaron a casa de ella, enterándose oportunamente de dónde se encontraba en aquel momento; y como consideraron que corría gran peligro, aprestáronse a llevarle auxilio, encargándose de llevarle asimismo la ropa que ella pidiera.

Los elementos no cedían en su furia avasalladora.

El trueno retumbaba y el rayo zigzagueaba sobre el mar.

Y mientras María, la infeliz burlada, pasaba por una hora de angustia suprema ante la ira del cielo, que añadía temor a su amargura, el culpable de su trágico abandono preparaba el asalto a otra honestidad.

Susana no sospechaba de la doblez de Reymier.

—Beba sin temor esta copita, señora Stanton. Es un licor excelente para prevenir los enfriamientos.

Ella aceptó, y mientras sorbía el excitante líquido, el pintor dió principio a su comedia de amor, acogiéndose a un ardor de maestro en bellaquerías: las lágrimas..., llamada que siempre halla eco de ternuras en el corazón de una mujer.

—Pero... señor Reymier... ¿Qué tiene usted?

—Susana... Usted ha debido conocer cuánto la amo. La adoro con delirio, ciegamente... ¡y su frialdad destroza mi alma!

—Señor Reymier... usted...

—Venga conmigo lejos de aquí..., donde pueda consagrar mi vida a la devoción de su belleza, esclavizarme por entero a su amor.

Susana se apartó de Reymier, espantada, y el astuto esperaba el momento propicio para consumir su obra inieua.

Los Madison volaban, y todas sus ansias se concentraban en llegar a tiempo para dar una lección al clínico.



...y Reymier había aprovechado la circunstancia para recibirla en sus brazos...

Hugo, en tanto, dedicaba a Susana, a la que tenía representada en una fotografía colocada encima de su mesa-despacho, sus pensamientos; pero reteníalo a muchas millas de distancia la atracción de los negocios.

—Para ti es todo esto, querida mía, todo para ti...—rumoreaba mirando el retrato con arrebato.—¡Pero qué vida de tedio la de estas soledades!

A través de muchas penalidades, los fieles amigos de Susana tenían ya el retiro de Reymier casi al alcance de la mano. ¿Qué importaba a su lealtad la furia de los elementos?

El pintor creía también llegado el momento de vencer, y atacó resueltamente a la indefensa mujer.

—He esperado con ansia loca este momento, y ahora... ¡ahora no renuncio a usted por nada en el mundo!

—¡No, no, por favor!—clamó Susana rechazando a Reymier.

Los Madison acababan de poner pie en el pabellón del ruin conquistador, pero se

encontraron con el inconveniente de hallar la puerta cerrada.

Un formidable trueno empavoreció el espacio en aquel crítico momento, y el pabellón tembló desde su base hasta su cúpula, abriéndose un boquete cerca de la puerta.



De súbito ella se horroriza.

—¡Suben, sí!... ¡Ea 4!

Susana se había asustado, y Reymier habría aprovechado la circunstancia para recibirla en sus brazos, de no haber aparecido en ese instante, por la abertura que parecía un milagroso auxilio, los Madison.

Ni qué decir tiene que Reymier la hubiera emprendido a golpes con los entrometidos amigos, mas se serenó a tiempo, no dando aún por perdida la partida.

Susana se abrazó a Sofía, y Teodoro, dirigiéndose a Reymier, le dijo tranquilamente:

—Traímos algunos vestidos para Susana, y... dígame, Reymier... ¿siempre que tiene en casa alguna amiga cierra con llave su puerta?

No recataba Madison el desprecio profundo que el pintor le merecía, y lo trataba desde la altura de su desdén.

El falso pintor desvirtuó la alusión y trató de aparecer lo más tranquilo posible, como si no tuviera nada que reprocharse.

Teodoro se puso a reflexionar...

Y pensando, pensando, reconoció que, prisioneros de la tempestad; en el bolsillo su drama; presente el auditorio para quien fué escrito... ¿podía perderse aquella ocasión, tal vez única?

De un gesto los reunió a todos,

indicándoles que iba a deleitarles, esperando a que amaneciera, con la lectura de su última obra.

Se hizo el debido silencio.

—El lugar de la acción es... un gabinete de señora, cerrado con un tapiz en su puerta lateral... como el de Susana, por ejemplo—empezó Teodoro.

El interés se pintaba en los rostros...

—Los personajes son tres: el marido, generoso y simpático, que pasa la mayoría del tiempo fuera del hogar... como Hugo.

Una pausa. Reymier estaba intranquillo...

—La mujer, una joven y preciosa criatura, romántica, idealista...; en fin, como Susana.

Sorpresa de la interesada.

—Y el villano, un falso amigo del marido, un tipo como... Reymier; en una palabra, lo que se dice un mal bicho.

Asombro. ¿Cómo acabaría aquello?

Teodoro se apresuró a dar una explicación.

—Como ustedes comprenderán, todo esto es imaginario, y no hay alusiones a nadie. Vamos a la obra... El título que he puesto a

mi drama (que de tal puede calificarse) es: *Un amigo como hay muchos*. Y principio.

—Veinte minutos de adelanto de la hora... ¡Qué pequeñez en el tiempo y qué inmensidad para el reposo de mi corazón!—dice para sus adentros la protagonista, que necesita que su marido parta para recibir al falso amigo.

«El esposo prepara su reducido equipaje, sin olvidar el revólver, para casos de nece-



—¡Oh!, ¿tú sabes?... ¿Por qué le mataste?

sidad. La esposa se asusta al ver el arma. Presente una desgracia. Quiere quitárselo al marido.

«El revólver en mi responde a un hábito—dice el esposo.—Hay hombres que lo llevan para guardar el honor de sus hogares; pero eso es una candidez.

«Ella mira el reloj.

«Quedan sólo veinte minutos para la salida del tren. ¿No llegarás tarde, querido? «Extrañeza del esposo.

«Esta es la primera vez, en muchos años, que este reloj no va al minuto con el mío. Cosa más extraña...—comenta. Y se apresura a partir, para no llegar tarde.



—¡No, no! ¡Retírese! ¡No me toque!

«No será larga tu soledad, amor mío. Esta vez estaré ausente muy pocos días.

«Estaré pensando continuamente en ti.

«Adiós, mujercita de mi alma. Hasta la vuelta.

«Ya se ha marchado el marido.

«A poco llega el otro».

«No debes venir aquí otra vez... ¡Es demasiada temeridad!—le dice ella, asustada.

«Lo peor que podía pasar es que él se encontrase aquí... ¡Y qué! ¿No soy su amigo?»

«Enciende un cigarrillo.

«Por favor, no fumes! Queda ese olor flotando en el aire... y es como una acusación, como un reproche de lo que hago... ¡de lo que no debo hacer!

«El no le hace mucho caso.

«Pasen algunos minutos.

«De súbito ella se horroriza.

«¡Suben, sí!... ¡Es él!

«Llaman a la puerta. El falso amigo busca dónde ocultarse.

«Se repiten las llamadas a la puerta.

«¡Ya, ya voy!—grita la desconcertada esposa.

«El falso amigo ya está escondido. La esposa abre. Entra el marido.

«El tren viene con cuatro horas de retraso, y he preferido pasar la noche en casa y salir en el correo de la mañana.

«¿Qué desastre!

«¿Cómo?

«Digo, qué molestia para ti, ¿verdad?

«Es un contratiempo...; pero en tus brazos lo olvidaré en seguida.

«¿Qué haces, querido? ...¿Cierras?...

«¿Por qué no habla de cerrar? ¿No oíste que voy a dormir esta noche en casa, querida?

«Ella comprende que debe dismular mejor.

«¡Oh! Juntos los dos... Lo que tanto deseo y tan pocas veces puedo realizar... ¿O quieres mejor que vayamos a un cine?—propone ella, para dar una oportunidad al falso amigo para salir durante su ausencia.

«El esposo acepta. Ella, satisfecha de su triunfo, se dirige a sus habitaciones, y se viste atropelladamente.

«Pero el marido acaba de encontrar en el cenicero una punta de cigarrillo humeante... y sospecha. La actitud de su esposa no es natural... Allí hay gato encerrado...

«Sale la compañera de su cuarto.

«¿Vamos ya, querido?

«He pensado que debemos quedarnos en casa.

«¿Estás cansado?... Si pudie-

ras hacer un sacrificio... Me gustaría tanto...

«Creo que estaremos mejor los dos juntos aquí... Mientras tú coses, yo leeré el periódico.

«Silencio. Detrás de la cortina, que se mueve, un hombre, un villano, pasa el peor rato de su vida aventurera.

«Cuando leo cosas como ésta—dice el marido,—pienso que soy el más feliz de los maridos. Escucha:

Juan Wilcox, al volver a casa inesperadamente, sorprende a su mujer con un amante y da muerte a ambos.

«La esposa se aplica el cuento, como suele decirse, y se le conoce a la legua el terror que se apodera de ella. La cortina se mueve más todavía... El caso no es para menos...

«¿Por qué estás tan nerviosa? Una mujercita como tú, leal y buena, no tiene por qué temblar ante un caso de estos—dice el marido, disponiéndose a deshacer su equipaje.

«Si vas a vaciar tu maletín, ten la bondad de irte al dormitorio—le dice ella, que teme volver a ver el revólver...—Ya sabes que...

«No te preocupes, que no voy a desarreglarte la sala.

Cachazudamente, el marido saca las ropas y efectos con que atiborró antes el maletín. Aparece el revólver. La cortina se mueve más de la cuenta. La esposa palidece. La boca del cañón es espejo en que se mira el arrepentimiento... Pronuncia el esposo: «¿Nunca te he dicho cómo mataba yo las ratas cuando era niño? Es un deporte muy divertido. Por cierto que hace muchos años no he quitado de en medio a ninguno de esos bichos repugnantes...

«No juegues con armas, querido... No juegues, por favor...

«No temas... Te enseñaré, ante todo, cómo funciona este juguete. Es una cosa muy sencilla. ¿Ves? No tienes más que tirar hacia atrás del martillo..., así. Y luego...

«Suena un disparo. La esposa lanza un grito de horror. La cortina se tambalea, como si envuelto en ella hubiera un borracho... y un hombre cae muerto al suelo.

«¡Oh! ¿tú sabías...? ¿Por qué te mataste?—pregunta la esposa desencajada.

«Era mi deber. Por tu candidez, mi honor estuvo en peligro.»

Teodoro no pudo seguir. Triunfaba de plano.

«¡Horror!—gritó Susana, arrojándose en sus brazos, implorando su protección contra Reymier.

Este hizo ademán de disculparse y se acercó a ella.

«¡No, no! ¡Retírese! ¡No me toque! ¡No quiero ver a usted más!... ¡Oh, Teodoro,

Teodoro!... ¡Yo quiero a Hugo!... ¡Yo amo a mi marido!

La partida estaba ganada por los Madisson, que se burlaban abiertamente del burlador burlado.

Susana se alejó con Sofia a cambiarse de ropas, y, a solas los dos hombres, Reymier, crispando los puños, dijo, agresivo:

«¡A-mi-nunca-me-gustó-usted!

Pero Teodoro, sin inmutarse, repuso, desarmando al indignado vencido:

«¡Lo-celebro-mucho-y-a-la-recíproca!

...

Muy lejos, sin sospechar que había sido la figura central de un intenso drama, Hugo, retóricamente, nadaba en petróleo. Los pozos vomitaban al fin el preciado líquido. Era una lluvia de millones: el triunfo del tesón de un hombre de nervios con fe en su obra.

Susana regresó a su casa y, a poco de haberlo hecho, Hugo la llamó por teléfono desde los lugares de donde emanaba el oro...

Con singular alborozo apoderóse Susana del aparato y comunicóse con su marido.

«¡Hugo! ¿Eres tú, mi bien? ¿Qué pasa, mi vida?

«¡Petróleo, chica, petróleo! ¡Cinco mil barriles diarios!... ¡Ahora podré poner el mundo a tus pies!

«¡Yo no quiero el mundo, Hugo!... ¡Eres TU todo lo que yo quiero!

«¡Cuánto te amo, Susana mía! Vuelvo en seguida a casa, para nunca más separarme de ti. ¿Lo oyes? ¡NUNCA MAS!

Y los hilos se estremecieron al circular por ellos los más apasionados besos...

FIN



ACTUALIDADES GRÁFICAS

Reginald Denny, en *Demasiadas mujeres*.



Halsey Peters y Hedda Hopper, en *Raffles*.



Virgilia Valli y Percy Marmont, en
H, el desconocido.



Norman Kerry y Mary Philbin, en
El Fantasma de la Ópera.

Exclusivas Hispano-American-Films



UNIÓN DE
FOTOGRAFADORES

LA CASA EN CUYOS TALLERES
SE CONFECCIONAN LA CASI TO-
TALIDAD DE LOS FOTOGRAFADOS
// OBTENIDOS DE PELÍCULAS //

CORTES, 481 - Teléfono H 35 - BARCELONA

GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATográfICOS



Norma Shearer

¡EMPRESARIOS!

NO OLVIDEIS NUNCA
que las únicas películas que os reportarán
seguros beneficios son las de la producción



Distribuidores exclusivos
METRO-GOLDWYN
CORPORATION

Rambla Catalunya, 122
BARCELONA

SUCURSALES:
Madrid: Barquillo, 22
Valencia: Gran Vía, 11

ACTUALIDADES GRAFICAS

Escenas de
"CUANDO LAS MUJERES
AMAN"



La
escultural
Betty Blythe

"ELLA"



"Presentaciones del CIEC"

HISPANO FOX-FILM

SOCIEDAD ANÓNIMA
ESPAÑOLA

Concesionaria exclusiva para España
y Portugal de toda la producción de
la poderosa Compañía cinematográfica
norteamericana

FOX FILM CORPORATION

Las
mejores
películas y los mejores artistas de la pantalla:

Tom Mix
Charles Jones
George O'Brien
Edmund Lowe
Alma Rubens
Madge Bellamy
Jacqueline Logan

CENTRAL:
BARCELONA
VALENCIA, 280
TELÉFONO 2547 G

MADRID:
LOS MADRAZO, 23
TEL. 29.32 M

VALENCIA:
COLÓN, 7
TEL. 1781

BILBAO:
GRAN VÍA, 3
TEL. 2470

¿Me amas?



Allá en mis mocedades, conocí a una mujer...

No fué ella la única, cierto es; mas el olvido borró el recuerdo de las demás.

Nos conocíamos antes de hablarnos. Nuestras miradas nos habían relevado de la penosa necesidad de que alguien nos presentase mutuamente.

Yo estudiaba... Estaba en aquel' pueblo nada más que de paso, como las golondrinas. Un día amaneció el lugar más risueño que nunca. Parecía que se hubieran conjurado todos los esplendores de que está dotada la naturaleza para celebrar un acontecimiento.

—¿Qué pasa?—pregunté al ver ante mis ojos un desfile constante de provincianos llegados de los contornos, hasta distancias notables.

—Hoy empieza la fiesta mayor—contestóme una venerable viejecita con alborozo.

—¡Tonto de mí! Pues es verdad. Pero, decididamente, ¿valen la pena los festejos que preparan ustedes?

—Señor... a usted, que viene de la ciudad, puede que no le agraden... Aquí nos divertimos modestamente... con el corazón en la mano... Los mozos rivalizarán en compostura y en «tirar» el dinero... para que se fijen en ellos las mozas, que da gusto verlas tan enojadas, tan sanas, tan limpias... ¡Oh!, no debe haber mujeres así en la ciudad. Aquí el aire es puro; las pasiones; de niños... Nadie es malo en nuestro rincón... y si sale alguno, lo señalamos con el dedo.

—Bien que lo sé... A los primeros días de estar aquí, vi lo que ustedes hicieron con aquella criada del bodegón.

—No volverá esa infeliz a pisar esta tierra. Merecido tiene el castigo. Por su culpa estuvo a punto de prender fuego la tea de la discordia en el hogar de los Chanudet.

—Sí, ya sé... Dispénseme... Veo a algunos camaradas...

—Condióse, señor... Pero, oiga, antes de marcharse... En todos los puntos del mundo, por insignificantes que sean, un hombre joven se divierte... a menos que un desmedido orgullo le vede el ser humano con los humildes... Vaya usted a nuestra fiesta... y no le pesará. Hoy, al darnos las manos, abrimos nuestros brazos con simpatía a los que con nosotros rinden culto a lo nuestro. Vaya, que la juventud es luz, y tal vez encuentre, emergiendo entre un vestido de burda tela, unos ojos de mujer que le fascinen y no le hagan olvidar nunca la fiesta de un pueblo.

—¡Qué bien le ha salido el consejo, señora! Tan es así, que lo seguiré.

Durante un buen rato estuve recordando lo que me dijera la anciana, y unos ojos, grandes y soñadores, eran mi obsesión, ojos que me miraban amorosos; ojos de mi paradójica amiga.

Me reuní con mis amigos y recorrimos juntos el pueblo en regocijo.

Llegó la tarde. Los gritos ensordecedores de los faranduleros se confundían con los de la gente congregada en la Plaza Mayor.

Los lugareños habían sacudido su habitual modorra. Los bailes habían quedado vacíos de prendas de vestir. Aquello era algo parecido al fin del mundo. Había prisa por gozar. Se temía no llegar a tiempo.

Las parejas se formaban milagrosamente. Una invitación, un obsequio cualquiera, bastaba para proporcionarse uno el placer de una gentil compañía...

Anduve buscando a mi amiga, y ella debía estar buscándome, pues nos encontramos bruscamente, y nuestra mutua sorpresa reveló nuestro individual interés.

Le sonseí... Correspondió a mi gesto. Nos fuimos acercando... hasta rozarse casi nuestras ropas.

Los payasos de un circo que había sentado sus reales en una lateral de la Plaza voceaban como locos, haciendo mil extravagancias, los números sensacionales de los saltimbanquis. Un tío bruto soplabá como un condenado en un abollado clarín. ¡Qué típico! ¡Desagradable? ¡No! Para la ciudad, aquello era demasiado grotesco; porque en la ciudad la gente se ríe de todo...; pero en el pueblo, sonaba a gloria... Además, aquellos ojos...

—Señorita... me atreví a dirigirme a mi «amiga»—¿quiere usted y su amiga concedernos el honor, a mi amigo y a mí, de acompañarlas en este paraíso donde todos son felices?

Mi amigo era un excelente muchacho; y no por ser excesivamente serio renunciaba en aquella ocasión a correr en pos de la aventura que hace soñar.

Las pueblerinas elegidas por nosotros no vacilaron en rendirse a nuestras súplicas, y aquella tarde fué pletórica de ilusiones para los cuatro.

Y, al llegar la noche, camino del santo lugar de cuyo suelo surgen piadosas unas cruces..., dos parejas presas en la sombra sellaron el pacto de amor con caricias anheladas...

Durante varias semanas la aventura se deslizó por un terreno delicioso...

Mas he aquí que, contrastando con mi deseo de «pasar el rato», María—su nombre—soñaba en la bella realidad de un amor para toda la vida.

Al darme exacta cuenta de lo que yo estaba haciendo con ella, me consideré un miserable... y decidí cortar por lo sano aquella pasión que hice nacer a sabiendas de no dar correspondencia.

Nuestros encuentros, desde entonces, se distanciaron notablemente... y por la mente de ella debió pasar forzosamente la duda de mi cariño...

En esto llegó la época de las vacaciones... mi término de estudios.

Adelanté cuanto pude la fecha de mi partida, y me despedí de ella en solitario lugar en plena naturaleza.

—Me marcho, María... Estoy muy contento porque voy a dar una gran alegría a mis padres...

La dulce muchacha rompió a llorar.

—Deseo que seas muy feliz, Enrique... No me olvidaré nunca de ti... aunque sé que no he de volverte a ver...

—¿Quién sabe, María! Eres tan buena... Tu amistad ha sido para mí tan grata en esta soledad...

—Sí... Hemos sido muy buenos amigos... tan buenos amigos, que nos dimos mutuamente los labios... y quiero que hoy me beses también... más que nunca... porque te vas ¡y era yo tan feliz contigo, Enrique!

Las lágrimas y la ternura con que María me reprochaba el haberla ilusionado con engaño, hicieron vibrar en mí el verdadero arrepentimiento, y dolíome verla sufrir tan resignada, embargándome el deseo de mentir una vez más y en aquel momento de despedida, para rodear ésta de encantos suprenos. Y estreché con locura a María en mis brazos, y durante largo rato supe de la dulzura de las caricias de ella.

Puse tal entusiasmo en mis abrazos, en mis palabras de aliento, que María creyó haber ganado, al fin, a fuerza de amor, mi corazón; y colgándose a mi cuello con frenesí, manando de sus lindos ojos perlas de alegría, sonriendo sus jugosos labios, murmuró:

—¿Me amas?

Desperté a la realidad.

Esa pregunta era compendio de una confianza sin límite, la entrega de una vida...

Un paso más... y me precipitaba en el abismo de los cobardes...

Dominé mis instintos... Me separé de ella, besé una y mil veces sus manos, y repuse avergonzado:

—María, tu imagen quedará perenne en mi corazón... pero, mi carrera... ¿sabes?...

—¿Entonces, Enrique...?

—Sí... ¡Adiós, María!

—Y sola, más sola que nunca, quedó allí la pobre María, sin más consuelo que el de su madre, a quien confió, sin duda, su pena... Mucho lamenté ese triste desenlace, amigo mío; pero, ¿cómo imaginar que ella iba a tomar tan a lo serio la aventurilla?—dijo Enrique, al terminar su narración, a varios compañeros de la ciudad, en torno al velador de un café.—¿Qué hubierais hecho vosotros en mi lugar?

—Opino que fuiste un tonto. Si llegaste a provocar el momento psicológico... ¿para qué te sirvió?—opinó un jovencuelo presuntuoso, en el fondo un infeliz.

—La oportunidad era digna de aprovecharse, chico—dijo otro.

Pero un tercero fué más humano.

—Conozco a Enrique desde hace muchos años, algunos más que vosotros y estoy seguro de que él, hoy, está satisfecho de sí mismo de haber obrado, en aquella ocasión, como lo hizo. Amó a María como nosotros los hombres hemos amado alguna vez... María se dejó amar... porque Enrique le era agradable. Discutible o no la aventura sin más consecuencia que el desencanto, el caso es que el hombre y la mujer han de vivir bajo el amparo de una ilusión. Eso es la juventud... la primavera de la vida... la estación de las flores que se ofrecen galanas al caminante... hasta que una de ellas, más embriagadora que las demás, te hace detener... María no era la flor destinada a Enrique... Su aroma era puro... pero no de su gusto para siempre... ¿Comprendéis?... Yo mismo podría contaros...

—¡No, Benjamín, por Dios! Tú eres un sentimental.

—Tú te pasas de listo, Gustavo... porque no sabes lo que vale una mujer. El dulce beso de una de ellas desarma a los que quieren ser malos siendo buenos... ¿Te ha besado a ti alguna vez una mujer?

—Si he de decir la verdad... mi madre... mi hermana...

—Agradecerás siempre sus besos, ¿no es verdad? Jamás te atreverás a hacerlas daño.

—Claro; pero ellas... Ellas no son como las demás...

—Todas las mujeres son madres o hermanas...

La alusión surtió buen efecto. Una pequeña pausa lo demostró, y Benjamín, sonriente, terminó su lección:

—De modo que, amigos, estamos de acuerdo en que, siempre dentro de lo discutible del caso, Enrique se portó bien con María, y yo estoy convencido de que ella estará ya casada, y si alguna vez recuerda la aventura vivida, lo hará con deleite, que en la vida de cada uno de nosotros ha de haber esas hojas mustias de flores que fueron y que la imaginación hacer revivir.

FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ilustración: Eleanor Boardman





Arte y Cinematografía



PRIMERA REVISTA PROFESIONAL ESPAÑOLA :: LA MÁS ANTIGUA, LA MEJOR INFORMADA, LA DE MAYOR CIRCULACIÓN Y LA QUE CUENTA CON CORRESPONSALES PROPIOS EN LOS CENTROS PRODUCTORES DEL MUNDO :: ES LA PUBLICACIÓN ÚNICA QUE PUEDE SERVIR A LOS
// SEÑORES ACTUARIOS DE ORIENTACIÓN EN EL NEGOCIO //

AÑO XVI

Dirección, Redacción y Administración: CALLE ARAGÓN, 235-BARCELONA (ESPAÑA)

DIRECTOR - PROPIETARIO: J. FREIXES SAURI

SUSCRIPCIÓN ANUAL:

| | |
|---|---------------|
| España y Posesiones españolas | 10' - pesetas |
| Extranjero | 15' - » |

ANUNCIOS SEGÚN TARIFA



La Cinematografía en España 1926

Guía de la Industria y el Comercio Cinematográfico de España e Industrias relacionadas con el mismo

Una obra útil y un poderoso auxiliar para los actuarios

PRECIO DEL EJEMPLAR 10 pesetas

Para pedidos

ARTE Y CINEMATOGRAFIA

Redacción y Administración: Aragón, 235 - Barcelona



ACTUALIDADES GRÁFICAS

Marion Davies en
"YOLANDA"



Herbert Rawlinson y Dorothy Devore, en
"LA ESPOSA DE LA PRADERA"



Lewis Stone, Alice Terry y John Bowers en
"EL TRONO VACANTE"



Eleanor Boardman y John Gilbert en
"LA MUJER DEL CENTAURO"

Metro - Goldwyn - Corporation

"PRESENTACIONES DEL CIEC"

LORENZO BAU - BONAPLATA

Como el artifice cuidadoso, como el editor entusiasta de su arte repuja rica y elegantemente la encuadernación del libro famoso, como el joyero de moda ofrece el rico joyel en estuches de elegancia, así "PRESENTACIONES DEL CIEC", enamorados de las concepciones del arte cinematográfico, presentan sus películas con la galanura de algo hondamente amado sin bastardías comerciales.

De ahí que presentaran una «La Inhumana», y «El triunfo de la mujer», y «El príncipe encantador», y tantas otras películas gloriosas, advirtiendo siempre conscientemente al público las características de cada una de ellas.

Estas son las últimas películas que han conmovido al mundo. Esa es extraña, la otra es de tesis, aquella es una «féerie» de una suntuosidad extraordinaria. Te gustan?

Y el público, así requerido, tanto

si es como no de su agrado la producción tan galana y abnegada-

mente ofrecida, ha de sonreír forzosamente halagado y, agradecido, prodigar su favor, benevolencia y aplauso a la MARCA que atrae su afecto por el propio entusiasmo artístico de quienes la animan, porque es simpático siempre el ver la labor de quienes están sólo atentos a la gloria de su divisa y para ella ambicionan el puesto de vanguardia en este gran movimiento artístico que ha conmovido al mundo bajo el nombre de «Ane. Mudo», sin necias, ridículas y anti-páticas ilusiones de absurda hegemonía en el mercado.

"PRESENTACIONES DEL CIEC" sólo aspiran anhelantemente ver acrecentar hacia ellos el aprecio y simpatía de los elegantes, de la gente culta, de los humildes animados de corazones capaces de emocionarse ante el arte.



Oficinas centrales: CALLE VALENCIA, n.º 292 - BARCELONA

Sociedades: MADRID: San Joaquín, 2 - VALENCIA: Félix Pizcueta, 12 - BILBAO: Plaza San Vicente, 1

GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS



Reginald Denny

JOAQUIM HORTA

IMPREMTA

LITOGRAFIA

ENQUADERNACIONS

RELLEUS

IMPRESSIONS

OFFSET

Corts Catalanes, 719
Telèfon 326 S. P.

BARCELONA



**ACTUALIDADES
GRAFICAS**

**PRODUCCION
PARAMOUNT**

EXCLUSIVA DE
SELECCINE, S. A.

Pola Negri y Rod
La Rocque en una
escena de
Paraiso perdido



Rodolfo Valentino y Agnes
Ayres en una escena de
El Caid



Gloria Swanson en
Madame Sans-Gêne



Herbert Brenon, «metteur-en-scène» de *La Ballarina Española*, con Pola Negri y Antonio Moreno, durante un descanso

MUNDIAL FILM

DIPUTACIÓN, 278
Teléfono 943 S. P.

BARCELONA



Casa dedicada
únicamente a
GRANDES EXCLUSIVAS

Esta temporada
presenta las
Super producciones

Ruperto de Hentzau

(Segunda época de «El Prisionero de Zenda») en dos jornadas, magistral obra interpretada por los conocidos artistas LEW CODY, HELAINE HAMMERSTEIN, CLAIRE WINDBOSL, BERT LYTELL, ADOLFO MENJOU.

Pacto de amor

Un bello idilio de amor en un risueño cuadro de arte. Sublime creación de CORINNE GRIFFITH, CONWAY TEARLE, DORIS MAY, ELLIOT DEXTER, MISS DUPONT y HARRY MYERS. Todos los artistas se mueven en un ambiente de grandeza inconcebible.

La noche de la batalla

Magnífica película de asunto interesantísimo, en la que sus intérpretes NINA VANNA y GASTON MODOT hacen una creación.

La mujer perfecta

Deliciosa comedia de gran presentación interpretada por PAULINE GABON, HARRISON FORD y DAVID POWELL.

El Capitán Blood

GRANDIOSA SUPER PRODUCCIÓN basada en la novela del mismo nombre de RAFAEL SABATINI. Protagonista: J. WARREN KERRIGAN.

EL FILM QUE ESTÁ CONMOVIENDO AL MUNDO

Epopeya Naval de Zeebrugge

Brillante página real de la gran guerra. Destrucción de la base naval de submarinos en el Canal de Zeebrugge.

PRODUCCIÓN
METRO-GOLDWYN

EXCLUSIVA
DE
METRO-GOLDWYN
CORPORATION

RBLA. CATALUÑA, 122
BARCELONA

SIETE OCASIONES

Sugestiva comedia, interpretada por el
inimitable artista **BUSTER KEATON**
(el cómico que no se ríe nunca).

Argumento de la película

¿Ustedes saben lo que es la timidez?

Lo explicaremos a nuestra manera. Un hombre tímido es aquel que, a pesar de tener mucha voluntad de hacer algo, se queda con las ganas, porque no sabe decirse.

El prototipo de la timidez es el héroe que vamos a presentarles: Jimmie Shannon, para servir a Dios y a ustedes. Edad: es lo de menos. Estatura: la corriente. Nervios: sin corriente. Una luz apagada. Está enamorado. Es un síntoma de locura.

Ella, una linda muchacha con un palmito súper, un cuerpecito extrasúper y un modo de mirar abrasador. Su nombre: Mary Jones.

Aquella esplendorosa mañana de verano, Jimmie se propone declararse a Mary... Todo es propicio... Todo canta un himno al amor... El perfume de las flores... el azul del cielo...

Mary acaricia un faldero, en espera de la erupción del volcán que arde en el pecho de Jimmie.

Pero el galán, vencido por la timidez, se contenta con pasar la mano por el lomo del perrillo, y dice: —¡Bonito cachorro!...

Como el tiempo vuela, pues hoy se vive muy de prisa, el otoño sorprende al enamorado sin haberse declarado aún.

Aquel suave día, Jimmie está dispuesto a declararse. Sí... Todo es propicio... todo entona un himno al amor... La dulzura del ambiente, la caída de la hoja, la caída de la tarde...

El perro ha ascendido en el escalafón. Su dentadura es ya de pronóstico.

Jimmie cuenta hasta doce... y falla otra vez: —¡Bonito cachorro!...

Así, no es extraño que se le eche encima el invierno.

Aquel crudísimo día, Jimmie se declara, vaya si se declara... Sí... Sí... Todo es propicio... todo tira un himno de amor... La blancura de la nieve, el piar de los pajarillos...

El perro dista de ser un vulgar ejemplar de su raza. Ha tenido tiempo de crecer, y

por cierto que no ha perdido el tiempo.

Sin embargo, Jimmie, tan tímido como el primer día de conocer a Mary, no sabe salir de su cantinela:—¡Bonito cachorro!...

Mary sigue esperando... «Un jour viendra», perfume de Arys...

Y pensando en ese «jour» llega la otra primavera.

Ahora sí que Jimmie se siente valeroso... La mañana es tan tibia... Sí... Aquel día, Jimmie se declararía de una vez para siempre a Mary... ¿No lo pregonaban ya las canoras avecillas...? ¿No lo murmuraba ya el arroyo cristalino...?

Pero... ¡tampoco sale la declaración!

Y dale con el «¡Bonito cachorro!...»

Y vuelta a esperar...



Aparte de que con el bello sexo se cortaba con más facilidad que la salsa mayonesa, en la vida corriente Jimmie era un hombre como otro cualquiera. Pertenecía a la firma Meekin y Shannon, corredores de bolsa, y para no faltarle nada, hasta una quiebra tenía en perspectiva.

Los instantes eran supremos. El telégrafo funcionaba nerviosamente.

Las noticias que se iban recibiendo hacían palidecer a los socios.

—Estos informes son como el contrato de inquilinato de nuestra futura residencia: la cárcel modelo—dice Jimmie que ya se ve entre rejas.

En la antesala, un hombrecillo misterioso aguardaba la llegada de Jimmie, «para entregarle unos documentos».

La taquí-meca y telefonista se encarga de anunciar al visitante.

—Tiene una cara como de chupatintas de juzgado y trae unos papeles que quiere entregar personalmente.

Jimmie teme lo peor, y se niega a recibir al que desea verle.

—¡A lo mejor es una papeleta de citación!

La señorita sale del despacho de los socios y contesta al visitante que Jimmie no está.

Pero el hombre no es tonto, y como ha visto, al abrirse frente a sí la puerta del gabinete de la gerencia, al propio Jimmie, rehusa marcharse, y pretende entrar a pesar de todo.

La señorita le mira con ojos de tigresa, mas el hombre es pequeño pero decidido, y se cuelga en el despacho de los socios, pretendiendo hablar con Jimmie.

El compañero de éste, que no admite que nadie discuta sus órdenes, agarra al visitante por el cuello de la americana, y le obliga a desalojar el local.

Inútil empeño; porque el visitante se sienta frente al despacho de la gerencia, en espera de que Jimmie salga del mismo para ir a comer.

Transcurre un cuarto de hora, al cabo del cual los socios salen por otra puerta, y habrían burlado inconscientemente al desconocido, de no haber visto éste a tiempo como aquéllos se le escapaban.

No obstante, por más que hizo el buen hombre, no pudo conseguir que Jimmie le atendiese.

Ya en la calle, los socios tomaron un auto y dieron la dirección del Golf Club.

El empalagoso tío no se da por vencido y los sigue en otro coche.

Llegados a destino, el desconocido insiste en hablar con Jimmie, que se ve obligado a recurrir a la ayuda de un agente de policía para librarse del cargante sujeto.

A poco, los dos socios se hallaban sentados a una mesa, con buen apetito.

El cara de chupatintas logra burlar la vigilancia del policía, y descubriendo a aquéllos, desde el jardín, junto a una ventana, adhiere a dicha ventana un documento, cuya súbita aparición atrae los ojos de los dos socios.

—¡Mi madre!—ciama Jimmie.

—¡Demonio!—dice asombrado su compañero.

No se extrañen ustedes. A ver qué cara ponen cuando se enteren de esta tontería:

Su abuelo acaba de pasar a mejor vida... Le ha dejado a usted la respetable suma de... siete millones de dólares.

Los socios se levantan como electrizados; pero simultáneamente con su deseo de reunirse con el portador de aquella estúpida nueva, el guardia requerido momentos an-

tes por Jimmie detiene al desconocido, llevándosele consigo, probablemente para abandonarlo a la distancia del Club.

Jimmie y su socio vuelan, y cuando alcanzan al simpático mortal, lo separan de la garra del guardia, y, cubriéndole de atenciones, se alejan hacia el Club, para devorar con los ojos los documentos de que es portador.

El guardia se sorprende, y había motivo. Pero como era guardia, encogió los hombros, y reintegróse a su sitio. ¡Un trío de locos, qué importa al mundo!—debió pensar.

Ya en el Club, Jimmie recibe confirmación de la herencia de siete millones de dólares.

No era sólo su abuelo el que había pasado a mejor vida, sino él y su socio, ¡porque ya se veían con pijamas del gobierno!

Pero... el testamento contenía una cláusula que imponía al heredero la condición *sine qua non* de encontrarse casado antes de las siete de la tarde del día en que cumpliese veintisiete años.

La cosa no parecía grave, pero Jimmie estaba preocupado.

—¿Cuándo cumples los veintisiete?—le pregunta su socio.

Y Jimmie, que acaba de consultar el calendario, dice en un suspiro:

—¡Hoy!

—¿Hoy? ¡Qué contratiempo!—se lamenta el socio.

—No hay que apurarse... De aquí a las siete puede usted casarse cien veces—interviene el notario.

Jimmie se acuerda de que ama a una linda mujer.

—Puedo declararme a María...

—Pues corre a hacerlo... y te esperamos aquí con la impaciencia que puedes suponer. Animo, valor y miedo, Jimmie. En tus manos está nuestra salvación.

—Me parece que me voy a quedar con lo último... Pero no... Hoy me declaro... Hasta luego.

Un poco más tarde, Jimmie se hallaba en el jardín de la casa de Mary, ensayándose para declararse.

—Mary... tú... digo... yo... es decir... nosotros...

Mary apareció, sin que Jimmie se diera cuenta, y sentóse en el mismo banco en que el galán estudiaba posturas para el mejor efecto de la declaración.

Mary escucha... y se siente embargada de dicha al oír lo que ella cree que es la verdadera declaración, pues como, azorada, no mira a Jimmie, supone que éste la ha visto y se le declara.

—Mary... me gustas más que el Camembert, y ya sabes que ese queso es mi flaco... ¿Te casarías conmigo, Mary?

Ya está. La cosa ha salido bien. Ya podrá repetirla delante de Mary.

Pero... no hay necesidad. Aquel ensayo ha sido válido, porque Mary, vencida por la pasión, se rinde en los brazos del asombrado Jimmie, que no se cae de espaldas... por no ensuciarse la ropa.

La casualidad ha ayudado a la timidez. Que Dios se lo pague.

Encantado de lo banamente que ha sido derribado el peligro de la indecisión, Jimmie no desaprovecha la ocasión de abrazar a Mary, por quien está que se derrite, y como las siete se van acercando, se separa de ella, y le dice, sin poder ocultar su precipitación:

—Me voy corriendo a anunciar a mi socio que lo he arreglado ya todo y que nos casamos hoy...

—¿Y por qué precisamente hoy?

—Te seré sincero, chica... Mi abuelo me deja en su testamento una burrada de dinero... a condición de que hoy esté casado con alguien...

—¡Ah!...

—No... no quise decir con alguien... Puedo casarme con cualquiera... Es decir... No importa con quien me case... No... Mejor dicho... Debo casarme con alguna... sea quien sea...

—¿Y has pensado en mí, verdad? Sin el interés... jamás me habrías hablado de amor... ¿no es eso?... Pues no cuentes conmigo... porque yo no quiero un corazón metalizado... ¡Adiós!

—Pero... Mary... ¿Qué te habré dicho yo?...

Estériles esfuerzos los de Jimmie para retener a Mary y darle una explicación. La

doncella, herida en su amor propio, no quiso saber más de él.

—¡Oh, mamá!—exclamó arrojándose en los brazos de su madre al regresar a la casa. —Acabo de ver a Jimmie... y me he disgustado con él... Me dijo que tenía que casarse hoy mismo, fuese con quien fuese, y que bien pudiera ser yo.

Entretanto, pegándose con furia, Jimmie volvía al club.

—¿Qué, os casáis?—preguntó su socio.

—No; ha interpretado mal mis sentimientos.

—¡Buena la has hecho! Vamos ahí dentro y hablaremos con calma, si es que es posible no perder la tranquilidad viendo volar siete millones en torno nuestro.

Se acomodan en la secretaría del club, al tiempo que la madre de Mary, convencida de que Jimmie ama a su hija, dice a ésta:

—No es posible que haya querido decir eso... Se le habrá trabado la lengua, hija mía... Tal vez por teléfono...

Y mientras Mary telefona al club para ponerse en comunicación con Jimmie, éste involuntariamente, colocando debajo del mismo una caja, ha levantado el receptor del teléfono, resultando que Mary habla y no se la oye, pero ella se entera de lo que dicen los tres interesados en la fabulosa herencia.

—Señor Shannon, hay que buscar otra novia...—aconseja el notario consultando el reloj.

—¡No me casaré con ninguna otra!

Esto encanta a Mary, que se esfuerza para que la oigan, pero es inútil.

—Pero ¿va usted a dejar escapar esos siete millones?

—¡Sí! ¡Pueden irse al cuerno esos millones! ¡Por culpa de ellos he perdido a la única mujer que he querido en mi vida!...

De haberle tenido cerca, Mary se habría vuelto loca besando a Jimmie, pero como estaba lejos de él, se contenta con asegurarle que es suyo su amor, y escribe en un papel lo que sigue:

James Shannon:

¡Cuidado, como te atrevas a casarte con otra!

MARY

P. S. Creo que estaré en casa todo el día.

Después de escrito el aviso, Mary lo va a entregar a su criado negro, que, viejo y con unos pies que nacieron perezosos, no es modelo de actividad.

—Llévale este papel al señor Shannon —le dice— ¡Volando!

El servidor monta un caballo que también nació cansado, y se aleja «al trote».

El socio de Jimmie, desesperado ante la visión de los acreedores, implora de él la salvación.

—Piensa en la quiebra... nuestra reputación... la cárcel... a menos que te cases. Si no quieres hacerlo para salvarte tú, tienes el deber de hacerlo para salvarme a mí, que soy tu socio.

Jimmie tiene buen corazón y se compadece de su socio, decidiéndose a sacrificarse por él.

—Feliz no seré; pero podéis hacer de mí lo que queráis.

El socio conduce a Jimmie y al notario al *hall* del Club, y desde el mismo le señala varias mujeres que están sentadas a las mesitas del *restaurant*.

—Bueno... ¿dónde está la novia?—pregunta Jimmie indiferente.

—Pues... ahí tienes una buena colección.

—¿A cuántas conoces?

—Apunta... Anita, esa morena de allí... Matilde, la «dulce», como la llaman sus amigos... Encarnación, esa delgadita tan fina... Mercedes, la del pelo corto, más corto que las otras, para distinguirse de ellas... María Luisa, la del fondo... Lee versos de un amigo mío que es cocinero... Esperanza, la del cigarrillo... Fíjate bien en ella... Mientras hay vida... hay Esperanza... En fin, Luisita, la del sombrero florido... Canta que es un primor...

—¿No hay más?

—Ni falta que hace... Tienes siete ocasiones... *garantizadas*. La que menos, es capaz de casarse hasta por radio.

—¿Por cuál debo empezar?

—Por la primera que se te presente...

Jimmie, resuelto a demostrar valor, se dirige a Encarnación, y como buen americano, se le declara:

—Señorita... ¿Se casaría usted conmigo?

La señorita se sorprende. ¿Está loco aquel joven que, sin conocerla, le propone matrimonio?

Jimmie espera ansioso la respuesta, y es tan cómica su actitud, que la pretendida se ríe en sus propias narices, marchándose aquél confuso y turbado.

El socio y el notario animan al chasqueado galán, y para aleccionarle un poco en el arte de conquistar a las mujeres, el primero contando con la cooperación del segundo dice a Jimmie:

—Lo que te pasa es que tienes menos gracia que un auto de desahucio... Figúrate que el señor notario es la Mary Pickford... Y fíjate en mis hechuras y en mi palique...

El socio compite con los mejores donjuanes, y es tal su habilidad, que el notario se ruboriza... Por un momento llegó a creer que era la mismísima Mary Pickford.

—Ahora, ensáyate tú... Con un poco de imaginación, la ilusión es completa...—le dice luego a Jimmie su compañero.

Jimmie se propone imitar a su socio, pero el notario es más feo que un día sin pan... y no hay manera de inspirarse.

María Luisa pasa cerca de Jimmie en aquel momento y él, envalentonándose ante su garbo, le sigue, deteniéndola en el jardín.

—¡Oh, bella criatura! Cinco palabras nada más: ¿Se quiere usted casar conmigo?

Un grupo de jugadores de tennis presencia la escena, muy interesante por cierto. Jimmie se ha arrojado ante la mujer, y le implora su «hidalgas compasión»... (Invierte el papel de Tenorio).



—¡Oh, bella criatura! Cinco palabras nada más: ¿se quiere usted casar conmigo?

La joven, asombrada, da paso poco a poco a la risa, hasta soltar carcajadas, a las que se añaden las de los espectadores.

Jimmie pretende huir, porque los chascos y las burlas no le sientan bien; pero el socio no duerme, y le infunde nuevos ánimos para seguir declarándose.

Se presenta Esperanza. El nombre es animoso... pero esa esperanza está muy alta y se desvanece en las regiones heladas, a las que Jimmie no puede llegar con su cara impasible.

Jimmie no quiere seguir recibiendo calabazas como un vulgar vendedor de hortalizas... y va a pedir su sombrero a la guardarropa, una muchacha muy «garçonnes» que no acierta a comprender cómo un hombre es capaz de correr tras del amor como un niño en pos de un juguete, cuando es tan fácil enamorarse... Naturalmente, a juzgar por sus miradas a Jimmie, está convencida de que su cerebro no funciona normalmente...

Pero en el piso superior del club, sentada a una mesita y leyendo una revista, hay una de las siete ocasiones apuntadas. Es Matilde. ¡Vaya mujer! Jimmie se le declara por escrito, para evitarse, en parte, el mal efecto del nuevo chasco. Y no falla. La aludida rompe en mil pedazos la petición, y Jimmie se abriga ante la lluvia que de los mismos le cae encima.

Anita da otra negativa a Jimmie... y no quedan ya más que tres ocasiones.

El socio, preocupado ante la corteidad de Jimmie, se propone ayudarle:

—Mira, esa es Mercedes... Me le declararé yo por tí, y para que sepa de quién se trata, te pones tú aquí con la cara más interesante que puedas...

—Lo que tú quieras, chico...

El socio no es amigo de preámbulos.

—¿Ha pasado alguna vez por esa linda cabecita la idea de casamiento?—pregunta a Mercedes a poco de saludarla y de interesarse por su salud.

La «niña» suspira. El socio es agradable...

—Muchísimas... ¡ay!

—¿Se casaría usted con un hom-

bre de un físico nada despreciable, con una fortuna menos despreciable todavía y que la adora como un salvaje?

La interesada se figura que el socio es el enamorado, y sin reflexionar su gesto, se abandona deliciosamente en sus brazos, al tiempo que Jimmie dirigía sus miradas a su probable «futura».

—¡Arrea!—exclama el rico heredero, apartándose de su puesto de observación, porque, ¡miau!, no le gusta que le den gato por liebre... y colocando en su lugar al notario...

a Jimmie que está chiflado, pues tiene buena lengua...

¡Y va bola! Luisa es la última en suerte.

Se presenta. Va a telefonar. Enclérrase en la cabina *ad hoc*. Allí la sigue Jimmie... pero sale al poco, tan «victoriosos» como con las seis restantes. Demostrado queda que es un Barba-Azul de cartón.

¿Qué hacer?

Jimmie intenta declararse a la guardiatropa, pero la «garçonnes» se anticipa a la pregunta. ¡Otro no!



... las "siete ocasiones" le despiden burlándose de él a coro.



El socio se apresura a poner las cosas en claro, y dice a su amigueta:

—Perdone usted, señorita... No se trata de mí... El hombre que la adora... el hombre que está dispuesto a arrojarse a sus pies con toda su fortuna, es ese...

Y le señala al notario, pensando que presenta a Jimmie.

Y Mercedes casi pega al socio por su «bromita pesada». ¡Proponerle casamiento con un gorila!

María Luisa es la sexta en ser «atacada»... pero vence también, y no le munda a decir

Entonces el socio, que tiembla ante la rapidez con que se mueven las agujas del reloj, se da unas palmadas en la frente, empuja a Jimmie hacia la calle, donde le espera su automóvil, y le dice:

—Ve a vestirte en seguida... Y con el anillo, las flores y la licencia de casamiento me esperas en la iglesia de la calle Ancha, a las cinco... Yo te llevaré el resto... digo, la novia.

Jimmie conviene en todo, y como para darle la puntilla, fuera del Club, las «siete ocasiones» le despiden burlándose de él a coro.

•••

También se declaró Jimmie a una madre de familia, y a una tobillera que, ¡las hay ansiosas!, había hurtado un abrigo de pieles de su mamá para transformarse en «casadera».

—¿Cree usted que encontraré un hombre que quiera casarse conmigo?—le había preguntado la niña.

—¿Ha dicho usted casarse?—contestóle Jimmie—¡Aquí estoy yo!

Pero la mamá se enteró de la travesura de la niña... y Jimmie se quedó sin novia otra vez.

menos dos novias, por si una fracasaba... Si sobraba una, él se casaría con ella, porque su corazón se conservaba todavía joven.

Y el socio pensó que, por si las dos fracasaban, lo mejor era poner un anuncio en un diario. Y lo puso, publicando una fotografía de Jimmie, con este texto:

Se desea una novia.

James Shannon, prominente bolsista de esta localidad, hereda siete millones de dólares si se casa hoy.

Lo único que falta es la novia.

Cualquier señorita vestida de novia que se



... saliendo al poco rato del escenario, descompuesto... y sin novia.

El criado negro de Mary Jones llega, después de «volar» durante un par de horas, a un paso de nivel y ve aparecer a Jimmie en su automóvil. Para que se detenga, le hace una señal con los discos del guardabarrera, con tal acierto, que en lugar de indicarle que se detenga, le avisa que hay vía libre. ¿Por qué se equivocó? Porque era negro...

De modo que Jimmie no puede saber que Mary le está esperando en su casa, decidida a ser su esposa.

El notario, que aunque viejo sueña, había dicho al socio de Jimmie que no estaría de más que procurase llevar a la iglesia lo

halla a las cinco en la iglesia de la calle Ancha, puede ser la feliz pareja.

Uno de los más extraordinarios testamentos de que se tenga noticia es el del difunto José Shannon...

¿Daría resultado el anuncio?

Luego se vería.

En tanto, Jimmie, en espera de la hora de la boda, se declaraba a todo cuanto tenía faldas, desde una montaña hasta un escocés.

A la puerta de un teatro anunciábase la actuación de un célebre transformista, y Jimmie, confundiendo el sexo, se atrevió a



Antes de la siete estaba en el templo. No había nadie. Esperaría.

declararse al hombre, saliendo al poco rato del escenario, descompuesto... y sin novia.

¿Qué remedio le quedaba sino ir a la iglesia y esperar allí a su socio con la novia?

Antes de las siete estaba en el templo. No había nadie. Esperaría.

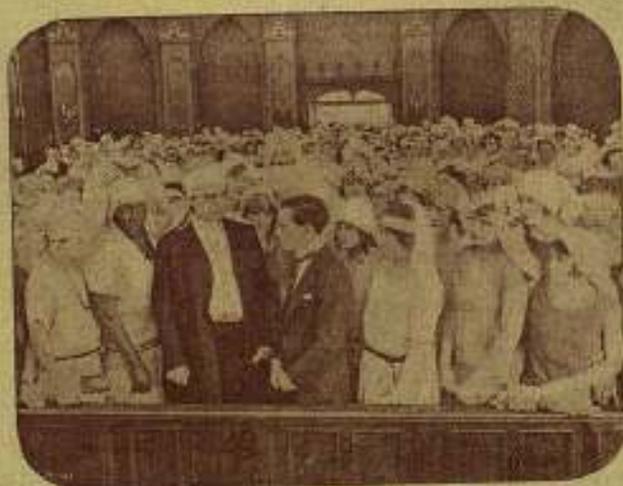
Aparte del pequeño detalle de la novia, nada le faltaba a nuestro héroe... Ni las flores, ni la sortija, ni la licencia... ni los billetes del tradicional viaje a las Cataratas... y ni siquiera los billetes hasta Reno, la Meca de los candidatos al divorcio.

Antes de llegar a la iglesia, Jimmie había

pasado por trances apurados. Uno de ellos el presenciar la decapitación de una mujer a la que iba a declararse... pero que resultó ser un maniquí de peluquero... Y luego el chasco de intentar decapitar a la verdadera mujer que estaba peinando el peluquero con arreglo al modelo del maniquí. ¡Cuántas calamidades!

Pero ahora viene lo gordo.

El anuncio en el periódico dió un resultado inesperado. Más de cinco mil mujeres se estrujaban para entrar en la iglesia donde Jimmie, cansado de esperar, y rendido por



Ellas le reconocen, pues el retrato es exacto al original.

tantas emociones, se había dormido tendido en el primer banco.

En menos de lo que canta un gallo se llenó el templo y quedaron fuera de él un batallón de novias. Autos, tranvías, toda clase de vehículos llegaban de todas direcciones. ¡Qué escándalo!

El socio y el notario estaban seguros de que Jimmie no tendría dificultad en elegir una de «sus» novias. ¡Ahora sí que se casaba! ¡Qué brutos! Pero, por más que lo pretendieron, ellos no pudieron entrar en la iglesia, y las mujeres que se quedaban

asustado, aprovecha la confusión para escabullirse, arrojándose a la calle por una ventana del templo, cayendo encima del criado de Mary, que, enterado de su paradero, andaba buscando la manera de introducirse en la iglesia para entregarle el recado de su dueña.

Como las mujeres se disponen a perseguirle, Jimmie y el negro se ocultan en los sótanos de la iglesia, y allí recibe el rico heredero la noticia de Mary de manos del criado, y daría toda su fortuna por llegar sano y salvo a casa de su amada, agrade-



... cayendo encima del criado de Mary...

fuera gritaban desahoradamente, protestando de la estrechez del local.

El pastor apareció asustado, y al enterarse del anuncio, dirigió la palabra a las amotinadas novias:

—Hijas mías... Indudablemente se trata de una broma de mal gusto o de una estratagemata de un anunciante desaprensivo... Y en nombre del respeto que se debe a este lugar os ruego que lo abandonéis con la mayor compostura...

No muy convencidas, las mujeres iniciaban el mutis, pero he aquí que en tan crítico instante, Jimmie se despierta; ellas le reconocen, pues el retrato es exacto al original, y todas se lo disputan; y Jimmie,

ciendo espléndidamente al negro el haber sido portador de tan grata nueva que le devuelve a la vida.

Como una ola gigantesca, las mujeres burladas se precipitan a la calle, buscando a Jimmie; y se forman varios grupos para vigilar todas las bocacalles.

Jimmie y el negro salen de su escondite cuando creen pasado el peligro, y el primero, por más que lo anda buscando, no encuentra ni un maldito Ford para conducirlo a toda velocidad al lado de Mary. Los tranvías también parecen asociarse a la protesta de las mujeres, y no se paran.

Son momentos de intensa emoción.

De pronto, la avalancha femenina se echa



¡Cualquiera hace frente a un batallón de mujeres indignadas!

encima del culpable, obligándole a poner pies en polvorosa.

La persecución es de las que hacen época.

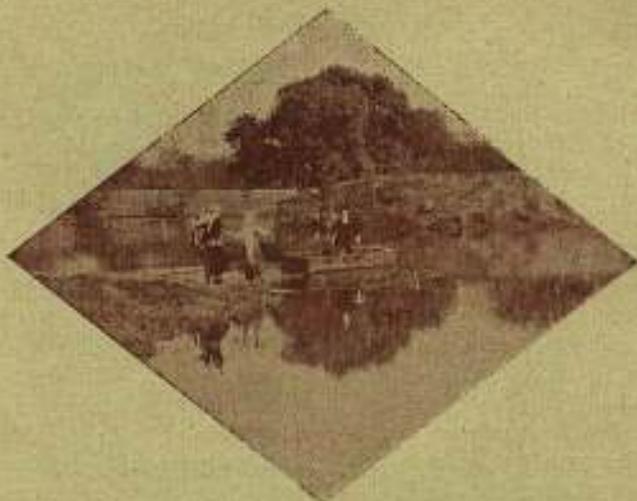
En un encuentro entre mujeres que acusaban a Jimmie, éste consigue escabullirse y se halla casualmente frente a su socio y al notario, que sudan tinta pensando en las pelotas que las disgustadas mujeres piensan hacer de Jimmie, que dice al primero, atropelladamente:

—No me detengo, chico, no me detengo, o estoy perdido. Corre a buscar un pastor y espérame con él en casa de Mary. Yo

trataré de estar allí, sea como sea, antes de las siete.

La policía trata de detener el ciclón... pero al ver que son mujeres, da media vuelta y... apañarse. Lo mismo opinan los obreros de una zanja en la que Jimmie pretende ocultarse, impidiéndolo una de ellas, que es de armas tomar. ¡Cualquiera hace frente a un batallón de mujeres indignadas!

Jimmie ha estado a punto de morir dos o tres veces. Así lo creyeron las persiguidoras una vez que, para librarse de ellas, se colgó Jimmie de una grúa, que al girar



Sin embargo, las mujeres, furiosas...

ofreció a un tren a toda marcha una víctima en aquel spondentif humano.

Pero Jimmie evitó el peligro a tiempo... y al reaparecer prosiguió la persecución.

Vedle ahora. ¡Está a punto de caer en manos de sus enemigas! Un río se abre a sus pies. ¡Ah! Pero en la orilla hay una barca... Ya está... ¡Adiós peligro! Sin embargo, las mujeres, furiosas, intentan vadear el obstáculo, pero no logran dar alcance a Jimmie, que, para ir más de prisa, se arroja al agua y nada desesperadamente hacia la otra orilla.

El pastor espera la llegada del novio.

El socio y el notario se frotan las manos nerviosamente y sus dientes castañetean de impaciencia...

Dos minutos más... y perdida la herencia.

Jimmie no duerme. Lo malo es que está rendido y sus pies no obedecen a su corazón.

Al fin llega, sudoroso y jadeante, cubierto de polvo y destrozada su indumentaria.

Es recibido con tristeza.

—¿Qué?... ¿He llegado tarde?—pregunta Jimmie.



El retraso de dos minutos ha sido fatal.

La persecución se repite en la pedregosa montaña a cuya falda se desliza el río. Las mujeres han cortado el paso a Jimmie saliendo a su encuentro por un atajo.

Son tantos pies los que pisan las piedras, que éstas se desprenden, y ¡hay que ver la lluvia que amenaza romper la cabeza de Jimmie! Tan es así que éste, para salvar su piel, recurre a imitar a los malabaristas hasta que se pone en salvo.

.

—¡Cuánto tarda, madre mía!—dice Mary angustiosamente.

—No temas, hijita. Estará por llegar.

El socio, creyéndose, contesta afirmativamente. El retraso de dos minutos ha sido fatal.

Mary se acerca a Jimmie, y mirándole a los ojos, murmura:

—¿Y por eso no vamos a casarnos?... ¿Crees tú que es indispensable el dinero para ser felices?

Jimmie suspira.

—Mary... No soy más que un fracasado... Ante mí se alza la ruina y el deshonor... ¡Y te quiero demasiado para permitir que tú lo compartas conmigo!

Y, para ocultar su gran dolor, sale Jimmie a la calle, y entonces ve en el reloj del cercano campanario que faltan dos minutos para las siete.

—¡Oh! Tu reloj es una patata. Van a dar las siete—dícele a su socio.

En efecto; no son las siete aún. El reloj del socio sólo sirve para dar sustos.

Y el pastor bendice el amor de Mary y Jimmie, y dan las siete en la calle al terminar la ceremonia, y los siete campanazos suenan en los oídos de Jimmie como canto de gloria...

Los siete millones de dólares han sido salvados.

El notario y el socio se abrazan...

Y los palominos, «para no ser menos», se alejan hacia el jardín, y van a besarse, cuando el perro de Mary se interpone...

«Bonito cachorro!...»—dirán ustedes. Pero no. Ya se acabó la timidez. Ahora el perro es un estorbo... sobretodo en momento tan sentimental. ¡Ay, sí!



Y el pastor bendice el amor de Mary y Jimmie.

(Exclusiva de Metro Goldwyn Corporation)



GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATográfICOS



Lillian Gish



Selecciones Capitolio

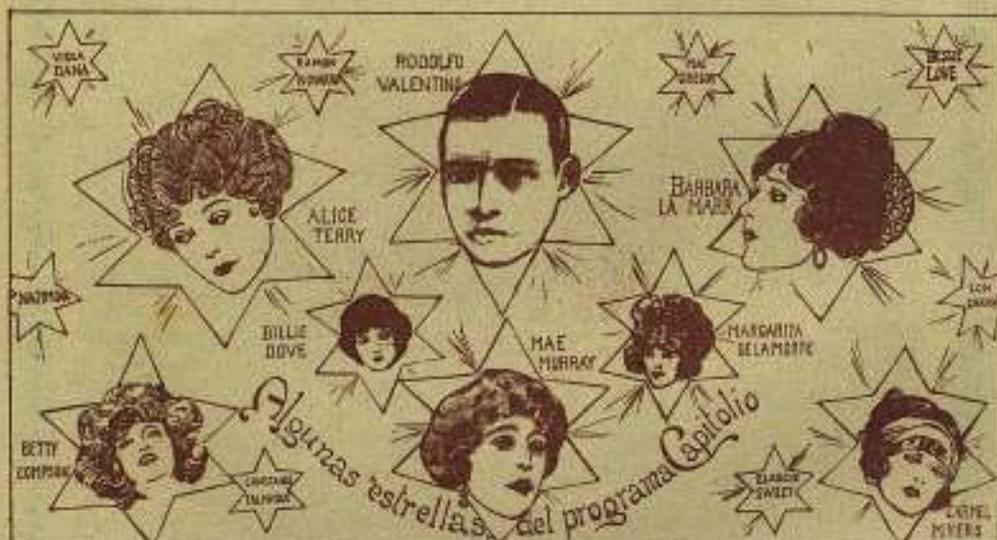
Provenza, 292 S. HUGUET Barcelona

SUCURSAL EN MADRID: ALCALÁ, 96

LAS PELÍCULAS PREFERIDAS POR EL PÚBLICO
ALGUNOS TÍTULOS QUE JAMÁS SE OLVIDARÁN

Los cuatro jinetes del Apocalipsis
 Mujeres frivolas
 La famosa señora Fair
 Eugenia Grandet
 Las Cataratas del Diablo
 El prisionero de Zenda

La Hermana Blanca
 De mujer a mujer
 La perfecta coqueta
 Grandeza de humildes
 La mujer que supo resistir
 La Ciudad Eterna



Constituirán verdaderos acontecimientos cinematográficos en 1936

El pecado de volver a ser joven
 Nobleza baturra
 ¿Deben tener hijos los pobres?
 La ley olvidada
 Nantas o el hombre que se vendió

SELECCIONES CAPITOLIO *~* **SIEMPRE LO MEJOR**



EL AMOR EN LA ESCENA

Crónica por JOSÉ D. BENAVIDES

Alguien me dijo que gustaría de una pieza dramática de la cual se excluyera el amor, y fuera, sin embargo, una gran obra teatral. Yo me quedé pensando en aquellas palabras y estuve a punto de desvelarme.

¿El teatro sin amor? ¿Acaso no es algo como decir el teatro sin vida?

Pero, con todo, me puse a idear el modo de cómo pudiera hacerse una obra tan original que por ninguna parte dejase ver la pasión del amor.

Ante todo, necesitaba un tema. Lo primero que se me ocurrió fué una trama policiaca, pero tropecé con que precisamente por policiaca ya no podía ser una gran obra teatral. Con excepción de los banqueros, todo el mundo se dormiría, en caso, por supuesto, de que el autor no se hubiese dormido escribiéndola. Imaginé entonces una lucha política intensa, terrible, implacable... ¡Ese era el tema! Vi a los contendientes esgrimir todas sus armas, las nobles y las innobles; a uno de ellos paseándose angustiado por su habitación o redactando sus planes bajo la luz de un quinqué, durante una noche de vela; al otro, marchando desenfrenadamente entre una multitud abigarrada, compacta, entusiasta, como un *duce* más. Era el momento para prepararle un asalto... Se oye un disparo... El hombre cae herido... Se lo llevan... ¿Adónde? He aquí el instante preciso para el efecto dramático... ¿Adónde?... A su casa... Bueno; pero

¿quién lo espera en su casa? Necesariamente tiene que esperarlo alguien, porque si llega a su casa herido y no lo recibe nadie, al público, al respetable, no le importaría un bledo. Le doy, en vista de esto, una vuelta más al manubrio de mis imágenes. Veo al hombre tendido sobre un diván, lívido, desencajado... Lo rodean los amigos, aterrados... Se habla del crimen, de la forma cómo se preparó el atentado; hay exclamaciones, puños alzados, gestos iracundos, maldiciones. Pero los espectadores escuchan y nada más... De pronto veo surgir en la penumbra unas líneas borrosas que por fin forman unas manos, después el contorno de un busto... Luego, dos puntos de fuego... unas pupilas... Dos diamantes deslumbradores que son dos lágrimas... Las manos restañan la herida y las lágrimas caen sobre la frente de aquel hombre... ¡Se oye un beso suave, el beso de alivio, el beso del consuelo, el beso... del amor!... Y siento al público, frío hasta entonces en la lucha ante la desesperación del político, ante el estallido del disparo, estremecerse levemente, aplaudir con frenesí después... ¿Por qué? ¡Porque llegó el amor!

Tampoco sirve este tema, porque de él no puede excluirse el amor.

Vuelvo al policíaco. ¡Caramba! ¿Por qué no se podría escribir una pieza policíaca de veras? Imagino las astucias de un Sherlock Holmes genial.

Pongamos al ladrón, al criminal, al bandido, taciturno como Hamlet, para mayor efecto. Al público muchas veces le gustan los taciturnos, porque encuentra misterio en ellos. Este taciturno acaba de robar al millonario Jackson. Se le persigue. El trepa por una escalera, y desciende por la esquina de una muralla, con sumas dificultades... Algo muy cinematográfico, algo muy emocionante... Vuelvo a mirar al público y el público se queda con la ansiedad, con el interés... Mas yo necesito que estalle... Subo de nuevo al ladrón por la muralla, lo meto por una cueva, lo saco después... ¡Nada! ¡No estalla! Se me ocurre ponerlo en peligro inminente. Lo cogerán y seguramente lo ahorcarán... ¡qué horror! Pero su amigo Friad viene en su auxilio en el momento menos pensado, llegando con los pies destrozados; le arroja una escalera de mano y lo salva. Nada, el público permanece impassible... Quito a Friad del medio; el efecto sería bueno si... Hagamos el ensayo, para probar.

Es Elena, la desheredada, la amante de Holmes, quien tira la escalera; son sus brazos los que lo reciben; sus pies han sangrado para salvarle, sus manos se han retorcido de angustia. Y cuando la

ventana se abre y su faz lívida aparece, el hombre descende por la escalera y cae en brazos de la adorada, el público, el indomable público, estalla... Claro, ¡el amor!... Pongo en lugar de Elena a la madre. El público aplaude... ¡El amor también! Pongo al padre... El público se manifiesta menos. Hay menos amor. Pongo al amigo otra vez. El público se queda frío.

¿Qué hacer?... Recorro a Shakespeare, a Calderón, a los autores modernos, a los grandes triunfadores.

¿Qué es lo que han hecho? Hablar de amor, hablar siempre de amor, y a todas horas, hacer sentir el amor... ¡y triunfar! Entonces me resigno, río muy alegre del buen hombre que me dió tan original consejo y, sin pensarlo más, sin discernir más sobre aquello, me duermo tranquilo, resignado.

¡Qué hemos de hacer! En el teatro, en el arte, el todo es el amor! ¡Qué lástima!

Mi querido amigo, muchas gracias y buenas noches.

JOSE D. BENAVIDES

Ilustración: David Butler y Paulina Starke



SELECCINE S. A.

Concesionaria de las producciones

“PARAMOUNT”

Distribuye sus programas con la
denominación de

Superproducciones

Paramount

Programa Ajuria Especial

Programa Ajuria

Programa Rialto

PARA DETALLES:

BILBAO:

Colón de Larreategi, 9

MADRID:

Arenal, 27

BARCELONA:

Ronda Universidad, 14

ACTUAL



GRAFICAS

La niña "Bouhoulé" en
*El Estigma o La hija
del Forzado*



Norma Tal-
madge y
Conway
Teatró en
*Centza s de
oufo*

Constance
Talmadge
Jack Hualball
en *Con la
mejor in-
tención*



Exclusivas
L. Gaumont

Dary Holm
y Harry Piel
en *Los
Náufragos
del Aire*



SUCURSALES:

BARCELONA: Aragón, 318-Tel. 1723 S.P.

MADRID: Fernando VI, 23-Tel. 4710 M

VALENCIA: Sagasta, 19, enf. -Tel. 1541

AGENCIAS en

Albacete, Alicante, Badajoz, Cartagena, Lérida, Mahón, Murcia, Oviedo, Palma de Mallorca, Salamanca, Segovia, San Sebastián, Sevilla, Valladolid, Vigo y Zamora

JULIO CESAR, S. A.

— PLAZA ELIPTICA N.º 1 —
Teléf. núm. 925 - Teleg. JULISAR **BILBAO**

PARA 1925-1926

prepara a su clientela grandes éxitos

Será nuestra mejor película de la temporada y una fuente de ingresos para los señores Empresarios

Compañera te doy

La película que
llega al corazón

Pedir folletos y condiciones de alquiler a todas nuestras Sucursales y Agencias o a la Central.



El León de Mongolia

Drama de gran espectáculo, verdadera creación de IVAN MOJZISINS, NATALIE LISSENKO y CAMILA BARDON.

Misterios del Corazón

de luminosa presentación, impresionada toda en París. Sublime interpretación de JULIETTE COEQUIER, MARJORIE DAW y CLIVE BUCK.

No son necesarios muchos títulos para acreditar una marca

MARAVILLA FILMS PASEO SAN JUAN, 33 BARCELONA

SE PERMITE LLAMAR SU ATENCIÓN SOBRE LAS SIGUIENTES PRODUCCIONES



Teodoro y Compañía

Sugestiva y preciosa comedia; la mejor y más grande creación del gran cómico MARCEL LIVAQUIS, secundado eficazmente por MARCO BONNARD y MILES, ALEXIANE y DOLLY GREY.

Domador por Amor

Obras póstuma del infatigado titano Max Linder.



EL BAUTIZO DEL NENE

Cuento por LUCAS O'MIRA



—¿Quién es el padrino?

—Juanito Maestre, el de la Engracia.

—¿Y la madrina?

—¡Vaya una pregunta! ¡Conchital!

—¿Por qué había de saberlo?

—¡Contra! ¿Ignoras que puede que haya dos bautizos?

—¿Qué dice usted, Consuelo?

—Hay noviazgo en puerta... Juanito ha puesto sus ojos en mi sobrina. Y vamos a ver si con la buena voluntad de todos nace el amor que conduce al altar.

—¿Y cuándo es la fiesta?

—El domingo, si Dios no dispone otra cosa. Desde luego, Secundina, te esperamos.

—Muchas gracias. ¿Vendrá también Périco?

—¡Otra!... ¿Ese es tu moscardón?... ¡Vaya con las mocitas!





* * *

Las campanas del viejo campanario llenan la campiña con sus alegres vibraciones.

En la iglesia, en medio de la mayor animación, una tierna criatura recibe el agua purificadora. Se le oye protestar de aquella fresca caricia que le cosquillea el cogote.

Los padrinos, un par de jóvenes en esa edad de las tonterías, se muestran ufanos de su importante papel en aquella trascendental ceremonia.

Mozas y mozos cuchichean.

Las comadres hacen maliciosos comentarios.

Un hombrón de amplia frente, ojos risueños y manos rudas, se siente bañado de alegría... No hay para menos. ¡Es el padre del crío! ¡Ya tiene un heredero!

La madre, bajita y graciosa, escucha lo que recita el señor rector... sin apartar su vista del fruto de su vida.

Los acólitos esperan ansiosos el momento del «atraco» a los que más tienen que ver con el roro, que perturba con sus berrinches la severa quietud del santo lugar.

* * *

Ya sale la alegre comitiva.

El rumor de voces que no pudieron callarse siquiera en la iglesia, se convierte en poco menos que griterío.

Dominan las exclamaciones infantiles.

Al paso del festejo, que anuncian estrepitosamente algunos



instrumentos de metal en los que soplan labios poco expertos, los vecinos salen a la puerta de sus casas o se asoman a las ventanas, dirigiendo amables frases a los familiares del pequeñuelo.

—¡Enhorabuena! Hoy tiran ustedes la casa por la ventana, ¿eh? ¡Adiós! ¡Eh, los novios! ¡A ver cuándo os casáis, que el señor rector necesita ingresos!...

Y los jóvenes se miran furtivamente. Y los padrinos no se atreven a mirarse a la cara...

Los músicos siguen impertérritos su pregón ensordecedor.

Gritan los chiquillos, que se creen los amos de la creación... Y que lo son; ¿verdad, abuelos?

Ladran algunos perros para unirse a la algarabía general.

Desprendiéndose de la turquesa del cielo, Febo envía sus caricias al amor en jolgorio.

Es día de amor.



Ya en la casa la comitiva, afuera los muchachos claman como dementes para que les echen confites.

Aparecen, dichosos de encontrarse el uno frente al otro, los padrinos, y comienza a caer una lluvia de golosinas sobre los alborotadores.

Como gallos hambrientos, los muchachos se atropellan en el suelo, ávidos de buen botín. Ninguno se queda sin su parte.

Pero entre todos, irrespetada por el egoísmo de los demás, se halla, a merced de los empujones, una pobre niña.

Vedla:

De cuerpo enclenque, coronado de un rostro simpático pero

triste; se apoya en unas muletas. Tal vez, con el tiempo, se consiga dar vigor a sus débiles piernas...

Ante su impotencia, la infeliz no puede ocultar su pena... y la desata en un raudal de lágrimas.

Sigue en torno suyo la avalancha de los fuertes...

Al fin, como era de temer, cae al suelo...

Un grito de piedad arranca del pecho de la madrina, que ha presenciado la dolorosa escena.

—¡Juanito!—dice al padrino.—¿Has visto a Asunción?

Y empujando amorosa a 'aquél, llega al lado de la lisiada, y la levanta con emoción, abrazándola como presa de negros sentimientos. En ella han brotado instintos maternales.

—¡Pobrecita!—murmura.

Y Juan, contemplando la ternura de Conchita, coge una de sus manos, la acaricia tembloroso y, atropelladamente, vacía sus bolsillos de caramelos, llena los de Asunción, recomienda a los otros chiquillos más humanidad para la pobrecita, y se aleja con la madrina, cuyas manos ha vuelto a apresar entre las suyas.

Asunción le dirige sus miradas de agradecimiento... y Juanito, decidiéndose de una vez, dice a Conchita, en cuyos ojos ve el gotear de la bondad:

—Conchita... ¿me quieres?

Y la moza, encendiéndose en rubores, echa a correr, como asustada... pero se vuelve una y diez veces para contestar que sí.

Ha nacido el amor.

Ilustración: Anne Dale

FIN

CURIOSIDADES

La única mujer médico de Turquía ha llegado recientemente a Londres. Hace sólo un año que el gobierno de la república otomana autorizó a las mujeres el ejercicio de la medicina.

Cuando algún banquero de China se declara en quiebra, a todos los empleados y miembros de la administración se les corta la cabeza. Con este sistema, hace 500 años que ni una sola casa de China ha suspendido sus pagos.

En Quebec hay una gigantesca figura de hielo frente a un establecimiento comercial. El original anuncio tiene 15 pies de alto, por 12 de ancho y pesa 12 toneladas.

Tomás Davies, un minero octogenario de Perth, ha cumplido sus sesenta y tres años de trabajo bajo tierra. Durante los últimos cuarenta y tres años ha trabajado en un mismo pozo.

Una boya luminosa que rompió sus amarras en Sudamérica, hace cinco años, ha viajado cerca de diez mil millas hasta Australia. El director general de navegación de Nueva Gales del Sur ha manifestado que la boya debe haber viajado de cuatro a cinco millas diarias.

Una declaración oficial del gobierno japonés dice que la causa de la poca estatura de la raza radica en la costumbre de sentarse en el suelo con las piernas encogidas.

Una pluma de acero es un excelente instrumento para arrancar astillitas de la carne. Póngase la pluma de modo que se abran los puntos y luego pinchese donde está la astillita. Al cerrarse los puntos, como cesa el esfuerzo, agarra la astillita. No queda más que tirar y sacarla.

Para resolver el problema del tráfico se ha propuesto en los Estados Unidos construir aceras para peatones a una altura de trece pies sobre el nivel de la calle.

De 43,000 médicos que practican su profesión en Inglaterra, 1,000 son mujeres.

Se han traducido unas inscripciones halladas recientemente en el Sinaí. Están en antiguo hebreo y se dice que fueron escritas por Moisés.

PINTURA DECORATIVA

ANTIGUA CASA
SAUMELL

Villarroel, 43 - Teléfono 870

Sobrinos de López
Robert y Comp.^o

IMPRESORES

Trabajos de fantasía y comerciales = Documentación y billeteaje para ferrocarriles y espectáculos públicos = Carteles al cromo: Especialidad en los de corridas de toros, teatros, empresas marítimas, anunciadoras, etc.

Conde del Asalto, 63-Tel.460 A
BARCELONA

¿Se ha enterado usted de la simpática publicación

La Novela Intima Cinematográfica?

Sea usted coleccionador de ella y pasará momentos agradables leyendo la biografía de los artistas favoritos de la pantalla. Interesantes fotografías. Regalo de una postal del artista objeto de la biografía.

¡Magníficas portadas!

De venta en toda España los jueves.

Regalos para Navidad y Reyes

MATERIAL FOTOGRAFICO



Pino, 14-Tel. 3867 A-BARCELONA

GRAN SURTIDO DE APARATOS DE LAS
MARCAS

Kodak
Goerz
Ica
Nettel
Goumont

Rietchel
Heidoscop
Leonar
Voigtländer
Etc. etc.

S. COSTA - Pino, 14

GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS



Richard Talmadge

*Estas son las novelas consagradas
por el favor de la afición, por su
inimitable buen gusto*



LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

(SALE LOS MIÉRCOLES)

Cerca de 200 números publicados hasta
la fecha.

Número ordinario (32 páginas-10 clisés)
Precio 25 céntimos

Número extraordinario
(64 páginas - 16 clisés)

Precio 30 céntimos
(Ambos con postal-regalo)

SUS DERIVADOS

BIBLIOTECA LOS GRANDES FILMS

COLECCIÓN DE OBRAS MAESTRAS

64 páginas - 16 clisés
Portada a bicolor - Papel texto especial

Precio popular : 50 céntimos

LA NOVELA FEMENINA CINEMATOGRAFICA

(Dedicada a las señoras y señoritas)

Delicados asuntos

Sugestiva portada

Precio 30 céntimos
Regalo de una postal

LA NOVELA FILM

Asuntos de emoción, alternados con
falsísimas comedias

Vistosa portada

Precio 30 céntimos
Regalo de una postal



Alma Rubens, en
*Casado con dos
mujeres.*

ACTUALIDADES
:: GRAFICAS ::

George O'Brien y
Madge Bellamy, en
El Caballo de Hierro.



Margaret Livingston,
Madge Bellamy y
George O'Brien, en
Desolación.

Pauline Starke y
Edward Herron, en
*Sin bandera y sin
patria.*



EXCLUSIVAS HISPANO FOXFILM S. A. E.

¡ENTUSIASTAS DEL ARTE MUDO!
 HA SALIDO
VUESTRA REVISTA
 TAN DESEADA

¡PROTEGEDLA!
 ¡COMPRADLA!

PUBLIC-CINEMA
 MAGAZINE — CINEMATOGRAFICO

ORGANISMO, NO PROFESIONAL, DE LOS AFICIONADOS

Ignoramos si "Public-Cinema" tendrá éxito, pero sí podemos asegurar que difiere por completo del carácter de cuantas revistas han aparecido hasta el día.



SUMARIO

Entreviús originales.
 Noticias remitidas por nuestros corresponsales especiales.
 Cuentos. - Chistes
 Crítica verdad o imparcial.
 El cinematógrafo como lanzador de modas.
 Tribuna de orientación (libre para los señores actores de influencia).
 Colaboración de los lectores.

Correspondencia.
 Intimidades de los artistas predilectos.
 Una novela suelta (coleccionable aparte; adaptación de una película).
 Galería artística (retratos).
 Artículos. - Comentarios.
 Afilerazos. - Concursos.
 Profusión de grabados, etc.
 ¡Todo cuanto interesa al aficionado!

REVISTA MENSUAL
 APARECERÁ EL 30 DE CADA MES

Suscripción por un año 5'00 pesetas
 Número suelto 0'50 "

INTERESANTES CONCURSOS. — EXCURSIONES COLECTIVAS A LOS GRANDES CENTROS CINEMATOGRAFICOS. RETRATOS CON AUTOGRAFOS DE LOS ARTISTAS PREDILECTOS. — OTROS PROYECTOS Y VENTAJAS PARA LOS SEÑORES SUSCRIPTORES.

REDACCION, ADMINISTRACION Y TALLERES GRAFICOS PROPIOS
 Monmany, 24, teléf. 995 G. - BARCELONA

LA VIDA NO ES NOVELA

Principales
intérpretes:

LEATRICE JOY,
CONRAD NAGEL,
THEODORE ROBERTS,
etc.

Argumento de la película del mismo título

...Y vivieron para siempre felices. Así acababan la mayor parte de los cuentos, sin pensar sus autores, o no queriendo pensar, y esto es lo más probable, que, precisamente, donde ellos terminan es donde empieza el verdadero problema de la vida.

En un barrio pobre de la capital, vivía una moderna Cenicienta, Margarita O'Day, hija de una pobre lavandera, que estaba ya hastiada de su trabajo y de sus medias de algodón, y soñaba con sedas y perfumes, con collares de perlas y con un Príncipe Encantado que la hiciera su esposa.

Se hallaba aquella mañana tendiendo ropa en el patio cuando quedó en uno de sus éxtasis de grandeza. Se le figuraba que aquellas cuerdas que ahora tenía entre sus manos eran collares de gruesas perlas y las acariciaba con la fascinación que ejercen las joyas sobre el alma de la mujer. Su madre, mujer práctica y poco dada a los ensueños, al verla pensativa le dijo:

—¿Cuándo dejarás de soñar que detrás de cada finaja te espera un Príncipe para casarse contigo?

Y la chiquilla volvió a la grosera realidad, tendiendo aquellas finas ropas que le hablaban de una vida nueva.

Al otro lado de la empalizada, vivía un antiguo compañero de juegos infantiles de Margarita: Tomás Mc. Guire, un mecánico que estaba tan harto de su vida de trabajo como Margarita de la suya.

Acababa de vestirse. Quedó satisfecho del minucioso examen que hizo de su persona. Y cogiendo un fino pañuelo de mujer que tenía sobre el tocador, lo llevó a los labios, besándolo y aspirando después su delicioso perfume.

¡Ay, este pañuelo! Era de la «señorita»; lo había perdido al subir al automóvil, y Tomás, deseoso de poseer algo de aquella hermosa mujer, Lina Van Suydam, lo guardó rápidamente en el bolsillo. Sentía, confusamente, amor por la linda criatura. Pero... había tanta distancia entre ellos, ella era tan rica y él un humilde mecánico. ¡Locuras!

Absorto estaba en sus meditaciones, cuando una cabra, asomándose por entre los tablones rotos que separaban a los inquilinos, se apoderó tranquilamente del pañuelo que Tomás había vuelto a dejar en su sitio y emprendió rápida huida con él.

Sobrevientado, el joven penetró en casa de Margarita, donde se había refugiado el animal. El pañuelo estaba casi hecho jirones, pero él logró recuperarlo.

—Como tu cabra vuelva a comerse una cosa mía—le dijo a Margarita,—voy a hacerme una alfombra con su piel.

Se alejó refunfuñando. La muchacha le siguió, y apartando una de las tablas de la empalizada dijo:

—Te aseguro, Tomás, que si fueses mi marido tendrías que ocuparte menos del brillo de tus polainas y un poco más de tus modales.

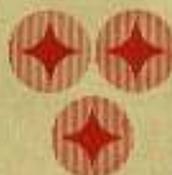
—Y si tú fueses mi mujer hablarías menos y trabajarías más—le replicó el joven.

Continuamente reñían, aunque en el fondo fuesen muy buenos amigos; una amistad conservada a través del tiempo.

En el barrio aristocrático vivía Lina Van Suydam, una de esas flares de invernalero de las grandes ciudades que jamás han sabido lo que es el trabajo; una muchacha romántica que no tenía otra ilusión que la

de vivir en una casita de campo y dedicarse a las labores que ella imaginaba poéticas.

Mientras Lina soñaba en su dorado palacio, Ricardo Prentis, su novio un joven millonario, estaba tan harto de las muchachas de su clase, como ella lo estaba de los hombres de la suya.



—Te aseguro, Tomás, que si tuvieras mi marido tendrías que ocuparte menos del brillo de tus polainas y un poco más de tus modales.

... Eran novios, pero este casamiento no contaba con el beneplácito de sus corazones; lo habían hecho las respectivas familias, era un futuro matrimonio de conveniencia.

Ricardo trabajaba en su despacho. Su secretario le anunció que acababa de telefonar la señorita Lina, preguntando si podía acompañarla a dar un paseo en *auto* dentro de media hora.

—Sí, sí; dígame que acepto—contestó con displicencia el joven. Le aburría la compañía de esa novia que sólo le interesaba superficialmente.

Las cosas más nimias pueden alterar el curso de una vida. Margarita O'Day, la chiquilla soñadora que ya conocemos, iba a devolver aquella mañana la ropa recién lavada y planchada, a la casa de los señores Prentis. Como una criada de mal genio no la dejaba pasar por la escalera de servicio, pues estaba fregando y la enajenaría, Margarita decidió subir por la escalera principal.

¡Oh, qué hermoso era el palacio de los señores Prentis! La chiquilla estaba maravillada. El mayordomo, al verla subir le preguntó, con esa insolencia propia de los criados de casas grandes, por qué motivos no pasaba por la escalera de servicio.

—La vieja fregona no me ha dejado pasar—respondió.

Y siguió hasta llegar al primer rellano. Pero sea por el abofondramiento, sea porque resbaló, lo cierto es que Mar-

garita perdió pie y cayó escalera abajo. En la caída, arrastró una pecera que se hallaba sobre una pilastra. Se abrió el cesto que contenía las ropas, y aquellas finas prendas quedaron por los peldaños, arrugadas e inservibles para una familia tan pulcra como la de Prentis.

Al ruido que produjo el accidente salió de su despacho Ricardo Prentis, acudiendo en socorro de la muchacha.

—¡Pobre chiquilla; no se aflija!
Y ella, mirando las ropas que había dejado caer, contestó con un suspiro:

—Su hermana de usted, la señorita Elisa, es quien más va a sentir esto.

Le pareció a Ricardo adorable aquella linda criatura. Su hermana Elisa se presentó en la escalera. Al ver sus ropas en aquel estado, lanzó una exclamación de sorpresa. Margarita la miraba con miedo. Y Ricardo intervino:

—Esta pobre muchacha está preocupadísima por lo ocurrido con tu ropa, Elisa, pero yo le he dicho que se tranquilice, que tú lo que más sentirías es que se hubiese hecho daño.

Pero Elisa, con una sonrisa de frialdad, de mujer millonaria que trata despectivamente a la pobre mendiga, dijo a la lavandera:

—Procure traerme esta ropa lavada y planchada, esta misma noche, a las diez, sino la daré a lavar a otra lavandera.

Y mirando extrañada a Ricardo por el interés que parecía inspirarle la pequeña, salió de allí con el aire infatuado de una Princesa.

Margarita, recogiendo las ropas deshechas, exclamó:

—Para volver a planchar y lavar esta ropa, voy a necesitar varias horas. Y como

hoy es sábado, mi madre me ha dicho que podía ir a divertirme a Coney Island.

Lleno de ternura por aquella chiquilla que desconocía las comodidades de la riqueza, contestó el joven millonario:

—No se preocupe. Si me permite que la lleve a su casa en mi auto, antes de las diez todo estará listo.

Ella aceptó encantada. Y asiendo entre los dos el cesto salieron a la calle, donde aguardaba siempre el automóvil de Ricardo.

En aquel momento se detenía ante la casa de Prentis el automóvil de Lina Van Suydam, que lo guiaba, llevando a su lado al mecánico Tomás. Al ver a Ricardo con la lavandera, se sorprendió.

Ricardo rogó a Margarita subiese al coche, y fué a explicar a Lina lo que pasaba. Pero ella, con cierto enfado, replicó:

—Si no fueras mi novio, podrías ser todo

ésta lanzó el motor a toda marcha, desapareciendo tras una nube de polvo.

Ricardo, ante la actitud de Lina, se encogió de hombros y dijo:

—Bah! Ya le pasará el enfado.

Y acercándose al coche donde Margarita estaba sentada, más contenta que nunca, la saludó y dijo sonriente:

—A sus órdenes, señorita.

Ella, carácter risueño y encantador, como si efectivamente fuera una gran señora, hizo un gracioso movimiento, ordenándole que pusiera el coche en marcha.

Y mientras Ricardo acompañaba a Margarita a su casa, Lina corría con fantástica velocidad por la carretera. Tomás, el mecánico, temía estrellarse a cada momento.

Estuvieron a punto de ser víctimas de un accidente. El paso de la carretera estaba cortado y Lina tuvo que hacer un violento



Ella, carácter risueño y encantador, como si efectivamente fuera una gran señora, hizo un gracioso movimiento ordenándole que pusiera el coche en marcha.

lo servicial que quisieras con la lavandera; pero mientras lo seas, es conmigo con quien debes ir de paseo.

—Lina... La pobrecita está medio descalabrada porque se ha caído por la escalera de la casa... Quédate con mi hermana y mi madre unos minutos... Vuelvo en seguida...

—No tengo costumbre de esperar a nadie —contestó la joven sintiéndose humillada.— Si te vas de paseo con tu lavandera, yo me iré con mi *chauffeur*...

—Tengo que acompañarla...

—Pues bien... Tomás, haga el favor... Nos vamos.

El mecánico, que estaba hablando con Margarita, extrañado al verla en tan espléndido automóvil, acudió al llamamiento de la señora. Y acomodándose junto a Lina,

viraje para detener el coche, casi al borde del precipicio.

—Señorita dijo Tomás,—habrá que ir por ese camino provisional... No es más que un rodeo de tres millas...

—Tres millas son mucho rodeo para mí... Pasaremos por el puente del ferrocarril...

El puente sin barandillas tenía la misma anchura que la vía del tren y estaba prohibido, naturalmente, el paso de toda clase de vehículos.

Tomás intentó disuadirla del descabellado propósito.

—Pero, señorita, lo que quiere usted hacer es una temeridad...

—A mí no tiene que decirme nadie lo que puedo o no puedo hacer... Si tiene usted miedo, bájese del coche y vaya a pie...

Tomás se resignó, y con el corazón tembloroso se dispuso a pasar el peligro. El puente era largo y estrecho. Las ruedas del coche se deslizaban velozmente sobre los rieles del tren. Estaban a una gran altura; a ambos lados se abría el insondable abismo.

Y la audacia podía costarles cara... Se hallaban en mitad del puente, cuando el silbato del tren les advirtió que dentro breves momentos tendrían el ferrocarril encima.

No había tiempo que perder. Imposible retroceder o avanzar, iba a aplastarse sin remedio. La muerte parecía segura. Lina estaba horrorizada, cubierta por una palidez mortal. Pero Tomás, con gran presencia de ánimo, cogió a la señorita y, abandonando el automóvil en medio de la vía, agarróse con todas sus fuerzas a uno de los tabloncillos salientes del puente, quedando suspendido sobre aquella inmensa altura.

Un segundo después, el tren a gran velocidad aplastó el automóvil. El maquinista detuvo el convoy y los viajeros acudieron en socorro de Lina y Tomás que iba perdiendo rápidamente las fuerzas.

Les auxiliaron no sin que el jefe del tren condenara su imprudencia.

—Yo he tenido la culpa—dijo Tomás; disculpándose.—El ferrocarril no tendrá que pagar ninguna indemnización.

Abandonaron el puente. Lina seguía aún palpitante de emoción y de gratitud por el hombre que la había salvado.

—Tomás—le dijo suspirando,—acabo de darme cuenta de lo que vales. Otros no hubieran hecho por mí lo que tú has hecho... Y menos teniendo yo la culpa de lo ocurrido.

—¡Pobre señorita! Usted no tiene la culpa de nada...

Y los dos se miraron, y en esta mirada hubo destellos de promesas de amor. La muchacha se consideraba una heroína de novela, salvada por el caballero de la leyenda. A sus ojos, Tomás se transfiguraba como un ídolo, como un dios. Lo olvidó todo... Y casi junto a él, con los labios palpitantes, dijo:

—¡Tomás!...

El muchacho, ante la mujer que adoraba, no pudo contener los impulsos de su alma, y sin acordarse de que era un mecánico, un hombre humilde, la estrechó contra su corazón.

Aquella misma noche se celebraba una fiesta en casa de los Prentis. Lina y Ricardo hablaban de mil cosas frívolas, reconciliados ya del disgusto de la mañana anterior. La joven olvidaba la escena trágica de pocas horas antes y el amor del mecánico, para vivir exclusivamente, en aquel momento,

por el lujo y la riqueza que la rodeaban Elisa, la hermana de Ricardo, se acercó a los novios y les dijo:

—¿No os parece que sería muy oportuno anunciar oficialmente vuestro noviazgo esta misma noche?

Sonrieron... Pero en el fondo se sentían distanciados el uno del otro... Lina, al conjuro de aquellas palabras, soñó en el *chauffeur* que le había salvado la vida, y Ricardo pensaba en que era muy bonita la hija de la lavandera.

No contestaron. Y cuando Lina, accediendo al ruego de uno de los invitados, se dirigió a bailar, Ricardo exclamó ante su madre y Elisa:

—Supongo, mamá, que tanto usted como Elisa preferirán esperar a las fiestas de Carnaval para anunciar la boda. ¿No era eso lo que todos habíamos pensado?

Y sin esperar respuesta, se alejó paseando por el salón que resplandecía de luz.

Margarita había entrado en la casa con el cesto de la ropa lavada y planchada de nuevo. Aguardaba en un saloncito para entregar el paquete, cuando llegó hasta ella el eco de la música que esparcía su irresistible melodía.

Llevada de su temperamento juvenil á alegre, cogiendo uno de los almohadones que estaba sobre un diván, comenzó a bailar, como si lo hiciera realmente con un apuesto mancebo.

Ricardo, aburrido y hastiado de aquel mundo que le ponía de mal humor, salió para librarse del aire cargado del salón de baile y entró en el cuarto donde bailaba donosamente la hija de la lavandera.

El joven, a la vista del inesperado espectáculo, no pudo contener la risa.

—No le gustaría a usted tener otra pareja mejor que ese almohadón para bailar?

Margarita se asustó. ¡Ay!... pedía perdón... ¡pero aquella música sonaba tan bien!

—Siga usted bailando, siga... Pero conmigo...

Y abrazó a la linda joven, bailando con ella un *fox* que le sirvió a gloria.

Elisa, a la que habían avisado que estaba la muchacha, quedó estupefacta al ver a su hermano con la humilde chica.

—¡Tanto te avergüenzas de tu invitada, Ricardo—dijo con sorna—, que no te atreves a presentarla en el salón?

Margarita, herida por estas palabras, se sonrojó. Ricardo quiso tranquilizarla.

—Supongo que será usted lo suficiente generosa para perdonar la falta de coqueteo de mi hermana y se dignará terminar este baile en el salón.

—Te prohibo que la lleves al salón... Ten en cuenta que no se trata de un baile de máscaras...

Pero el joven, sintiendo por Margarita un repentino amor y desearo de enaltecerla, continuó bailando con ella. Abrió la puerta

que conducía al salón y se deslizó entre las demás parejas que danzaban al compás de la orquesta. Elisa quedó horrorizada. ¡Oh, indudablemente su hermano se había vuelto loco!

El asombro de los invitados fue enorme cuando vieron a Ricardo de pareja con una muchacha obrera, humildemente vestida, que sonreía complaciente. Contrastaba su sencillez con la riqueza y el lujo de las otras damas. Poco a poco éstas se fueron sentando, extrañadas por el imprevisto acontecimiento.

La madre de Ricardo, advertida por Elisa, ordenó que dejara de tocar la música. Lina, que hasta aquel momento no se había dado cuenta de lo que ocurría, sintió por su novio un profundo desdén. Y salió del salón porque no quería continuar siendo víctima de aquel escarnio.

Elisa la siguió:

—Lo mejor que puedes hacer para darle

ocasión aquella de desmentir a su hermana y dar un escándalo... Y tuyo que despedirse de Margarita, que salió turbada aún por la emoción vivida...

Fue al encuentro de Lina, que se preguntaba si sería realmente feliz con aquel hombre... ¡No! ¡No!... Amaba a otro, al mecánico, que era la aventura... Pero como Elisa y todos los invitados brindaban por la felicidad de los novios, sonrió también, resignándose ante la unión que parecía inevitable... Y además porque había sentido su orgullo herido al ver bailar a su novio con aquella hija del pueblo.

Elisa quiso hacer olvidar el mal efecto producido a todos por la presencia de Margarita, y después del anuncio de la boda no aludió en lo más mínimo a la extraña invitada... Cuantos estaban allí quedaron sin descubrir el enigma que encerraba el rápido paso de aquella humilde mujer...



—Ha estado usted adorable... No olvidaré este baile mientras viva...

gusto es marcharte... No te vayas, Lina; y verás como nos vamos a reír de ella ahora mismo.

Y llamando a todos los invitados, dijo solemnemente ante ellos:

—Señoras y caballeros: brindemos por la señorita Lina Van Suydam, cuyo compromiso de boda con mi hermano Ricardo tengo el honor de anunciaros.

Ricardo había abandonado también el salón y le decía a Margarita:

—Ha estado usted adorable... No olvidaré este baile mientras viva...

Y abrazaba paternalmente a la chiquilla, que creía vivir un sueño de hadas. Mientras se hallaban absortos, mudos de felicidad, llegaron a sus oídos las imprudentes palabras de Elisa.

Ricardo sintió un profundo disgusto... Se vio de pronto rodeado por varios amigos que acudían a felicitarlo... ¡Ay! No era

Al día siguiente los periódicos anunciaron la próxima boda de Lina con Ricardo Prentis. Al leer esta noticia, Tomás dirigióse al encuentro de su señorita. ¿Era aquello verdad?... ¿Pues entonces... él... lo de aquel día?...

Ella inclinó la cabeza como anonadada. Los demás mandaban en su corazón.

—Pues bien, señorita —le dijo el joven,— tendrá usted que buscar otro *chauffeur*, porque yo he decidido dejar mi empleo hoy mismo.

El alma de Lina se sublevó.

—Tomás, por favor, no me dejes...

¡Oh! A pesar de todo, estaba enamorada de aquel muchacho que tan bien se había portado siempre. La idea de no verle más, la espantó. Le amaba... sí... le amaba. Y sintióse compadecida y quiso romper el

compromiso que le unía con el otro.

—¿No nos amamos, tú y yo, Tomás? Pues esto es lo único importante. Llévame contigo donde pueda guisar tus comidas, coser tu ropa y ser tu esposa.

—Pero ¿de veras me quieres... no me engañas?

Y sus labios se acercaron para darse un beso... Pero en aquel momento el tío de Lina, hermano de su padre que cuando ella quedó huérfana la recogió, entró en la habitación. Había estado en su despacho solazándose con la noticia de la boda de su sobrina, y ahora pensaba puntualizar con ella algunos detalles. Encontró a los dos jóvenes con los labios casi juntos y palideció.

Y la despojó de sus collares y sortijas, que dejó encima de la mesa. La muchacha estaba temblorosa.

—Ahora que Lina tiene menos que antes, me la llevaré de aquí y me casaré con ella.

Y abrazando a Lina salió de la habitación al tiempo que el viejo, paralizado por la sorpresa, le gritaba:

—No se olvide de devolverme el uniforme...

Poco después, un pastor bendecía ante Dios la unión de Tomás y Lina.

Por la tarde, Ricardo Prentis fué a ver a la hija de la lavandera. Quería darle expli-



Y sus labios se acercaron...

—¿Qué significa esto?—interrogó con la mirada anhelante.

Tío—contestó Lina alborozada por el ardor romántico.—Hoy es el día más feliz de mi vida porque voy a casarme con el hombre que amo de veras...

¿Con Ricardo?

No, con Tomás.

Bugió de indignación el anciano. Lanzo una mirada de desprecio al *chouffeur* que asistía humildemente a la escena. ¡Ah, envidioso cazador de dotes! ¿Es que quería la fortuna de Van Suydam? Llamó a su secretario y le ordenó:

—Que no le vuelvan a dar un céntimo a la señorita Lina. Y avise a todas las tiendas que no responderé de ningún gasto que haga mi sobrina.

—No quiero su dinero—dijo Tomás con voz tranquila.—Amo a Lina por ella misma. No me importa su fortuna.

caciones por lo sucedido el día anterior. Además, una atracción irresistible le llevaba junto a la muchachita que le hacía soñar en un amor venturoso.

Margarita le recibió con entusiasmo. Aquel hombre era el Príncipe soñado que podía llevarla al altar. Pero la lavandera, con aire compungido, rogó al millonario:

—No quiero que vuelva usted a ver más a mi hija. Despierta usted en ella ilusiones que la pobre no podrá ver realizadas nunca.

—¿Por qué?

Una vecina irrumpió en la habitación y comunicó que por el barrio no se hablaba de otra cosa que de la boda de Tomás Mc. Guire con la millonaria Van Suydam, efectuada aquella misma mañana.

Esta noticia dejó estupefacto a Ricardo. ¡Lina, la mujer que debía ser su esposa, casada con otro! ¡Bah! No sintió gran disgusto. Precisamente allí, en aquella casita,

estaba la mujer única, la que le haría feliz.

Y desoyendo los consejos de la lavandera, dijo a Margarita:

—Chiquilla, te amo y estoy dispuesto a casarme contigo por encima de todos y de todo.

La madre no quería consentir en la boda. Pero Ricardo, discutiendo con ella, la encerró en una pieza contigua para que no les molestara.

Margarita estaba radiante. ¡Oh, el sueño tomaba forma de verdad!

—Te amo, Ricardo, te amo—dijo abrazándole.—Eres mi único señor...

que debía ocupar en la casa. La chiquilla estaba maravillada.

—Señora, el baño está preparado...

—¿Pero, por qué he de bañarme hoy si no es sábado?—replicó Margarita.

¡Ay, las costumbres de la clase alta! ¡No podría transigir con ellas!

Cuando Elisa comunicó a su madre que Ricardo se había casado con la hija de la lavandera, la encopetada dama se desmayó. Al tornar en sí, recriminó a Ricardo lo que había hecho. Pero éste comunicó el casamiento de Lina y cómo había sido burlado por ella, y dijo:



Había estado en su despacho solzándose con la noticia de la boda de su sobrina...

Y estremecidos por el amor se dirigieron a casa del cura, donde recibieron la bendición nupcial. Y aquí podíamos acabar la historia diciendo que los dos matrimonios fueron muy felices, pero *la vida no es novela*...

Una vez casado, Ricardo, acompañado de su esposa se dirigió a su palacio. Elisa, al verles llegar, frunció el ceño. ¿Es que su hermana continuaba cultivando aquella estúpida relación?

—Elisa, quiero presentarte a mi esposa, Margarita O'Daya de Prentis.

Estas palabras causaron a Elisa una estupefacción indescriptible. Y respondió con ánimo de zaherir a Margarita y al ver que ésta movía descompasadamente la boca.

—¡Caramba, Ricardo! Veo que a tu mujer le gusta mascar goma. ¡Te felicito por ello!

Margarita estaba, como es natural, en cuanto a usos y costumbres sociales, muy por debajo de lo que era menester. Se horrorizó al ver fumar a Elisa...

Una criada la acompañó al cuarto azul

—Margarita es buena, Margarita me hará feliz. ¿La amaréis?

Y la madre, resignada, respondió:

—Lo probaremos.

Otro matrimonio comenzaba también su vida. Tomás y Lina. Vivían en una modesta casita donde el terreno quedaba bien aprovechado. A la esposa, acostumbrada a los lujos de su palacio, le pareció pobre todo aquello. Pero el amor embellecía el nido.

Tomás, que acababa de despojarse de las ropas de *chauffeur*, dijo a su mujer:

—Vuelvo en seguida. Voy a devolver el uniforme a tu tío y a ver si encuentro otra colocación.

Cuando Tomás desapareció, se preguntó Lina si no había obrado precipitadamente al casarse de aquel modo. ¿Sería feliz con aquella existencia sencilla?

Y pasaron los días. La prosaica realidad comenzó a demostrar a los recién casados que *la vida no es novela*.

En el hogar de Ricardo Prentis se celebró una espléndida cena. Ricardo, aunque enamorado de Margarita, no dejaba de com-

prender que a su esposa le faltaba aun el barniz social. La madre y hermana de Ricardo no podían disimular su antipatía por la intrusa.

Aquella noche, Margarita fue presentada al mundo elegante y murmurador, que no le perdonaba su humilde origen y se reía ante ella. Uno de los invitados, sabio profesor astrónomo, le preguntó:

—Señora, ¿le interesan a usted las estrellas?

—Todas las estrellas me gustan mucho, pero algunas como Rodolfo Valentino, me entusiasman—respondió Margarita con la mayor naturalidad.

El sabio la contempló estupefacto. Ricardo sufría lo indecible.

Durante la cena, Margarita habló sin ton ni son, atrevida, locuaz, sentada entre el astrónomo y un distinguido diplomático.

El alcohol la sumió en un estado de languidez. Y reclinando la adorable cabecita en el hombro del diplomático, se quedó dormida.

Ricardo, dándose cuenta de que era necesario disculpar a su esposa, la levantó como una pluma y dijo a sus amigos:

—Señores, siento mucho que la indisposición de mi esposa me obligue a ausentarme por unos momentos.

Y la llevó a su alcoba. ¡Ay!, ¿qué había hecho? ¿Cómo cometió la insensatez de casarse con una mujer que no era de su clase? Y sin embargo, la amaba aún.

Los invitados comentaron a media voz los graciosos incidentes a que daba lugar la sed excesiva de Margarita.

Acabó aquella noche de humillación. Cuando la casa quedó desierta, la madre de Ricardo, acercándose a su hijo exclamó:



Margarita fue presentada al mundo elegante.

Al propio tiempo les molestaba con el abanico y bebía de un modo agramador. Elisa y su madre estaban rojas de vergüenza.

Viendo que comenzaba a subírsele el alcohol a la cabeza, Elisa ordenó al criado que no le sirviera más vino a Margarita.

Pero la joven protestó.

—¿Cómo no me pone usted vino?—dijo al sirviente.—Quiero beber, quiero beber mucho...

Y ella misma llenó de nuevo la copa hasta rebosar.

El espectáculo era lamentable. Margarita, perdida ya la noción de las cosas, tenía desenfadados y atrevimientos impropios de una señora.

—¡Pobre hijo mío! ¡Te has equivocado miserablemente en el problema más serio de tu vida!

El muchacho, levantando la cabeza y con gesto de desaliento, dijo:

—Escúchame, mamá. Siento mucho la humillación que Margarita os ha hecho pasar esta noche y os pido perdón en su nombre. Pero es mi esposa y vivirá para siempre en esta casa. ¡Soy un hombre honrado!

—¡Ay, Ricardo! ¿Por qué hiciste eso sin consultarme?

—Porque escuché la voz de mi corazón.

También aquella misma noche, en el hogar de Tomás, Lina comenzaba a sentir de cerca la prosaica realidad de la vida.

Ella era la mujer distinguida, enamorada de los pequeños detalles, del baño diario, de la pulcritud extremada. Tomás era un hombre vulgar, práctico y casero, que huía de todo lo que le parecía superfluo. La vida era dura. Lina, desheredada por su tío, no contaba con un céplimo. Tomás no tenía colocación y estaban consumiendo el poco dinero ahorrado.

Tenían invitados. Un matrimonio, amigo de Tomás, que se quedaba a cenar con ellos. Eran ordinarios, aburridos; comían groseramente. Lina sentíase alojada de allí. Para distraerse fumó un cigarrillo, lo que motivó que su esposo le dijera:

—No fumes delante de mis amigos, que pueden figurarse algo malo de ti...

Después de la cena, a los acordes de un gramófono, hubo baile. Tomás danzó con la esposa de su amigo y éste quiso hacerlo con Lina. Le enseñó un baile nuevo, y como la joven consideró que se burlaba de ella, sin poderse contener, dió un bofetón al muchacho.

Tomás se enfadó con su esposa.

—Tienes que dejar esos humos, Lina. Mis amigos son mis amigos y no está bien que ni mujer los maltrate...

Pero como ella continuase poniendo el gesto huraño, el matrimonio invitado deci-

automóviles, y meditando en ello se le ocurrió un día la idea de que si Tomás Mc. Guire fuese su *chauffeur*, tendría un amigo con quien poder hablar a su manera. Y sugestionada por esta idea, fué a buscarle a su casa.

Lina había salido. Tomás la recibió con emoción. ¡Oh, la compañera de la niñez! Margarita se entusiasmó con la casa de su amigo:

—Tienes una casita preciosa... Oye... si tu mujer no tiene inconveniente, quiero que seas mi *chauffeur*.

Tomás aceptó. Llevaba sin colocación algunos meses y ahora su antigua amiga le resolvía el problema.

Margarita estaba encantada. ¡Nido delicioso, nido para el amor!...

—Fíjate en el piano—le dijo Tomás, sonriente.

Y se asombró al ver que el piano se transformaba, apretando un resorte, en una espléndida cama de matrimonio.

—¡Oh, qué gracioso!

Hablaron de sus respectivas vidas. Tomás descubrió en sus palabras que no era feliz. Tampoco él... Lina era muy buena, pero tenía un carácter y unas costumbres...

—¿Quieres que haga unas pastas mientras esperamos a tu mujer?



—Señores, siento mucho que la indisposición de mi esposa me obligue a ausentarme por unos momentos.

dió marcharse. Tomás, disgustadísimo, dejó a su mujer, yendo a acompañar a sus buenos amigos... Lina quedó sola, preguntándose si no había equivocado la vida.

...

Margarita se dió al fin cuenta de que la felicidad no la constituyen las joyas ni los

—De mil amores.

Fueron a la cocina, y Margarita, colocándose un delantal, convirtiéndose en una encantadora cocinera. Al poco tiempo hizo unos pasteles sabrosos. Mientras los saboreaban, Margarita slatióse propicia a las confidencias. Y poniendo su mano enhiarnada sobre el hombro de Tomás, le dijo:

—Tú no puedes formarte idea de lo triste

que me siento en aquella casa, en la que todos me aborrecen.

—¿Hasta tu marido?

—No... él no... pero está dominado por su familia...

—¡Pobre Margarita!

Llegó Lina. La presencia de la esposa de Ricardo, su antiguo novio, la puso de mal

la noche de la cena... Tal vez sería un acierto que no bajases a la fiesta esta noche.

Y Margarita atendió la indicación de su cuñada. ¡Era tan poquita cosa en aquel palacio! Se resignó a contemplar desde un palco del piso principal el aspecto suntuoso del salón. Ricardo, extrañado al no ver a su esposa, la buscó inútilmente hasta que



—No lumes delante de mis amigos, que pueden figurarse algo más de ti.

humor. Vió la huella de las manos de Margarita en la americana de Tomás. Y señalando la mancha acusadora le interrogó:

—Al parecer os estabais divirtiendo, ¿verdad?

—Mujer, ella ha venido a ofrecerme un empleo de *chauffeur*.

—¡Ah! ¡No! ¡No! ¡Yo no puedo permitir que seas un servidor de la mujer de Ricardo! —exclamó.

—Tu desconfianza me avergüenza... Esa muchacha, que es todo corazón, me ha ofrecido un empleo... y como no tengo otro, lo aceptaré aunque tú te opongas...

Y Lina tuvo que resignarse humillada. ¡Ay, qué penoso era vivir así! Le parecía que amaba a Tomás cada día un poco menos...

Llegaron las fiestas de Carnaval, y Elisa Prentis organizó en su casa una fiesta de disfraces.

Margarita estaba preciosa con su traje de máscara. Elisa entró en su tocador y dijo:

—Estás encantadora con ese disfraz, pero supongo que no habrás olvidado lo que pasó

un amigo le advirtió que Margarita asomaba su linda cabeza entre las cortinillas de un palco. Fue a su encuentro, sorprendido.

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué no vas al salón?

—No he bajado a la fiesta —contestó— porque sé que estorbo en ella.

—Margarito, por Dios. ¿Quién te ha dicho eso?

El nuevo *chauffeur* de Margarita, Tomás, llegó hasta ella, e inclinándose dijo:

—Se le ha olvidado a la señora el abrigo en el *auto*, y como no encuentro a su doncella, lo traigo yo mismo.

—¡Ah! Gracias.

Cuando el *chauffeur* se alejó, Ricardo interrogó a su esposa:

—¿Qué hace aquí este hombre? Yo no puedo consentir que el marido de una antigua novia mía que te *auto*. No quiero que la gente se burle de él... y de mí...

Tomás, tras un tapiz, escuchaba con interés la conversación.

—Ya te he dicho —respondió Margarita— que no he bajado a la fiesta de tu hermana porque sé que estorbo en ella... Si no soy digna de alternar con tus parientes y amigos,

(con qué derecho me pides cuenta de mis actos?)

Iba a contestar, cuando irrumpieron varias máscaras importunas que, rodeando a Ricardo, se lo llevaron al salón. Tomás salió de su escondite.

—¡Pobre Margarita, qué desgraciada eres! —dijo compadeciéndola.

—Mira—contestó ella con una extraña excitación,—no quiero hacer el papel de pájaro aburrido en una jaula dorada; y como tampoco quiero aburrirme, he decidido ir a Coney Island a divertirme. Prepara el coche... Tú me acompañarás...

Y al poco rato, salían de aquella casa... Un criado fué seguidamente a comunicar a Ricardo que la señora acababa de marchar con su *chauffeur*...

—Perdone el señorito—dijo con pena,—pero me parece que ha vuelto a beber.

—Tráeme el sombrero y el abrigo y que preparen en seguida mi coche.

¡Pobre Ricardo! ¡Sufrió el error más grave de su existencia!

Margarita y Tomás pasaron unas alegres horas en el parque de atracciones de Coney Island. Parecía revivir el recuerdo de su infancia la tristeza de no haberse casado, el dolor de su vida truncada para siempre. Los dos eran desdichados, infelices.

¡Maldito contratiempo! Los dos estaban prisioneros, encerrados en uno de los cochecitos. ¡Buena la habían hecho! Tendrían que resignarse a pasar la noche allí.

Y allí en lo alto, broteron las más íntimas confidencias.

—Margarita, los dos nos hemos equivocado... ¿por qué no empezar de nuevo nuestras vidas?

Y ella le miraba con dulzura y tristeza. ¡Ay! ¿por qué hacer las cosas así, de improviso? ¿Por qué no meditarlas antes?

Entretanto, Ricardo había buscado inútilmente a Margarita. ¿Adónde habría ido a aquellas horas? Creyó que lo más oportuno era dirigirse a casa de Tomás. Hablaría con él; no podía continuar como *chauffeur*, sin que su dignidad se rescatase.

Cuando vió a Lina, se miraron con honda emoción. Vacilaron sus manos al estrecharse cordialmente. ¿No había llegado aún Tomás?

—No—contestó ella.—Es posible que se haya quedado a jugar al billar en el café de Kelly...

La noche era propicia a la intimidad... y Lina, disgustada por el alejamiento de Tomás, confesó que no era feliz, que su existencia era desolada y triste. Tampoco Ricardo podía sentirse contento. Pero era un esclavo de la fatalidad. Ya que habían escogido por su propia voluntad cada cual aquella vida, debían resignarse, obedecer.

—Es necesario que tengamos valor para



Al parecer os estabais divirtiendo, ¿verdad?

Subieron a la rueda de Ferris, uno de los mayores atractivos del parque. Una importuna avería les impidió descender. Estaban a una altura de más de 50 metros.

—Tendrán ustedes que aguardar 5 o 6 horas por lo menos...

afrontar las consecuencias de lo que hicimos, y sepamos descender de nuestro ensueño a la realidad de la vida que por nuestro gusto nos hemos impuesto—le replicó tristemente.

Ella era más frágil y no sabía resignarse.

—Ricardo, tú no puedes hacer feliz a Margarita con perlas y automóviles, porque ella se conforma con goma de mascar. Ni yo puedo hacer dichoso a Tomás con vestidos, porque a él le basta con la prosa vulgar de su vida.

menos inocente que esa de la rueda de Ferris?—preguntó, con una fría sonrisa, Ricardo.

—No, Ricardo—dijo Margarita abrazándose a él.—Tomás dice la verdad. Lo que te pasa es que estás tan convencido como



...Elisa Prentis, organizó en su casa una fiesta de disfraces.

—Y, sin embargo, Margarita es mi esposa y la sabré defender contra todos.

Pasaban las horas de la noche. Allá, en Coney Island, pudieron finalmente arreglar la rueda y a las cuatro de la mañana Tomás y Margarita eran libres. La muchacha estaba asustada por las consecuencias que podía llevar aquello. ¿Qué iba a decir Ricardo?

—No te espantes. Lo mejor es que vengas conmigo a casa. Lina le explicará mañana a tu marido lo ocurrido, y así evitaremos el escándalo.

Porque ella no quiso ceder a las súplicas de Tomás. Antes que nada era esposa y sería siempre fiel a su Ricardo.

Cuando amanecía llegaron a la casa de Tomás. Ricardo y Lina continuaban platicando. Tomás quedó lívido al ver al marido de Margarita. Y explicó toda la verdad.

—¿No ha podido discurrir una mentira

el y yo de que nos hemos equivocado en el camino de la vida.

Ricardo inclinó la cabeza. ¿Cómo se había burlado la vida de todos ellos! Pero ¿consentiría en perder a su mujer? No, no; a pesar de todo amaba a Margarita. Y tampoco era posible sospechar de Tomás.

—Margarita—le dijo,—tú eres mi esposa, y pese a todas las equivocaciones nadie se atreverá a separarte de mi lado mientras yo viva.

Tomás era el rebelde. A quien amaba, lo comprendía ahora, era a Margarita, y no podía evitar cierto disgusto al ver junto a él a Lina que le miraba con desaliento.

Pero entonces ocurrió un hecho inesperado. Estalló un incendio en el piso contiguo. Cuando se dieron cuenta, las llamas invadían la escalera. Iban a morir abrasados. Ricardo se dispuso a salvar a Margarita.

Y Tomás, prescindiendo de su esposa que se encontraba abandonada en un rincón, ayudó a Prentis a poner en salvo a la joven. Ricardo le rechazó:

—Cuide usted de Lina... Sálvela como es su deber...

En aquel momento, Tomás sólo veía a su compañera de infancia, a la mujer con la que pudo ser feliz. Y olvidándose por completo de la suya, junto con Ricardo transportó a Margarita por aquel mar de llamas hasta ganar la calle.

Lina, horrorizada, temerosa de lanzarse sola al través de la escalera incendiada, se disponía a morir. ¡Su esposo la había abandonado!

En la calle, Ricardo, jubiloso por haber salvado a Margarita, preguntó a Tomás:

—Y Lina, ¿dónde está Lina?

El muchacho no contestó. Estaba allá arriba, en el incendio. Parecía atontado. La noche en el parque le había convertido en un autómatas.

—¿Por qué no fuiste a buscarla?— rugió Ricardo.—Allá voy yo...

Y desoyendo las órdenes de los bomberos

que habían acudido a sofocar el fuego, llegó a la habitación y pudo librar a Lina de las llamas que comenzaban a penetrar en el cuarto.

—¡Ah! ¿Eres tú, Ricardo!—dijo.—Y Tomás, ¿qué há sido de Tomás?

—El está en salvo—contestó.

Y cuando llegaron a la calle, Ricardo, llevando el cuerpo de Lina, dijo al egoísta marido:

—Tomás, ahí tienes a tu esposa... Procura indemnizarla a fuerza de cariño del daño que hayas podido hacer en su alma, como yo haré con la mía...

—¡Lina! ¡Lina!—exclamó Tomás, conmovido; y reaccionando contra su pasajera debilidad, por primera vez sintió en su corazón la voz del arrepentimiento y del deber que le obligaba a amar a la muchacha que era su esposa ante Dios.

—¡Lina! ¡Lina!

Y la mujer que había recobrado el conocimiento, perdido al pasar entre las llamas, le sonrió con una sonrisa que prometía para lo futuro la resignación y la paz del hogar.

FIN



PARAMOUNT
PICTURES
CORPORATION

Exclusiva de
SELECCINE, S.A.
Programa
Ajuria especial

77

FilmoTeca
de Catalunya

Actualidades
:: Gráficas ::

Repertorio
M. de MIGUEL

La Aristocracia del Film



Ossi Oswalda
en *Naïche*.



Emil Jannings
y Lillian H. Davis en
Quo Vadis.



Jewel Carmen
y Kenneth A. Rinn en
El duodécimo mandamiento.



Max Linder en
Max en América.

GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS



Laura La Plante

!! E N B R E V E !!

EL ACONTECIMIENTO MÁS GRANDE DE LA TEMPORADA...
LA MÁS SUBLIME CONCEPCIÓN DEL ARTE CINEMATOGRAFICO...

EL FANTASMA DE LA ÓPERA

(LA PELÍCULA MÁS SUBLIME DEL AÑO 1925)



Es la SUPER-JOYA de la UNIVERSAL de mayor gusto y riqueza que se ha editado y para la que se ha reconstruido en los Estudios de la UNIVERSAL, el famoso Teatro de la Ópera de París en sus más minuciosos detalles.

Más de 5.000 artistas figuran en las diversas escenas de esta magna producción, calculándose el coste de la filmación en unos 30.000.000 de francos.

Sublime interpretación del rey de la caracterización LON CHANEY al que secundan la simpática y admirada pareja MARY PHILBIN y NORMAN KERRY



¡SERÁ LA PELÍCULA DE LOS ÉXITOS!
¡LA QUE LLENARÁ LOS CINES!
¡LA QUE HARÁ RICOS A LOS EMPRESARIOS!

EXCLUSIVA:

HISPANO AMERICAN FILMS, S. A.

Calle de Valencia, núm. 233 - BARCELONA - Teléfono 2346 G

LA DIABLESA

Cuento, por Francisco-Mario BISTAGNE

—¿Me amas, Margarita?

—No lo dudas, Juan. Tú eres mi primer amor... y mi anhelo es que también sea el último. De ti depende, mi bien.

—Yo no te abandonaré nunca... Porque te quiero de verdad... con todo mi corazón.

Así hablaban Margarita y Juan aquella tarde, de paseo por el parque de la ciudad, amorosamente cogidos del brazo y sin hacer caso de los demás, que, a su paso, los miraban con un aseo de picardía en sus ojos.

Y así siempre desde que se conocieron allí mismo. Iba ella con su hermanito. Juan atravesaba el parque para acortar camino, reclamado en cierto despacho por sus asuntos comerciales. Mientras el niño se divertía haciendo subir y bajar el globo que llevaba atado en la muñeca de su diestra, Margarita miraba de un lado para otro, esquivando la insistencia admirativa de los hombres y deteniéndose mentalmente

a examinar el modo de vestir de las mujeres; lo que hacen todas. Pero hubo de fijarse en Juan... porque aquel buen mozo que tenía sonrisas en el mirar no era como los otros...

Y como Juan no era tímido, de un simple saludo nació el idilio que, a poco, se convirtió en pasión.



Margarita creía ciegamente en el cariño de Juan; y como éste era impulsivo, exigente y sentimental, no vaciló, un día, en dar una prueba de su confianza...

Durante algunos meses, su mutua ilusión fue acrecentándose de tal manera que, como las violentas tormentas, se extinguió de un modo brutal.

En casa de Margarita había una cuna y en ella

daba fe de unos amores una tierna criatura.

Hasta entonces esquivó Juan el concretar con Margarita su situación; pero ella no estaba dispuesta a esperar más, después de aquella

realidad imborrable, y exigió una entrevista decisiva.

—Juan, no me engañes... ¡tú no me quieres! Si me quisieras, ya habrías hecho lo que en silencio te estoy pidiendo desde hace mucho tiempo... Hasta aquí he respetado tu deseo de dar un nuevo impulso a tu negocio para aumentar tus beneficios... y casarte conmigo, como es tu deber. Contesta, pues, sin vacilar: ¿nos casamos?

—Tu actitud de un tiempo acá conmigo es desagradable, y me veo precisado a contestarte con cierta dureza. No nos casamos... A lo menos por ahora... Más tarde... Ten fe en mí como siempre.

—La he perdido ya esa fe... porque en ti esa palabra es engaño. No necesito que busques frases de efecto para prepararme el desencanto. ¡Estoy resuelta a defenderme, y empezaré hoy mismo!

—¿Qué significa tu violencia?

—Que todo ha terminado entre nosotros si no me prometes sobre la cabeza de tu hijo que antes de tres meses será tu compañera legal.

—Esa desconfianza me humilla... ¡y no la tolero! Yo sé lo que tengo que hacer. Yo te amo, bien lo sabes. Pero... deja que mis asuntos se desenvuelvan como yo espero... y no habrá de faltarte nada... Comprende que, al cederme mi padre sus negocios, contraí con mi familia el compromiso de contar siempre con ella en todos mis actos...

—Mientes, Juan! Hay en tu vida algo que sólo te incumbe a ti. Puedes dar las compensaciones que debes. No haciéndolo, te empequeñeces tanto que me avergüenzo de ti... y de mí, por haberte creído.

—Márgara, sé razonable... Mi vida está ligada a la tuya... y pase lo que pase, jamás te abandonaré. ¿Por qué no te rindes a la razón?

—¡Eres un cobarde, Juan! Después de humillar mi cuerpo, hieres mi alma. ¡Qué repugnante eres!

—¡Margarita!

—¡Basta! ¡Vete! ¡No quiero que vuelvas a esta casa! ¡Hemos terminado!

—Pero... ¡y mi hijo?

—¿Tu hijo? ¡Y te atreves a pronunciar ese nombre después de revelarme torpemente que pretendes tratar a su madre como una cualquiera, como algo adquirido que se usa a capricho? ¿Tu hijo? ¡Mío, sólo mío!

—Yo no puedo renunciar a vosotros. Has de seguir queriéndome, ¿lo oyes? Mi hijo es nuestro, ¿entiendes? Es nuestro, porque tú eres mía, y lo serás siempre. ¡Yo lo mando! Tú me amas y no querrás que me muera de dolor con tus locuras ¿comprendes? ¡Abrazame, Márgara! ¡Bésame! ¡Así!... ¿Ves cómo me adoras?... ¿Qué tienes?... ¡Pues no está llorando la tontuela!...

Venció una, dos y algunas veces más Juan; pero Márgara, decidida al fin a defenderse de aquella peligrosa dominación, rompió todo trato con él, para demostrarle que no le necesitaba para mantenerse a sí propia y a su hijito.

La prueba era dura, llena de espinas. Sin embargo, no se detuvo ante nada. Estaba segura de sí misma.

Y Márgara, persuadida por los halagos de Juan de la hermosura de su cuerpo, transformóse en uno de los music-halls de la capital en la fascinadora «La Diabla».

Se conservaría digna a pesar del vicioso ambiente que la rodeaba. Su idea al exhibirse al público de una manera muy opuesta a su carácter, es decir, con atavíos ligeros, era poner a prueba los sentimientos de Juan hacia ella. ¿Qué haría él cuando recibiera aquel anónimo que le enviara? Decía lo siguiente:

Un amigo que le aprecia le ruega vaya esta noche al «Follies». Le espera allí una sorpresa.

Juan, intrigado al leer aquel escrito, se atuvo al consejo inmediatamente, y sintió como si le clavasen un puñal en el pecho cuando vio aparecer en escena, sonriente y provocativa, a Márgara.

¿Había pensado acaso en ella al recibir el anónimo? Tal vez sí, pero no se atrevía a confesárselo; tan imposible le parecía que ella dejase de quererle y que prefiriese seguir otro camino...

Tuvo que vencer el impulso de levantarse y correr al encuentro de Márgara para librarla de las codiciosas miradas de aquella concurrencia ávida de atrevimientos...

Sudaba de angustia. ¡Qué suplicio!

Márgara estaba, en cambio, aquella noche, muy alegre, y se mostraba propicia a complacer a los espectadores...

Parecía querer demostrar a Juan que era su cuerpo, el cuerpo de que él se enamorara, el que la llevaba al triunfo en aquel ambiente de

sarte al desahogado. Quería que sufriese al pensar que ese cuerpo estaba a merced de todos, que nunca más sería suyo.

Y lograba su venganza cruel, pues Juan necesitaba a Márgara, lo era imprescindible.

—¡Qué loca, qué local—mascullaba conteniendo su indignación.—¡Atreverse a esto!... La madre de mi hijo...

Y en sus oídos sonaban los balbuceos del hijito... y se le antojaba que en aquellos momentos se encontraría en brazos extraños, sin el calor del cariño de quienes eran responsables de su vida, y su indignación, unida a la violencia que oponía al convencimiento de su culpable conducta, hicieron perder la serenidad, y cuando Márgara se disponía a repetir una canción pícarosca, gritó apopléticamente:

—¡Fuera! ¡Fuera!

Márgara prosiguió impasible el *couplet*, y el público, promoviendo gran escándalo, ayudó a los empleados del establecimiento a expulsar del mismo al alborotador, y un policía le selló la boca amenazándole con conducirlo a la Delegación.

Y sonaron nuevos aplausos para animar a «la Diabliesa»; pero ésta, desde que Juan fué echado a la calle, mostróse desonosa de terminar su número.

A la noche siguiente, «la Diabliesa» debutó en otro music-hall para que Juan pudiera ir a verla ya que en el anterior le sería prohibida la entrada después de lo ocurrido.

Juan había esperado, la víspera, a la puerta del escenario, a Márgara, para entrevistarse con ella y, creyéndose con derecho a ello, pedirle una explicación por lo que hacía; pero «la Diabliesa» negóse a escucharle, despreciándole, sobreponiéndose para ello a su dolor.

En vista de su fracaso en hablar con Márgara, Juan le escribió por la mañana, intimándole a deponer su insoportable actitud, jurándole cometer una barbaridad si le desobedecía.

Pero Márgara no dió oídos a las exigencias de Juan, tras de las cuales adivinaba algo más que simple egoísmo, y decidió seguir interpretando la farsa de su transformación.

De nuevo vió Juan a Márgara provocando

los brutales instintos de los espectadores, y sentía hallir la sangre en sus venas. ¡Qué horrible venganza! Pero aquella noche se acabaría todo; si no...

Y salió disparado del music-hall... volviendo un poco antes del final del espectáculo.

—¡Déjame! No te conosco.

—Márgara, escúchame... He sido un ruin... Me engañé a mí mismo creyendo que no te quería como te quiero...

—No hablemos más de ello... Tengo prisa. Me esperan.

—¡No! No te dejaré marchar. ¡Eres míal ¿oyes? Tú me amas también. Tú no te separarás de mí.

—Pierdes el tiempo, Juan. Me basto yo sola para mi hijo y yo misma. Conque...

—Aguarda. He de decirte que, no pudiendo tolerar que mi hijo sufra de la reputación de su madre...

—¿Qué dices? ¿Dónde está mi hijo? Te labrás atrevido a quitármelo... ¿Con qué derecho? ¡Oh, socorro!

—¡Calla, Márgara! Desecha tus temores. Tu hijo te espera en sitio seguro.

—¿Lo has visto? ¿Te permitieron verle?

—Nadie se atrevió a impedir que me lo llevara.

—¿Te lo llevaste? Pero... ¡Miserable! ¿Esta es tu venganza?

—Márgara, mírame a los ojos. ¿Tú que siempre has sido buena, no sabrás leer en ellos que no sabría perjudicarte? Ven... ¿Quieres que vayamos a casa... a nuestro antiguo nido?...

—¿Y mi hijo? ¿Qué has hecho de mi hijo?

—Mírale.

Juan abrió la portezuela de un auto, y ofreció a Márgara la inmensa sorpresa de ver en el fondo, durmiendo plácidamente, bajo la custodia del chofer, al niño.

—¡Juan, mi Juan! ¿Es que no quieres abandonarnos?

—No, Márgara. Mañana serás mi esposa.

—Juan, te he hecho sufrir mucho... Perdoname...

—Merecía la lección, mi bien. Olvidemos.

—Y ahora a casa, a nuestra casa. ¡Chist! El niño duerme. ¡Qué lindo es nuestro hijo!

Ilustración: Norma Shearer.

LOS GRANDES ÉXITOS

LA DANZARINA DEL NILO

Creación de la bellísima Carmel Myers.

EXPEDICIÓN DE AMUNDSEN AL POLO NORTE

Viaje de aventuras del célebre explorador.

LA MADRECITA

Comedia sentimental, por France Dheia y la niña Regine Dumien.

CINEGLIPHE

Comedia en dos partes. - Película en relieve.

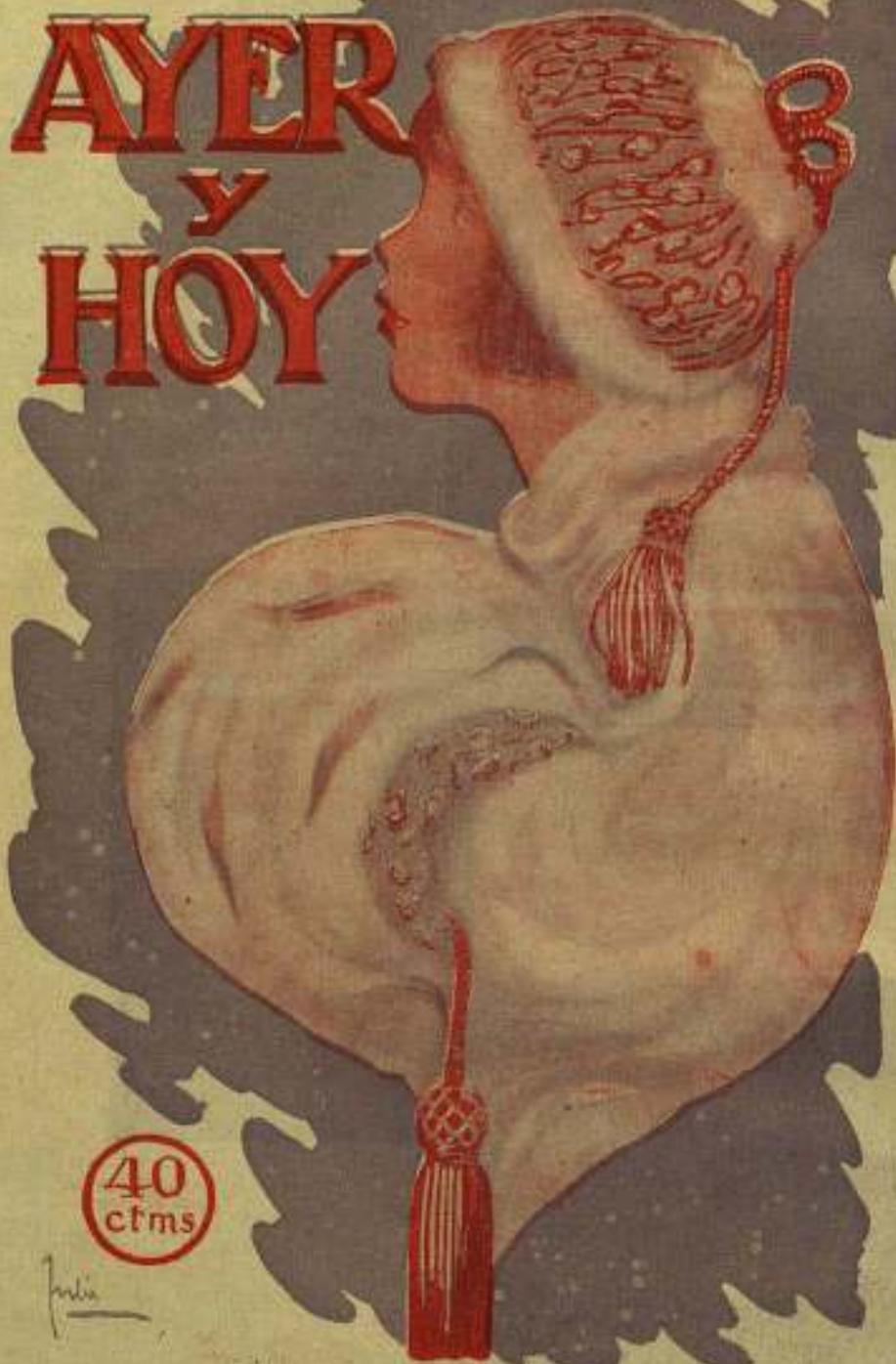


EXCLUSIVAS



Consejo de Ciento, 278 - Teléf. A. 5513 - BARCELONA

AYER
y
HOY



40
ctms

Julia

EL TRASPUNTE

CUENTO, POR JOSÉ BAEZA

Aquella noche el traspunte no cesaba de cometer torpezas. Se había olvidado de dar la salida al actor de carácter, no tuvo preparada la espada del goláu para la escena del duelo e hizo salir a escena a un personaje cuando no le correspondía.

En el entresacto, el director le había amonestado duramente. Hubo un momento en que, asiéndolo por la pechera de la camisa, estuvo a punto de golpearle. Ramón, el traspunte, no había dado, como en otras ocasiones, satisfacción alguna, y cuando vió en alto el puño del director, aguardó con indiferencia el golpe.

Ramón estaba ya acostumbrado a estas escenas humillantes. Su cortedad de genio y una indolencia que estaba muy de acuerdo con su carácter hacían de él un pésimo traspunte y un ser tan sin importancia que cualquiera podía impunemente desahogar sobre él su mal humor.

Sin embargo, tenía bien seguro su cargo de traspunte. Alguien que significaba mucho en la compañía, demostraba gran interés en conservar a su lado a la Ruiz-Jiménez, y la Ruiz-Jiménez—tercera y malísima dama joven—era la esposa de Ramón.

Ese alguien era Alvarez Campos, el galán de los grandes éxitos, y este Alvarez Campos el causante de que Ramón estuviera aquella noche más torpe aún que de costumbre.

Verdaderamente, ciego habría de ser para no ver que Alvarez Campos era el amante de su esposa. Además, la noche anterior había obtenido una confirmación definitiva de lo que tanto él como todo el mundo no podía menos de sospechar. Desde hacía mucho



tiempo, Alvarez Campos, de escena a escena, en las treguas de descanso, y precisamente cuando este descanso coincidía con el de su esposa, no iba a su cuarto, sino que subía la escalerilla que conducía al de ella. La noche pasada, algo excepcional debió de retener al galán en las elevadas inmediaciones del cuarto de la actriz, porque cuando la escena le requiriera no se hallaba, como de costumbre, entre bastidores. Ramón no quería subir. Ramón no quería pasar por la tortura de ver con sus propios ojos lo que hasta allí no hiciera sino representarse con la imaginación. No obstante, el tiempo apremiaba y hubo que afrontar el momento doloroso. Subió.

—¡Señor Alvarez Campos!

No se había atrevido ni siquiera a rozar la puerta con las puntas de los dedos. Acercando tan sólo los labios a la jamba, había dado la voz.

Y en respuesta a esta voz, oyóse un grito contenido de la Ruiz-Jiménez.

Fue un grito que Ramón llevaría clavado en su alma durante toda su vida.

Ahora este grito se reproducía en sus tímpanos a cada instante y ello era la causa de que tras una torpeza cometiera otra.

Durante toda la noche pasada, un pensamiento fatídico no había cesado de revolotear por su mente como un pájaro de mal agüero. La idea de venganza no le había abandonado un momento desde que en su espíritu floreciera la primera sospecha, pero jamás el medio de realizarla habíase presentado a su espíritu tan claramente como en el febril duermevela de la noche última. Él no tenía valor para matar. Le horrorizaba la idea de verse con un revólver en la mano y un ser ensangrentado a sus pies. Sin embargo, él deseaba para el miserable todas las torturas, todos los suplicios del infierno. ¿La muerte? Más que la muerte: una muerte dolorosa y lenta, una agonía bárbara e interminable.

Pero lejos de él, donde él no lo viera.

Y he aquí que había hallado el medio de compaginar una cosa con la otra.

Se acercaba la escena. Alvarez Campos hablaría con la dama joven cuando el actor de carácter entrara en escena y disparara su revólver sobre él. Este revólver, convenientemente preparado, estaba ya en manos del traspunte. Como sucede siempre en el teatro, el estampido sonaría, pero del arma no saldría proyectil alguno. Alvarez Campos no haría sino fingir que se desplomaba herido por el disparo.

¿Fingir?

El actor de carácter se aproximó al traspunte.

—¿El revólver?

La mano de Ramón tembló ligeramente al hacer el cambio. El revólver, convenientemente preparado, quedó en su bolsillo. El otro, el que llevaba encima desde el instante en que concibiera su plan de venganza, pasó a manos del actor que habría de disparar.

Instantes después sonaba el disparo y con él un grito.

Alvarez Campos no hubo de fingir nada. Cayó al suelo con la frente ensangrentada y tan sólo un vestigio de vida en el corazón.

Ilustración: Richard Talmadge

FIN

GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS



Lew Cody

REPERTORIO M. DE MIGUEL

(LA ARISTOCRACIA DEL FILM)

Batirá el "record" SOLAMENTE con
SUPERPRODUCCIONES DE LUJO

Lo más nuevo y monumental de Francia, Italia, Inglaterra, Estados Unidos y Alemania



Casa Central:

BARCELONA, Consejo Ciento, 292, teléf. 5102 A.

Subcentral:

BILBAO, Astarloa, 2, teléfono 477

SUCURSALES

Valencia: P. Emilio Castelar, 4, teléf. 1898

Madrid: San Bernardo, 24, teléfono 1691 M.

ACTUALIDADES GRAFICAS



Corinne
Griffith y
Conway Te-
arle, en *El pe-
cado de volver a
ser joven.*



Condessa Agnes de Ester-
hazy, en *Deben
temer las
padres?*



Hilton
Sells, en *La
ley olvidada.*



Ino
Alcubierre
y Felipe Fer-
nandez, en
Noblesza batarra.

SELECCIONES CAPITOLIO - S. HUGUET

MI HIJA

La venerable abuela llora silenciosamente.

La madre no cesa un momento en su sagrada obligación de preparar las prescripciones facultativas. Se ha convertido en una enfermera, y les da ciento y raya a las mejores.

El abuelo se muestra afligido y preocupado.
¿Y el padre?

Es el que tal vez aparenta más entereza... pero no lo sabe fingir. A la vista está que no es el mismo. Pues ¿qué pasa?

Hay consulta médica en la casa. ¡La niña se muere!

De unos días acá, la cascabelera risa de la tierna joya del hogar se ha trocado en dolorosos lamentos.

¡Qué absurdo es el Destino cebándose, en su afán de martirizar, en una inocente criatura!

La casa entera parece habitada por gente huraña, tal es la actitud de todos en espera de lo que se presiente.

¿Qué estarán diciendo, allá en mi gabinete de trabajo, los hombres de ciencia?

¿Acaso fallarán el fatal desenlace?

Ya saben.

Habla, después de reunirnos a todos, el que lleva más años de ejercicio profesional.

Explica, de manera brillante, el proceso de la enfermedad de mi niña... y su elocuencia nos revela, de modo irrefutable, que el caso es de suma gravedad.

El temor de perder aquello que es tan nuestro, se apodera visiblemente de mi esposa y de mí. ¿Y qué angustia la de los ángeles!

Pero ¿es posible que la alegría de la casa haya de desaparecer para siempre?

—Amigo mío, paciencia. Ustedes han hecho lo humanamente a su alcance para la curación de la doliente. La ciencia tiene un límite. Ya lo sabe... Cualquier caso que pase... A la hora que sea... estoy a su disposición—me dice el médico de cabecera, al despedirse con sus colegas.



Cierro la puerta.

Mis economías se han visto mermadas notablemente. Mas ¿qué importa todo si se trata de lo que yo más quiero en el mundo?

—Nena, Pilarín... ¿no conoces a papa, mi vida?—pregunto a mi hija, mirándola para arrancarle una sonrisa.

Inútil empeño. Su manecita me rechaza nerviosamente, y exclama, encogándose contra el pecho palpitante de cariño de la abuela:

—¡Abelital! ¡Abelital!

La bondadosa anciana es el hada dulce de la enferma. Su protección es su único consuelo. Mecida en sus brazos, se siente menos malita. ¿Qué tendrá más que nosotros, más que la propia madre, la canosa abuela? ¡Oh! Las lágrimas de la adorable viejecita no son como las nuestras. Hay en ellas más amargura, más dulzor: salen de lo más hondo; son como sangre de sus debilitadas venas que quisiera transfundirse en el cuerpo de la criatura para darle vida, no importándole la suya propia.

—¡Oh! Si se muere... yo me moriré también—solloza la atribulada abuela.

Y su lamentación halla eco en nuestras almas... y todos oramos a través de nuestro llanto.

¡Salve!

Se ha operado un milagro en mi hija.

Ahora las lágrimas son de alegría.

—Nena, Pilarín... ¿no conoces a papa, mi bien?

Y ella sonríe... y mi corazón se anega de inefable felicidad.

Ya no llora la abuela, ni se esfuerza la abnegada madre en disimular su pavor ante la trágica visión, para dar ánimo a su propia madre. ¡Las mujeres son diosas!

Ha renacido aquella fuerza, algo velada aún, claro, de antaño.

Paréceme haber resucitado a otra vida.

¿Y querréis creer que, hoy, me siento más hombre, más fuerte, al recobrar a mi hija?

Porque en mi dolor al temer perderla, he aprendido que ella es algo muy mío, algo de mí mismo; y a quererla más; porque, como el guerrero que después de conseguir un triunfo sobre el enemigo se siente transportado a las regiones de la popularidad, me considero yo ufano de haber derribado al oculto dragón que acechaba su existencia.

Y las risas de mi niña suenan ahora en mis oídos como campanillas de plata, y se me antoja que en su torpe lenguaje me dice que también me adora... porque ha visto en mis ojos, más de una vez, que la acompañaba como un perro fiel en sus sufrimientos, y que por sanarla hubiera yo dado, de ser preciso, mi sangre, mi vida... y mi honor.

Valemos muy poco nosotros si nos comparamos con nuestros hijos...

F.-M. B.



INTERNACIONAL
FILMS
EXCLUSIVAS
E. GONZALEZ



Lillian Harvey en
Yo me acuso.



La

Actualidades

(Exclusiva de

Henry Porten en
La antigua ley.

(Exclusiva de Julio César, S. A.)



Gráficas / /

Julio César, S. A.)

Astrid Holm y John Meyer.
en *Compañero te doy.*



78

Ynternacional Films



PRESENTARÁ EN LA
TEMPORADA 1925-26

BARCELONA

Calle de Valencia, núm. 278

Teléfono 2250 G

CONCESIONARIA DE
E. GONZÁLEZ
MADRID

LA REINA DEL MOTOR

Interpretada por la célebre estrella alemana LEE PARRY

YO ME ACUSO

por la conocida estrella americana LILIAN HARVEY

EL PRINCIPE MENDIGO

por el gran trágico SESSUE HAYAKAWA

LA MUJER DE LUJO

por la bellísima estrella LEE PARRY

FRENTE AL ENEMIGO

por la genial estrella americana LILLIAN HALL-DAVIS

Propaganda Cinematográfica

Reproducciones y ampliaciones fotográficas, diapositivos, postales, argumentos, álbumes, cartones artísticos, figuras recortadas, etc., etc.

S. COSTA

Calle del Pino, 14 - Teléfono 3867 A

BARCELONA

VENTA DE TODA CLASE DE APARATOS TOMA-VISTAS Y DE PROYECCIÓN,
:: PARA PROFESIONALES ::

EDITORIAL CINEMATOGRAFICA
Trilla
S.A.
BARCELONA

Resolón, 255 - Tel. 1794 G.

IMPRESIÓN DE ACTUALIDADES

EDICIÓN DE NEGATIVOS

MODERNOS LABORATORIOS

PARA EL TIRAJE DE TÍTULOS

Y ESTAMPACIÓN DE POSITIVOS

TEATRO DE POSE, CALLE DE AMÍLCAR, 11.

¡MADRE AMANTÍSIMA!

Adaptación de la obra dramática de
PAUL HERVIEU

Principales intérpretes:

Germaine Lucciani, Gerthe Jessaint,
Josyane, Harry Krimer y Daniel
Mendaille

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

En los esplendores de la Grecia antigua se cultivaba un juego atlético que consistía en correr con una antorcha flameante en la mano hasta que otro se apoderaba de ella, al caer rendido por el cansancio el anterior, para que la carrera no tuviese fin.

El filósofo Platón veía en esta «Carrera» de sus contemporáneos la imagen de las generaciones transmitiéndose la «Antorcha» de la vida.

Así, cada nueva generación, con el egoísmo insultante de la juventud, arrebató la antorcha a la generación anterior; es decir, los jóvenes exigen a sus mayores, bajo la forma de sacrificios, el resto de sus fuerzas vivas para poder ellos correr tras la dorada ilusión del porvenir.

En una elegante estación de invierno de los Alpes, en medio de cuya naturaleza bravia pontó el «Palace» una nota de frivolidad, numerosos invernantes se entregaban al placer de los deportes propios de la estación.

Una familia acomodada se había instalado allí para asistir al espectáculo de las fiestas que se celebraban en aquel inmenso teatro de las nieves.

Tres generaciones la formaban, a saber:

La señora de Fontenais, la abuela; De ella era el dinero que la familia gastaba con prodigalidad.

La madre, Susana Revel, viuda desde hacía años. A pesar de que un segundo amor llamaba a las puertas de su corazón, no quería escuchar su voz, porque su vida entera la había consagrado a su hija.

Y la hija, Ana María Revel. También en el milagro de luz de su juventud había un rincón umbrío para el amor.

Alberto Didier, ingeniero y heredero de una bonita fortuna, pensaba con delectación en dos cosas: casarse con Ana María y ser un hombre de negocios.

Aquel día, decidido a dar el gran paso, detuvo a su amada en un pasco por el helado valle, y le dijo:

—Hablemos de cosas serias, Ana María. He recibido buenos informes sobre el gran negocio que me propongo adquirir.

—Me alegro, Alberto. ¿Y qué más?...

—Pues... mañana volveré a París para estudiar de cerca el asunto y hacer de paso gestiones para cobrar cuanto antes mi herencia.

—Mucha prisa tienes en ello...

—Por algo me he vuelto rápido en todas mis cosas desde que te conozco a ti, Ana María... ¡Y ya verás como muy pronto seré todo un señor fabricante!

—¡Todo sea por tu vanidad!

—Vamos, Ana María... Bien sabes que aspiro a las mayores empresas por otra cosa que mi egoísmo. ¿Es que no me expreso con bastante claridad?

—Mira, Alberto, cómo corren esos tres... Alcancémosles.

Y Ana María, alborozada por el brillante porvenir que se delineaba en el horizonte

de su vida, libróse de la dulce presión de Alberto y le inculcó a perseguirla por el albo tapiz que murmuraba al hollarlo sus pies.

Por la noche, como de costumbre, pero con carácter extraordinario, fiesta en el «Palaces».

El salón ardía en deslumbrantes luminarias, y las damas rivalizaban en *toilettes* y belleza. El ambiente estaba saturado de enervante perfume de ilusión.

Ana María había merecido el halago de ser nombrada Hada de las Nieves, y presentóse, en medio del regocijo general, sentada en blanca carroza, en el salón en festejo, siendo recibida al son de unánime aplauso de simpatía.



En los esplendores de la Grecia antigua se cultivaba un juego atlético...

Ni qué decir tiene que Alberto se enamoró más de su amada, tanto porque la admiración de los invernantes le zumbaba en los oídos que Ana María era muy bella, como porque, por más que mirase, no encontraba en la fiesta otra mujer tan sugestiva como ella. Se echaba de ver que en aquellos momentos cualquiera podía pedirle un favor al enamorado.

Susana, la madre de la afortunada doncella, contemplaba, en segundo plano de la fiesta, la alegría que experimentaba su hija y que hacía palpitarse su noble y amante corazón.

Un hombre, en el otoño de su existencia, miraba extático a Susana. Una sombra velaba su espíritu. Miró asimismo a Ana María y, vacilante, temiendo fracasar en su intento de concretar un punto que era trascendental para su conducta en lo futuro, acercóse a Susana.

Ese hombre era César Stangy, que en el crepúsculo de su juventud se presentaba a Susana para demostrarle que la senda del amor no había terminado aún para ella.

Susana estremeciéndose al verle. César le imploró que le escuchase.

—He reflexionado mucho antes de venir, Susana, y si al fin me he decidido a visitarla es porque he tomado una grave resolución.

—¡Por Dios, César! No hable usted aquí... Sígame.

Se aislaron en un saloncito.

Entretanto, Ana María, convencida de que Alberto era el muñeco que el destino ponía en sus manos de adorable mujer, escuchaba entusiasmada las amorosas palabras que él le susurraba muy pegado a ella, y, resuelta a adquirir el interesante juguete para toda la vida, le dijo en respuesta a su petición:

—Sí, Alberto... Ahora que vas a ser todo un hombre de negocios, podrias hablarle a mamá...

—¡Oh, Ana María! Ahora mismo, si quieres...

—¿No sería mejor a tu regreso de París, cuando lo tuvieses todo arreglado?

—Es verdad. Entonces podré hablar de otro modo. ¡Qué feliz y qué fuerte me siento, Ana María!

En el *hall* hacían su aparición dos celebrados bailarines internacionales, Mado Minty y Georges Spanover, para deleitar con su arte a la selecta concurrencia.

Ana María y Alberto, triunfantes de dicha, fueron a presenciar el magnífico espectáculo.

¡Cuán lejos estaban de todo aquello Susana y César!

Este, pálido y temblando de emoción, balbucea a la adorada mujer:

—Susana, hace meses que espero de sus labios una palabra de esperanza.

—César... usted no puede dudar que yo le amo—respondió ella esforzándose en dominar sus sentimientos.

—Si usted se niega una vez más a ser mi esposa, nada me queda que hacer aquí...

Susana hizo ademán de detenerle... pero no se atrevió a pronunciar la palabra prometidora.

—Me iré a África... donde alguien me espera...—prosiguió César, apremiante.

—¿Entonces... esta visita es la de despedida? ¡Oh, César!...

—Hace mucho tiempo que la amo, que sufro por usted, Susana... ¿Por qué obstinarse en renunciar a la felicidad?... ¿No es usted viuda... no es usted libre?

—Sí... Sí...

—¿Quién la detiene entonces?

—¿No lo comprende usted aún?... Mi hija... para la que yo lo soy todo en el mundo... ¿Cómo iba yo a privarla de su madre?

¿Existe en el mundo un hombre que no sea egoísta?

Diffícil de contestar se nos antoja esta pregunta.

César se sintió celoso de Ana María, y como su amor propio no podía consentir que su persona no fuera bastante para vencer todo escrúpulo de la mujer amada, pasó de la súplica a cierta exigencia:

—Si me deja usted salir ahora de aquí, Susana, le juro que no me verá nunca más!

La madre juntó sus manos y tendiéndolas implorantes al nuevo amor. Unas lágrimas asomaban por sus tristes ojos.

—Espere usted aún, César... Quizá más tarde... Si mi hija se casase...

—¡No, Susana! Este es el momento de poner al desnudo nuestro amor. Yo renuncio a todo por casarme con usted. En compensación, reclamo de usted que rechace de su pensamiento ese obstáculo que surge en su decisión. ¡Ahora o nunca, Susana!

—¡No puede ser, César!... Adiós... Antes que todo, soy madre.

Inclinóse César, ocultando su profunda emoción, luchando tal vez la admiración que sentía por aquella mujer que se imponía por su hija un gran sacrificio, con el desprecio de su fracaso sentimental, y alejóse de Susana... para siempre.

Esta pasaba por la más atroz de las amarguras, y al quedar sola iba a desatar su pena en llanto, cuando oyó que alguien se acercaba al saloncito. Secóse sus lágrimas apresuradamente, y a poco su hija, Ana María, como enviada por la Providencia para consolar a su madre, le echaba los brazos al cuello, muy alegre, muy dichosa.

—Esos bailarines han bailado magníficamente, mamaita. ¿Por qué no estuviste en el salón durante su actuación?

—Estoy un poco fatigada, hijita, y el bullicio no es agradable en estos casos.



—¡Qué feliz y qué fuerte me siento, Ana María!

- ¡Pobrecita mamá! ¿Quieres que te acompañe a tu habitación?
 —¡Qué buena eres, hija mía!
 —¡Estás temblando, mamá! ¡Oh! Vamos: yo misma te ayudaré a acostarte.

A la mañana siguiente, César y Alberto se encontraron en la puerta del «Palaces». No se conocían, pero el hecho de ser dos viajeros que esperaban el mismo diminuto tren de las nieves, les permitió entablar, apenas se vieron, amena conversación.

—Yo me vuelvo a París... para regresar dentro de poco.

—¿Y usted?—dijo Alberto.

—¡Oh! Yo voy un poco más lejos... A África... Allí me esperan negocios.

Susana y Ana María, desde habitaciones distintas, presenciaban la partida de César, aquélla, y de Alberto, la doncella.

Ana María palmoteaba en su cuarto, deseando que su Alberto cumpliera su palabra de regresar a la mayor brevedad posible.

Susana daba ruda batalla a su nueva ilusión con el arma del amor maternal. Varias veces estuvo tentada de gritar a César que se detuviese, que no la abandonase, pero igual número de tentativas fallaron. No, no.

Ana María, la niña mimada, podría poner en duda su cariño, y acaso la imposición de otro padre hiciera nacer en su pecho hacia ella cierto rencor al considerarse postergada por un extraño en el corazón de su madre. ¡No! ¡No! ¡Eso nunca! ¡El cariño de Ana María había de ser completamente suyo mientras el amor no llamase al corazón de la muñequita adorada! Pero ¿por qué César se había negado a esperar esa circunstancia?

La mañana estaba fría. La naturaleza parecía un inmenso sudario para su pobre corazón. El tren humeaba rompiendo la monotonía del paisaje con su negro vapor. ¿No parecía aquello asociarse al entierro del amor de Susana? ¿No parecía aquella densa humareda como incienso quemado en holocausto de su abnegación?

De pie junto a la ventana que daba al valle, Susana despedía al amor. Y con dolor vio alejarse al hombre amado; y le pareció que aquel tren chiquito que se perdía en las revueltas del camino se llevaba los restos de su juventud.

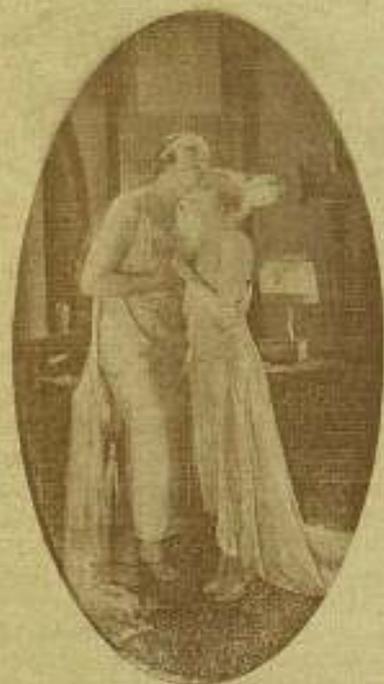
Era la eterna carrera de la antorcha: una vida era derribada por otra, más joven, más vigorosa, con más ansias de goce.

Apenas hubo perdido la última huella del tren, Ana María se apartó de su observatorio y, reuniéndose con su madre, se colgó a su cuello, besándola infinitas veces.

—¡Pobrecita mamá! ¿Quieres que te acompañe a tu habitación?

Susana miró sorprendida a su hija, y le preguntó:

—¿Qué tienes hoy, hijita? No estoy acostumbrada a verte tan cariñosa...



—Es que... Es que... Oye, mamá de mi alma... ¿Me quieres mucho?... ¿Te gustaría verme dichosa... completamente feliz?

—Ese es mi más ferviente anhelo, Ana María. ¿Qué pasa?

—¡Ay, mamá!... Alberto Didier... ¿sabes?... ¿Verdad que es muy simpático? ¿Te gusta?...

—Acaba, hija — la interrumpió Susana, presintiendo lo que consideraba aún lejano.

—Pues... me ha estado haciendo la corte hasta ahora... y es mi novio. Ahora va a emprender un gran negocio y quiere casarse conmigo.

—Me parece muy bien que ese joven piense en ti... pero para el porvenir. Eres muy niña aún para pensar en matrimonios — replicó en tono anormal la madre.

—¿Por qué te pones así, mamá? ¿Es que es un pecado tener novio y pensar en casarse?

Susana, que no esperaba tal sorpresa, precisamente después de su rompimiento con César, y dolorida por la certidumbre de que el cariño de su hija no le pertenecía por completo, se puso violenta, áspera, inflexible.

—¡Te digo y te repito que no consentiré] — su bodal ¡Eres muy joven todavía!

—¡Oh, mamá!

—¡He dicho que no, y basta!

La abuela, extrañada por la discusión que sostenían su hija y su nieta, apareció ante ellas para poner paz.

—¿Qué ocurre, que os veo tan alteradas?

—¡Oh, abuelita! Mamá no quiere que me case con Alberto Didier.

—Lo he oído todo, hijita. Acaso tu madre tenga razón. Vamos a ver, Susana, ¿por qué te muestras reacia a esas relaciones que piden boda?

—Didier no tiene aun una posición social bien definida. Me parece que la prudencia más elemental aconseja esperar.

Ana María, al escuchar estas palabras de excusa de su madre, se encendió en furor, y exclamó, defendiendo su interés:

—¡Muy bien! ¡A la hora de la lucha, que él lo che solo contra todas las dificultades... y cuando triunfe, entonces yo, cómodamente, iré a unirme a él! ¿No es eso lo que quieres, mamá?

Susana no pudo aguantar más su aflicción y rompió a llorar.

Ana María, reaccionando, llorando también, acercóse a su madre y le suplicó que la perdonase, emocionándose la abuela ante aquella escena.

—No llores, mamá. Yo haré lo que tú me digas... ¡pero le quiero tanto, y él me ama tanto!

Susana necesitaba estar sola. La abuela y Ana María se alejaron hacia otra habitación.

En el momento en que acababa de sacrificarlo todo por su hija, veía Susana cómo la que ella consideraba una niña se escapaba, con un gesto de rebeldía, del regazo maternal.

Y la mujer que todavía era joven, que todavía era bella, creyó entonces que había llegado para ella la hora de escuchar la voz del amor.



... y le pareció que aquel tren chiquito... él llevaba los restos de su juventud.

¡Sí! Tenía derecho a defenderse a sí misma, ya que su hija se disponía a abandonarla. ¿Dónde estaría César? ¡Oh! No muy lejos. Podría saber su paradero, para escribirle. Seguramente en la administración del «Palaces» encontraría lo que buscaba.

Telefonó al gerente.

—Oiga, señor: ¿qué dirección ha dejado a usted el señor Staugy para reexpedirle su correspondencia?

—Ninguna, señora.

El desaliento se apoderó de la sublime madre, y amargas lágrimas surcaron su suave rostro.

* * *

Algún tiempo después, en París, Alberto, en posesión de una herencia considerable, se disponía a adquirir una importante fábrica metalúrgica.

Aquel día se reunía con el industrial que le cedía el negocio para la firma del contrato.

En muchos años de lucha por la conquista del oro, el propietario de la fábrica había aprendido a dominar sus nervios.

Contrastando con la serena habilidad de éste, Alberto, ilusionado por el afán de dirigir una gran empresa, no descubrió la doblez de aquel hombre, y así, ignorando



¡Oh! abuelita! Mamá no quiere que me case con Alberto Didier.

que el valor de los importantes talleres que adquiría sufría una baja considerable en la Bolsa, precisamente cuando entraba en posesión de los mismos, salvó de la ruina al astuto cesionista.

La señora viuda de Fontenais, su hija y su nieta habían regresado a su casa de París.

La abuela sufría del corazón, y el médico de la familia, amigo de la casa, le había recomendado sobremanera que no tomase café, bebida predilecta de la anciana, y si alguna vez Susana regañaba a su madre, era para hacer respetar la orden del facultativo.

Casi oficiales sus relaciones con Ana María, Alberto visitaba con frecuencia la casa de la viuda de Fontenais.

Aquel día, enterada Ana María de que el contrato de compra en traspaso de la fábrica metalúrgica había sido firmado, dijo a Alberto:

—Háblale ahora, que es la ocasión... No tengas miedo... Mamá te quiere bien...

Alberto cobró ánimos y se acercó lentamente a Susana, que adivinaba su intención, pues había visto como su hija le acuciaba para que puntualizara la fecha de la boda.

—Señora... Acabo de asegurarme mi porvenir... y quisiera pedir a usted su apoyo para triunfar en mi carrera... Se trata de Ana María... Yo...

—Sí... sí... ya sé... Ya sé que la quiere usted mucho y que ella le corresponde...— respondió Susana con profundo abatimiento que descorazonó a Alberto.

Ana María miraba a su madre con ojos de sorpresa inexplicable.

La abuela no acertaba a adivinar la tragedia que embargaba el alma de su hija.

Hubo un largo silencio, que nadie se atrevió a rasgar.

Susana, con la vista fija en el suelo, lloraba silenciosamente.

De pronto, levantando la cabeza y dirigiendo sus miradas hacia Alberto y Ana María, que esperaban ansiosos sus palabras, esforzose en vencer su pena, sonrió, y acogió en sus amantes brazos al futuro esposo de su hija, de su tesoro, de lo más preciado de su vida.

—Sí, Alberto... Perdona esta debilidad mía... Estoy muy contenta de que seas tú el elegido por el corazón de Ana María.

—Gracias, señora.

—¡Mamá! ¡

Y la felicidad de la hija borró, en aquellos momentos, el recuerdo siempre latente que dominaba en el espíritu de la bondadosa madre.



—Hace dos días que Ana María no viene a vernos.



Transcurrieron los años.

En su ciego egoísmo pasó la vida, arrollándolo todo...

Susana, prematuramente envejecida, pensaba más en la dicha de su hija que en el sacrificio estéril de su propia felicidad. Las visitas de aquella le servían de consuelo. Por tal razón, aquella mañana dijo a su madre:

—Hace dos días que Ana María no viene a vernos. Es extraño...

—¡Bah! No será por otra cosa que por los negocios de Alberto. Si estuviese enferma te habría mandado llamar por la doncella—contestó la abuela, todo cariño.

Alberto se encontraba en la fábrica. El negocio no marchaba según sus deseos, y el pago de los vencimientos se hacía cada vez más difícil.

En el hogar del matrimonio Didier era cada vez más pálido el sol de la felicidad, pues las preocupaciones de Alberto mataban toda ilusión.



El negocio no marchaba según sus deseos y el pago de los vencimientos se hacía cada vez más difícil.

—Tú me ocultas algo, Alberto—se atrevió a decirle aquel día su dulce compañera.

—¿Por qué no te sinceras conmigo?

—¡Ana María! Mi situación es crítica, apurada. La baja de los cambios me está haciendo perder cantidades enormes.

—¿Estás arruinado, Alberto?

—Sí. Me encuentro al borde del abismo. ¡Necesito encontrar inmediatamente un millón doscientos mil francos!... ¿Pero de dónde saco yo esa suma?

—¡Vete a hablar a mamá! ¡Ella puede salvarte!

—¿Tú crees?

—Nos quiere tanto, Alberto, que a nada se negará por nuestra dicha.

Alberto, decidido a recurrir a todos los resortes que tuviera a mano, no vaciló en seguir el consejo de Ana María, y a poco se entrevistaba con Susana, a la que expuso su grave caso.

Susana se asustó ante la quiebra en puerta, y lamentóse de no poseer fortuna propia para sacrificarla por sus hijos.

Pero...

—Vosotros ya sabéis que yo carezco de capital. Sólo mi madre podría ayudarte... Vete ahora, que yo le hablaré.

Obedeció Alberto, pues la abuela se acercaba, y ésta, requerida por su hija, se dispuso a escucharla, muy ajena a lo que acontecía.

—Mamá, acabas de ver a Alberto. Se marchó porque yo se lo indiqué cuando vi que tú llegabas. Ha venido a suplicarme que le salve de la ruina... de la ruina, ¿oyes bien?... Ana María debe estar desesperada... Necesita una fuerte suma... Tú la tienes...

Yo no tengo nada... ¿comprendes?... Tú sola puedes ayudarme y debes hacerlo... No ya por él, sino por mi pobre hija, que no está acostumbrada a sufrir...

La abuela, muy resuelta, repuso:

—No, Susana, no prestaré ni un céntimo.

—¡Pero mamá, por Dios, reflexiona! ¡Es la quiebra, la ruina, el escándalo!

—¡No, no! Esa fábrica se comería toda nuestra fortuna. ¿Has olvidado ya los negocios ruinosos de tu difunto marido?... También una fábrica que marchaba mal se llevó toda tu fortuna... y puso la mía en grave peligro... ¿Olvidas que por salvar un negocio sin salvación posible tu marido arruinó tu felicidad y el porvenir de tu hija?

—Pero mamá... Se trata de Ana María...

En tanto, en su casa, Alberto decía a su esposa:

—Tu madre ha quedado en llamarme por teléfono de un momento a otro. Es raro que no haya llamado aún. Voy a llamarla yo mismo, porque esta ansiedad me abrasa.

Funcionó el teléfono. Susana se puso al aparato, no equivocándose al suponer que era Alberto el que llamaba.

—¿Qué quieres? La respuesta, ¿verdad?

—Sí, la contestación de la abuela... Estoy impaciente por saber...

—Mira, Alberto, no lo tomes a mal: mi madre no puede entregarte dinero, pero sí



—Si la señora de Fontenais se niega a ayudarme...

se niega a ayudarte en tu negocio, porque no tiene confianza en él, en cambio os ofrece su casa, para que vengáis a vivir con nosotros.

—Si la señora de Fontenais se niega a ayudarme, no me queda más que la muerte... —respondió enérgicamente Alberto, soltando el aparato.

Susana, dirigiéndose a su madre, que estaba a su lado, exclamó implorante:

—¡Es horrible, mamá! ¡Dice que si no hace honor a su firma se matará, ¿lo oyes bien?... ¡SE MATARÁ!!

La abuela, que interiormente sufría horrorosamente, se mantuvo en su enérgica actitud, y dijo a Susana, persuasiva:

—Pero, hija mía, sé razonable... Ya sabes que tu padre, al morir, me hizo jurar sobre tu cabeza que no arriesgaría nunca, por nada ni por nadie, el capital que me queda...

* * *

Falto de dinero, el poderoso motor de las modernas civilizaciones, la fábrica tenía ahora en sus vastas salas una quietud de cementerio.

Mientras tanto, Alberto revolvía inútilmente cielo y tierra en busca de sumas para atender a sus compromisos.



Luego, al quedar sola, volvió a mirarse al espejo.

Ann María, por salvar a todo trance a su marido, entrevistóse con su madre, resuelta a no retroceder ante nada.

—¡Alberto!... mi Alberto!... ¡Sálvalo, mamá!

—¿Cómo, hija mía? ¡Si yo pudiera!...

—Mamáita, tenemos que salvarle... La abuela ya se ve que no quiere hacer nada... pero tú... si tú pudieras por medio de tus relaciones...

—Imposible, hija mía... No conozco a nadie que pueda prestarse a una operación como la que desea tu marido.

—Yo he oído decir que tenías un amigo de verdad... uno de esos amigos para las ocasiones... que era además muy rico... y que hasta creo que quería casarse contigo. Susana se sobresaltó al contacto del recuerdo, y dijo a Ana María:

—No veo la necesidad de traer en este momento tal recuerdo... Por otra parte, no sé siquiera lo que ha sido de César Stangy.



... sintió un agudo dolor en el corazón

—Precisamente, el otro día, Alberto, consultando un anuario telefónico reciente, encontró su dirección. A ver, que yo lo busque en el vuestro... Mira... Aquí está.

Susana se quedó extática ante aquel nombre. ¡Oh, Señor! ¡Era como si estuviese deletreando en el mármol de una tumba un nombre que hiciese latir apresuradamente su corazón!

—Hazlo por Alberto, mamá... por mí...

Susana despertó bruscamente de su sueño.

—¡No... no! ¡Acordarme de él para pedirle dinero?... ¡Nunca! ¡Sería monstruoso pedir dinero en nombre de un sentimiento sagrado!...

—Pero, mamá...

—Compréndeme, Ana María... tú eres mujer también...

—¡Sí, soy mujer, la mujer de Alberto, y no quiero perderlo!

La amenaza de muerte de Alberto venció en Susana todo escrúpulo.

—Está bien—dijo.—Le escribiré.

Empezó la carta. Parecía dispuesta a terminar pronto. Pero apenas hubo puesto la fecha, Ana María, sonriente, murmuró:

—¡Quién sabe, mamá, si esta carta puede aproximaros de nuevo!...

Susana soltó la pluma y cogió el espejo que su hija le deslizara discretamente. Contemplóse unos instantes en él. Se vio vieja, muy vieja.

—Estos cinco años que han pasado me han envejecido mucho.

—No lo creas, mamá... Estás muy guapa.

Susana esforzóse en sonreír, y volvió a coger la pluma, terminando la carta sin interrupción.

Luego, al quedar sola, volvió a mirarse al espejo, y, sugestionada por las palabras de Ana María, y deseosa de serlo, se sintió rejuvenecida...

Un mes más había transcurrido, y a los que vivían en la ansiedad de la espera no había llegado ni una sola palabra de César, en contestación a la carta de Susana.

Alberto se había declarado en quiebra, y ahora vivía con su esposa en el hogar de la abuela.

Las emociones y los sufrimientos de los últimos tiempos habían hecho mella en el débil organismo de Ana María.

Alberto necesitaba imprescindiblemente quinientos mil francos para llegar a un acuerdo con los acreedores. Había pensado en el suicidio, pero el temor de matar con su muerte a Ana María le libró de la terrible tentación.

Susana, enloquecida por la suposición de ver morir a sus dos hijos, no vaciló, tras de horribles esfuerzos, en forzar el cajón donde su madre guardaba sus valores, y robó la cantidad que Alberto necesitaba para levantar la quiebra.

Las malas acciones, cuando no son cometidas por un miserable, son siempre descubiertas, y a la mañana siguiente, cuando Susana trató de hacer efectivos los valores en casa del agente de cambio amigo de la familia, se descubrió a sí misma al firmar con el nombre de su madre, que falsificara en los títulos el recibo del dinero.

—¡Señora, usted ha falsificado la firma de su madre!

—¿Yo?... Sí... Fue por salvar a mi hija... ¡Oh, perdón! ¡Hagan de mí lo que quieran!

—Cálmese... Le prometo no revelar a nadie este mal paso... Los valores quedarán restituidos a su señora madre...

Se agravó de tal manera el estado de Ana María, que el doctor recomendó que fuera transportada inmediatamente a la montaña.

Alberto no podía ausentarse de París, pues había empeñado su palabra de honor al liquidador nombrado por el Tribunal.

—Su madre puede acompañarla—dijo el médico, refiriéndose a Susana.

La abuela añadió:

—Y yo...

Susana no estaba allí. Cuando llegó a su casa encontró al doctor en la escalera del piso alto.

—Vengo de ver a su hija... Tiene un agotamiento nervioso provocado sin duda por crisis morales. Es necesario someterla, sin perder un día, a la acción tónica de las grandes alturas.

—Bien, doctor...

—Supongo que no ignorará usted que su señora madre tiene el corazón muy enfermo... Su última estancia en las montañas le fué funesta... Llevarla allí de nuevo sería matarla. No le diga usted nada sobre esto que acabó de indicarle. Los cardíacos son muy impresionables.

—Gracias, doctor...

Susana reunióse con su madre, su hija enferma y Alberto.

—¿Has hablado con el doctor?—le preguntó la abuela.

—Sí, madre... Hoy mismo nos marcharemos.

—Desde luego, yo pago los gastos de vuestra estancia en la montaña, por todo el tiempo que sea necesario. Como Alberto tiene que quedarse aquí, tú y yo podemos irnos con ella.

Susana recordó la amenaza del doctor, hablando de su madre, y le contestó rápidamente:

—Mamá, tú no debes ir...

—¿Qué dices? ¿Quizá tratas de castigarame por no haber ayudado a Alberto?... ¡Pues te hago saber que si no voy con vosotros, no pagaré nada!

Susana se halló frente a un terrible dilema. ¡Oh! Se opondría con todas sus fuerzas a que su madre le acompañase a la montaña. Pero... ¿y Ana María? ¿No había dicho la abuela que se negaría a dar dinero si no le permitían ir?

Cuando quedaron a solas Susana y Ana María, ésta preguntó a su madre si había conseguido el dinero que precisaba Alberto y que, según su promesa cuando se marchó por la mañana, tendría sin falta a su regreso.

—No, hija mía, el plan que yo tenía ha sufrido un pequeño retraso... Me quedaré aquí... para arreglarlo...

—Mamá... yo no tendré valor para marchar sola... Si tú no me acompañas... me quedo aquí, aunque me muera.

En el cerebro, en el corazón de Susana se entablaba, violenta, la lucha entre su amor de madre y su amor de hija...

La abuela reapareció en la cámara de Ana María, y preguntó severa:

—Susana, ¿contáis conmigo para el viaje o no?

Y Susana, dominando en ella el amor maternal, hizo un leve movimiento de cabeza, aceptando...

* * *

En la montaña, Ana María se sentía renacer.

Un buen día llegó un telegrama para ella, enviado por Alberto. Decía lo siguiente:

Llego con Stangy a las ocho noche, pues él quiere ver a tu madre. Stangy paga acreedores y me asegura su ayuda para el porvenir.—ALBERTO.

—¡Oh, mamá! ¡Salvados! Lee este telegrama.

Impúsose Susana del contenido del parte, y su corazón palpitó de emoción. ¡César próximo a llegar! ¿Cómo la encontraría?

Llegaron a las ocho. La ansiedad de las mujeres aumentaba a cada minuto después de esa hora.

Susana esperaba a los viajeros en el saloncito en que, años atrás, despidiera a César, renunciando a él por su hija.

Ana María recibió alegremente a Alberto, como completamente restablecida después de recibir la grata nueva, y prodigó sus más agradecidas sonrisas a Stangy.

—Quisiera ver a su madre—dijo éste a Ana María.

La muchacha sonrió y puso al forastero en dirección al saloncito.

El temido momento había llegado. Susana miró a César con gratitud y ternura. El, respetuoso, inclinóse delante de ella, estrechó su blanca mano, y explicó su tardanza en contestar a la carta que ella le enviara.

—Su carta llegó a Africa poco después de mi última partida y me ha seguido a París... Excuso decirle que tan pronto la recibí corrió a verla a usted... Como no la encontré, fui a ver a su yerno y él me explicó... Naturalmente, ese joven puede contar conmigo.

—¿Qué triste nuestro encuentro, César!... ¿Se acuerda usted de la última vez que nos vimos... hace cinco años?...

—Es verdad, Susana... Esta entrevista está impregnada de melancolía...

—¿...?

—Yo estoy casado...

—¡Ah!...

—Mis últimas esperanzas de que usted llegase a ser mi esposa, murieron en nuestra última conversación... Entonces, allá lejos, rehice mi vida...

Susana estaba livida. No pudo articular ni una palabra.

Alberto y Ana María irrumpieron en el saloncito.

César acercóse al joven, y le dijo, empujándole hacia fuera:

—Todavía tenemos que hablar a propósito de nuestro nuevo negocio...

Salieron. Ana María, correspondiendo a la curiosidad de su madre, le explicó:

—El señor Stangy le ha ofrecido a Alberto una espléndida situación en Africa.

—¿En Africa?...—preguntó asombrada Susana.

—¡Hay millones que ganar!

—¿Y tú... qué piensas hacer?

—Eso no se pregunta, mamá! ¡Irme con Alberto, aunque sea al fin del mundo.

—¿Y me abandonarás?

—Tú sabes lo desgraciado que ha sido Alberto en estos últimos tiempos... No es cosa de dejarlo marchar solo...

■ Susana, presa de dolor, indignóse:

■ —¿De modo que prefieres a Alberto... a ese hombre que ha traído el dolor y la desgracia a toda la familia... a ese marido que a cambio de tu belleza y quizá de tu dote?...

—¡Mamá, mamá!... ¡Que estás ofendiendo a *mi* Alberto!

—¡Ese marido que no te ha traído más que la ruina, la quiebra, el fracaso!...

—¡Adiós, mamá!... ¡Yo sé cuál es mi deber! ¡Me voy con mi fracasado!

Desapareció la exaltada muchacha, sin comprender el dolor de su madre, y la abuela, acercándose a Susana, le ofreció sus brazos para que en ellos hallase consuelo.

—¡Mamá!... ¡Mamá! ¡Mamá de mi alma! ¡Y yo que todo lo había sacrificado por ella... que por ella llegué a ser hasta ladrona!...

—Llora, hija mía, llora... Es el único recurso que nos queda a todas las madres.

* * *

Ana María y Alberto siguieron a César, que prometía la fortuna.

Los dos jóvenes que egoístamente se lanzaban hacia el porvenir, no hacían más que obedecer, sin discutirlo, la ley humana que quiere que los padres se sacrifiquen por sus hijos, a fin de que éstos continúen transmitiéndose la antorcha de la vida, sacrificándose a su vez por su descendencia.

Susana y la abuela salieron al nevado valle a despedir aquel tren chiquito que se perdía a las revueltas del camino.

La amargura de ambas mujeres era tan intensa como el frío que helaba sus cuerpos.

Susana desahogaba su pena en lágrimas. La abuela, tratando de consolar a su hija, ocultando su propio e inmenso pesar, sintió un agudo dolor en el corazón, como si intentaran arrancárselo. Quiso gritar, mas no pudo. De pronto encogióse nerviosamente y expiró en brazos de Susana. Hablase cumplido la sentencia del médico.

Y la pobre Susana, mirando al cielo, clamó con desespero:

—¡Dios mío, Dios mío! ¡Por salvar a mi hija he matado a mi madre!
Y allá lejos, en el tren chiquito, Ana María y Alberto se acariciaban...

FIN

Exclusiva de L. GAUMONT, Paseo de Gracia, 66-Barcelona

La Novela Film

APARECE
TODOS LOS
MARTES

Publicación selecta de sugestivos asuntos cinematográficos

32 páginas
30 céntimos

Esta novela se publica en la importante imprenta

Vda. de J. Sanjuán Vila

Urgel, 7-Telef. 3583 A - BARCELONA

IMPRESA E. Verdaguer Morera

PROMPTITUD
SERIE TAT

Treballs comercials, editorials i de luxe
Topete, 2 al 16 - TERRASSA

En sos tallers s'edita
la popular publicació

"La Novela Semanal Cinematográfica"

SE RECOMIENDA A LAS LECTORAS DE ESTE
ALMANAQUE, QUE ANTES DE HACERSE
VESTIDOS PARA VERANO O INVIERNO

CONSULTEN LAS PUBLICACIONES DE MODAS SIGUIENTES :

| | | | |
|-----------------|-------|-----------------------|------|
| Astra | 3'50 | Patrons F. Echo Dames | 3 |
| Bal et Carnaval | 4 | " " " Enfants | 3 |
| Carnaval | 3'50 | Paris Succes | 4 |
| Elite | 6 | Paris | 1'30 |
| Femina | 3'25 | Record | 1'30 |
| Femme Chic | 3'75 | Star | 6 |
| " " Enfants | 5'25 | Smart | 5 |
| " " Tailleur | 5'75 | Fashions Book | 6 |
| Grandes Modes | 3'10 | Très Parisien | 6 |
| Nos Enfants | 2 | " " Enfants | 6 |
| Juno | 5'25 | " " Lingerie | 6 |
| " Enfants | 3'75 | Fashions For All | 1'50 |
| " Lingerie | 4'50 | Home Fashions | 1 |
| Idées Nouvelles | 12'50 | Jardin des Modes | 2 |
| Moda Futura | 2 | Voogue | 2'50 |
| Moda Ideal | 1'50 | Veldons Catalogue | 1'50 |

AGENTE EXCLUSIVO PARA LA VENTA EN ESPAÑA:

SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA

BARBARÁ, 16
BARCELONA

FERRAZ, 25
MADRID

FERROCARRIL, 20
IRÚN

Enviando por Giro Postal o sellos de correo el importe de cualquiera de estas revistas, le será remitida libre de gastos.



GALERIA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS



Eleanor Boardman

CASA BONNEVIE

TELÉFONO 2880 A.



Transporte de mobiliarios,
sin embalaje, dentro
y fuera de la ca-
pital y para el
extranjero



WAGONES CAPITONNÉS
CADRES :: CONDUCTORAS
:: GUARDAMUEBLES ::

Calle del Pino, 14 - BARCELONA

ACTUALIDADES GRAFICAS

Dos escenas de la superproducción de arte
La "Poupée" de Paris.

**EXCLUSIVA DE:
FILMS PIÑOT**



Juliette Compton
y Clive Brook, en la
extraordinaria superproducción
Misterios del corazón

Ivan Mosjoukine, en la
magnífica obra
de arte *El León
de Mongolia.*



EXCLUSIVAS MARAVILLA FILMS

FilmoTeca
de Catalunya

LA COMPAÑERA

POR ANDRÉS DE FORD



—¡Maravilloso!... ¡Maravilloso, sin duda, pero, como todos los negocios a condición de que tenga éxito!...

Sentado ante su escritorio, Juan Bernon hablaba con voz grave, que iba animándose por instantes.

La señora Delange que le miraba, sentada cerca de él, en un sillón bajo, no podía dejar de encontrar en aquella silueta elegante de hombre que aun no cumplió los treinta y cinco años, en aquel rostro afable, la impresión de la fuerza y de dominación que le había seducido desde un principio.

Casada con un funcionario colonial, de anémica voluntad y de cuerpo desmedrado, esta joven de treinta años, muy bella, sufría extrañamente la atracción de Bernon.

Y él, a su vez, unido desde hacía diez años a una mujer de belleza mediocre, débil física y moralmente, con la que se había casado, en una capital de provincia, cuando era auxi-

liar de abogado, gustaba de la seducción de aquella mujer. Y un mismo anhelo pasional era el que había lanzado al uno en brazos del otro.

—¡Es muy grave!... No me considero con derecho alguno a arriesgar la fortuna de tu marido en una especulación como esta.

Ella replicó:

—Tengo en ti entera confianza. Estoy ciertísima de que este asunto saldrá a las mil maravillas... Más allá de tus mismas esperanzas.

Y como él moviese la cabeza en un gesto de duda, agregó:

—Recuerda la especulación en los carbones de Madagascar... ¡Ah, si yo te hubiera conocido en aquella época!... Vamos, te lo ruego. Tú sabes bien que disponemos de poca fortuna. Los ingresos de mi marido son casi insignificantes...

Se había levantado. Lo miraba con sus ojos verdes, extraños y turbadores. El vértigo se apoderó de él. Pero un ruido de pasos los separó bruscamente, y Juan se instaló ante su mesa de trabajo.

—Escucha—le dijo ella.—Seré razonable: sólo te confiaré la mitad de lo que tenemos... Ya ves que soy todavía más prudente que tú, que comprometes casi toda tu fortuna.

—Sea... ¿Cuánto me confiarás?

—¡Cincuenta mil!...

Se trataba de grandes yacimientos de carbón en Portugal. Un «affaires» por todo lo alto, en el cual Bernon había comprometido capitales considerables y toda su fortuna personal. Pero él tenía la seguridad de duplicar el dinero...



La señora de Bernon acababa de almorzar. Comía distraidamente, y sus ojos se posaron sobre el lujo del amplio comedor.

Jamás había podido habituarse a aquella decoración, y con frecuencia añoraba su vida modesta de otra época.

Continuaba siendo la provincianita a quien asustan los golpes de audacia y las grandes empresas... La lucha le causaba miedo... Fuera de su centro, nunca había protestado.

Se disponía a salir cuando la avisaron de que su marido acababa de llegar... Carecía de habilidad para descubrir en su rostro los sentimientos secretos del alma; no obstante, al ver a su marido, quedó sobresaltada por la alteración de sus rasgos y el desmayo que evidenciaban sus ojos.

—¡Qué pálido estás!

El respondió, volviendo la cabeza:

—Sí... Un poco de fatiga.

Como no tenía costumbre de interrogarle sobre la marcha de sus negocios, se separó de él tranquila.

Ya solo, Juan Bernon se dejó caer en una butaca y rompió en sollozos. ¡Oh! Sí... Era el derrumbe total, irremediable... Aquella empresa en la que había comprometido toda su fortuna, acababa de fracasar... Pero muy pronto, sacando fuerzas de flaqueza, consiguió dominarse.

Había oído el timbre de la puerta de la calle. Casi inmediatamente se abrió la del despacho y entró la señora de Delange. Estaba muy pálida.

—He recibido tu telegrama. ¿Qué sucede?

El tuvo un gesto de aplanamiento.

—No he podido triunfar... Estoy arruinado...

—¿Tú?

—Sí... Este asunto ha devorado toda mi fortuna... He tenido que luchar contra un poderoso sindicato... Estoy arruinado.

Ella le miraba, estupefacta, sin hablar una palabra. Sólo al cabo de algunos instantes exclamó, casi medrosamente:

—Entonces... ¿Has perdido también el dinero que te había confiado?

—¡Todo!

La señora Delange se desplomó sobre una silla.

—¿Pero, qué va a ser de mí?

—Te queda algún dinero... No me habías dado más que la mitad de tu fortuna...

—No... toda.

—¡Desdichada!... Sin embargo, tú me dijiste...

—Fué para decidirte a que aceptaras... ¡Estaba tan segura de tí!

—No me acuses...

Hubo un silencio lúgubre... Ella preguntó:

—¿Qué es lo que dices?

—Voy a ponerme nuevamente a trabajar.

—No... yo te pregunto qué vas a hacer para reembolsarme...

Juan Bernon no tenía frente a él a la mujer amorosa que venía a consolarle, sino a un ser áspero, egoísta y feroz, que no pensaba sino en ella, en su lujo, en su bienestar.

—Te pregunto, ¿cómo te propones reembolsarme mi dinero?—volvió a decir duramente.

—¡Estás loca!... Te repito que no me queda nada, nada, ¿comprendes?... Ni siquiera mil francos.

—No se trata de ti... Tú me has arrastrado a una especulación desastrosa... Me has arruinado... Debes reembolsarme.

Bernon se acercó a ella y le dijo muy dulcemente:

—Escucha...

Pero la señora Delange retiró la mano que él le había tomado.

—Déjame... Por última vez... ¿Qué te propones hacer?

—Ya te he contestado... El porvenir me dará la revancha... Entonces, serás reembolsada íntegramente.

—Resulta cómico, en medio de todo... ¡El porvenir! ¡Si te parece que puedo conformarme con eso!...

Bernon se hallaba todavía bajo la influencia de la gran lucha de que había salido; aquel tono mordaz le exasperó.

—¡Calla!—gritó.—¡Tú no eres ya la mujer a quien he amado!

—Ahora me arrojas como una cosa inútil... ¡Miserable!... ¡Cobarde!—y acercándose a él, repitió:—¡Cobarde!... ¡Ladrón!...

Bernon se tornó lívido e hizo ademán de arrojarla sobre ella, como para estrangularla... Pero su mano volvió a caer y rugió con voz sorda:

—¡Vete! ¡Vete!... ¡Eres una desdichada!

Ella ganó la puerta, gritando iracunda:

—¡Ladrón! ¡Miserable!

Cuando Bernon volvió a su despacho, después de haberla echado fuera, encontró a su mujer que le aguardaba, pálida y temblorosa:

—Yo estaba ahí, detrás de la puerta... Lo he oído todo.

El consideró inútil mentir.

—¿Qué he de hacer?

—Reembolsarle su dinero inmediatamente.

—¿Con qué?

—Con mi dote.

El la miró estupefacto.

—Tu dote es de cincuenta mil francos, precisamente la suma que me confió... ¿Qué te quedará?

La dulce compañera contestó sencillamente:

—Nada.

Juan le tomó las manos... Su mujer no temblaba; ya no era la mujer tímida y temblorosa de otros días.

—No te conocía—murmuró con emoción.—Te he engañado... y ahora vienes a socorrerme... Perdóname...

—No tienes que pedirme perdón. Te doy mi dote. La sacrifico de buen grado... Pero voy a rehacer mi vida fuera, lejos.

—¿Me abandonas?

—Tú también reharás tu vida.

—No. Tú acabas de descubrirme un corazón que no sospechaba; una generosidad, una fuerza y una belleza moral, que ignoraba... Contigo, tendré suficiente valor para volver al combate y vencer todavía. Pero si tú me dejas, la vida no tendrá para mí ningún objeto...

Vaciló un instante y agregó con voz sorda, extraña:

—¿Es irrevocable tu resolución?

Y como su mujer no respondiera, continuó:

—Adiós, entonces. Y se dirigió hacia la puerta como un ebrio.

Pero ella lo detuvo con un grito.

—¿A dónde vas?

—¡No me queda más que morir!

La señora de Bernon le tomó de la mano. Volvió a recordar los pobres días de su juventud, de lucha en común, y, luego, la ascensión, el éxito, la fortuna... Le había amado... Acababa de recuperarlo, estaba segura. La vida podía ser bella aún. Súbitamente le abrazó, y acariciándolo como a un niño le dijo:

—¡Vamos, quédatel... ¡Quédatel... Yo soy tu compañera... ¡No te abandonaré nunca!

Ilustración: Pauline Frederick y Malcolm Mac Gregor



Películas escogidas
de los mejores autores

SALEA DE MADRID, MADRID
NADRO, VAL DE MADRID, MADRID
A GEE OIA 24



LEVANTISCHE FILM



Fontanella, 9

BARCELONA



**PRESENTACION
DE GRANDES
EXCLUSIVAS**

Películas escogidas
de las mejores marcas



AGENCIAS EN
MADRID, VALENCIA, MÁLAGA, BILBAO,
PALMA DE MALLORCA, MAHÓN



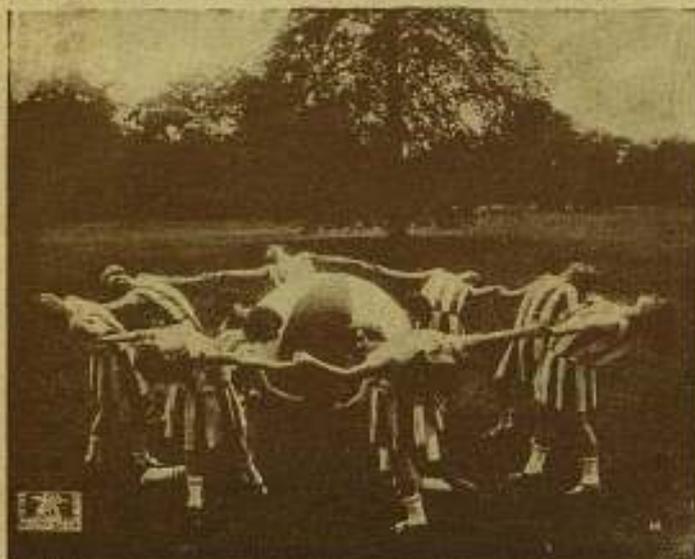
GALERÍA DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS



John Gilbert

ACTUALIDADES GRÁFICAS

EXCLUSIVA DE F. TRIAN, S. EN C.



Una interesante escena de la grandiosa opereta cinematográfica *La Encantadora Mimi*, cuyo estreno en España tendrá lugar el 30 del corriente diciembre en el teatro Novedades de Barcelona.



Ada Swedin y Charles Villy Kösser, en una escena de *La encantadora Mimi*.



Concesionarios para
España y Portugal
F. TRIAN, S. EN C.

CONSEJO DE CIENTO, 261
Teléfono 2976 A
BARCELONA

¡UN ACONTECIMIENTO SENSACIONAL!

DÍA 30 DE DICIEMBRE DE 1925

ESTRENO EN EL

TEATRO NOVEDADES

DE LA OPERETA CINEMATOGRAFICA

LA ENCANTADORA MIMI

Los mismos protagonistas y música del
mismo autor que MISS VENUS.

EL PEDESTAL DE LAS MUJERES



—¿Que por qué la mayoría de las paradas de los tranvías se hallan enfrente de los cafés? Muy sencillo: para que los clientes que toman su consumición en la terraza disfruten de la agradable visión de las piernas de las mujeres que suben a aquéllos.

—¡Gracioso!

—Es innegable que la Compañía de los Tranvías se ha puesto de acuerdo con los dueños de esa clase de establecimientos.

Medité sobre las palabras de mi amigo.

Indudablemente, los hombres nos perecemos por las piernas femeninas. Lo mejor de ellas es su base, el pedestal que sostiene su cuerpo. Si al mirar a una mujer observamos que sus zapatos o sus medias no son atrayentes, esa

mujer pierde su mayor encanto. Sus piernas son algo inestimable como su dentadura. Nos producen náuseas unos dientes sin higiene y desagrado unas piernas sin garbo.

La fealdad del rostro de una mujer puede compensarse con la belleza de sus piernas, que dan a suponer maravillas ocultas.

—Las piernas hablan al espíritu—me dijo cierta vez una francesita muy agradable.

Y tenía razón. Las piernas son muy «espirituales».

Pero ya que estamos en ello, permítaseme exponer aquí algunas consideraciones mías.

Todos nos gozamos en la contemplación de unas preciosas piernas, y buscamos afanosos el final de las medias. Las ligas son el «no vas más» de nuestro anhelo, porque estas limitan la belleza del pedestal.

Pero...

Si nos preguntáramos algunas veces si lo que cubren las medias vale la pena de ser admirado, quedaríamos vacilantes...

¿Se lavan los pies, esos pies encantadores, todas las mujeres, tan a menudo, que se conserven siempre a punto de ser besados?

¡Oh! ¡Qué osadía la mía! poner en duda la higiene de la bella criatura!

Sin embargo, no temo pisar en falso.

Y eso es lamentable

Nosotros hemos visto talones de medias blancas asomar con negruceo tinte por los zapatos de monísimas tobilleras, encantadoras desde la suela de los mismos hasta el último de sus traviesos pelos ondulados. ¿Es el calzado el culpable? ¿La dudosa limpieza de los pies? Creemos más en lo segundo que en lo primero, y aunque fuese esto, no tiene disculpa el hecho de tolerar unas medias apenas dan señales de interpretaciones de mal gusto.

Algo más que nosotros podrían decir los limpiabotas, que tienen ocasión de ver de cerca esos adorables pedestales... y curiosear por todo lo alto.

La higiene es un armón poderoso para defender los encantos de la mujer.

¿No habéis experimentado una sensación inefable de bienestar, lindas mujercitas, al salir del baño?

¿No se os antojó al salir a la calle, «frescas» del aseó femenino, que vuestro paso tenía más agilidad, más donaire: que os sentíais más hermosas, más merecedoras de un kalagó varonil?

Pues de ello fué causa la seguridad, el orgullo de saberos dignas de ser adoradas a ciegas... porque todo vuestro cuerpo era como un manojó de olorosos claveles.

¡Mujeres, cuidad de vuestro pedestal!

RODOLFO DE LA ORLA

Ilustración: Un curioso como muchos... y una cara bonita.



INICIACIÓN



Poquito.—¡Ah, mamá!... ¡Si supieras qué contento estoy al salir contigo!... ¡Hacia tanto tiempo que no me llevabas!... ¡Clarol!... ¡Como tienes mucho que hacer y vas siempre tan de prisa!... Pero hoy no tienes apuro; ¿verdad, mamá?... ¡Iremos despacito!... ¿Te pesa el atado de ropa?... ¿Quieres que te ayude a llevarlo?... No te rías, mamá... Yo tengo mucha fuerza... Ya ves: anoche alcé en brazos al hijo de la encargada y le di una vuelta por todo el patio... ¿No quieres?... Bueno... No, no tengas miedo; no me suelto de tu mano... Así, bien agarradito... ¡Mamá querida!... Ayer decía Pirulo: «Va a llover y tu mamá no te llevará a paseo»... ¡Qué malol!... Pues hoy, en cuanto me levanté y vi que hacía sol, fui corriendo a decirselo... ¡Y se quedó con una cara de rabia!... ¿Verdad que es muy malo, mamá?... Luego me dijo que a él le gustaba más salir con su papá, que se divertía mucho... Y me preguntó: «¿Y tu papá, dónde está que nunca viene?»... Y yo le contesté que se había muerto, y me dijo que era mentira, porque si se hubiera muerto iríamos a verle el cementerio, que es un patio muy grande, con

muchas piezas, donde meten a los que se mueren... ¿Por qué no hemos ido, mamá?... Sí, sí... ya me callo... Pero no camines tan ligero, mamá, no puedo seguirte... ¿Qué te pasa?... Has hecho así, como cuando yo voy a llorar... ¡Oh! Mira, mira lo que hay en esa vidriera... ¡Cuántos juguetes!... Quedémonos mucho rato aquí, mamá... ¡Qué bonito!... Fíjate en ese caballo grande, con ruedas... ¿Y esa pelota?... ¿Y aquél oso que mueve la cabeza?... ¿Y ese muñeco que abre y cierra los ojos?... Entremos mamá. Quiero que me compres el caballo... Yo sé que tienes dinero... Anteayer vi en la cartera un montón así de moneditas... Anda, cómpramelo... ¿No?... ¡Oh, mamá!... A mí que me gustaba tanto!... ¿Qué?... ¿Que no puedes comprarlo?... ¿Que eso es para los niños

ricos?... Espera, mamá, no te vayas todavía... Déjame ver otro poquito más el caballo...
¿Pero no decías que no estabas apurada?... Bueno; no te enojas... ¡Mira ese traje,
mamá!... Aquel... El que tiene esos botones que brillan... Es mucho más lindo que el
mío... Me lo vas a comprar, ¿verdad?... Sí, mamita querida... ¡Si vieras cómo te voy a
querer!... Me lo pondré todos los días, y lo cuidaré mucho, mucho, para que no se
rompa... ¿Tampoco quieres?... ¡Ay, mamá!... ¡Pero si tienes plata!... ¿Cómo?... ¿Tam-
bién es eso para los niños ricos?... ¿Dónde están esos niños, mamá?... Se lo preguntaré
a Pirulo, a ver si lo sabe... Pero... ¿qué es aquello que hay ahí enfrente?... Ven, ven,
mamá... ¡Oh!... ¡Si son caramelos!... ¡Qué grandes!... Mira, mira... Allí hay de esos
como el que me dió la encargada el día de Año nuevo... Sí, mamá... ¿No te acuerdas?...
Tienen dentro una cosa blanca, muy rica... Yo quiero que me compres todos los que
están en ese plato... ¿No?... Aunque sean menos, mamá... Uno solito... ¿Que son muy
caros?... ¿Que sólo los comen los niños ricos?... Ya voy, mamá... Déjame que los mire
un momento... No... Si no lloro, mamá... Pero, dime: ¿por qué los niños ricos pueden
tener caballos grandes con ruedas, caramelos, trajes con botones que brillan, y yo
no?... ¿Es que todos los niños no somos iguales?...

FANFRELUCHE



ACTUALIDADES GRÁFICAS



Mlle. Pauline C., en *La ocasión*, película en relieve por el procedimiento patentado Cinéglipha.



Una escena de la Expedición de Amundsen al Polo Norte.



La danzarina del Nilo, creación de la bella artista Carmel Myers.



Pégue Damien y France Dhéla, en *La madreclia*.

EXCLUSIVAS

E C A

AGENCIA DE ADUANAS TRANSPORTES INTERNACIONALES **BISANDREU**

DE **B. JAUMANDREU**

DESPACHO - ALMACÉN:
VIA LAYETANA, 12, bajos
GERENCIA: VIA LA-
YETANA, 12, 1.º, letra C.

TELÉFONO 4423-A,
Telegramas y Telefonías:
"BISANDREU"

Cuentas corrientes: Banco
de España y Banco Vizcaya



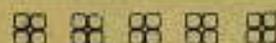
ADUANAS - IMPORTACION
EXPORTACION - COMISIONES
CONSIGNACIONES-TRÁNSITOS
EMBARQUES
SEGUROS MARÍTIMOS



Servicios rápidos combinados de em-
pello a domicilio, entre Barcelona y todos
los puertos de la Península y Baleares.

SERVICIO ESPECIAL
Islas Canarias
ESPECIALIDAD EN EL
Rápido despa-
cho de Películas

:: TENIENDO CASA PROPIA
EN CERBERE Y PORTBOU



**NOTA. - Con cada Almanaque
exija un ALBUM-OBSEQUIO**

LA NOVELA SEMANAL

BIBLIOTECA

Los Grandes Films



COLECCIÓN DE
OBRAS MAESTRAS

CINEMATOGRAFICA